
COMO SI NO EXISTIERAS
SUSANA CORCUERA
SUMA


COMO SI NO EXISTIERAS
SUSANA CORCUERA
SUMA

Como si no existieras

SUSANA CORCUERA



SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A la memoria de Álvaro y Diego

Lo único que puedo ver son los zapatos color vino y una parte del pantalón gris. Está tan cerca que distingo el crujido de las hojas cuando las pisa. Se detiene frente al jardinero para preguntar por mi hermana, después, su voz se vuelve hostil:

—¿Y a Catalina?, ¿a ella tampoco la ha visto?

El jardinero sabe que estoy encogida entre una pala y la máquina para cortar pasto, me vio cuando entró a colgar las tijeras. Que no le diga, que no le diga.

—No, señor, a ella tampoco.

Los zapatos se alejan y sólo entonces suelto el aire con mucho cuidado. El otro día, me descubrió por un ruido que nadie más que él percibiría… Nunca sé qué tan lejos está. Tengo un pie entumido y un olor a animal muerto me llena la boca de saliva agria. Me arden los ojos. Cada vez entra menos luz, pronto se hará de noche y saldrán los bichos. El pie me duele pero no me atrevo a moverlo. En el colegio me contaron de una rata que le mordió las orejas a un borracho. *San Jorgito bendito, amarra a tus animalitos con un cordón bendito*. Ya no entra nada de luz, es la hora de los fantasmas. Cuando siento que el corazón me va a explotar, oigo otra vez el crujido de las hojas. Es mi hermana. Entreabre la puerta y pregunta en voz baja si estoy aquí.

—No veo nada, Lina, hazme un huequito para sentarme contigo.

—Me va a encontrar —le contesto, aterrada, pero Eugenia ya está junto a mí, abrazándome con todas sus fuerzas.

—Vamos a salir de aquí, Lina, no podemos quedarnos para siempre.

—Yo sí, yo sí puedo.

Eugenia apoya la frente contra la mía.

—¿Sabes lo que vas a hacer cuando lo veas? Te vas a volver invisible. Vas a estar calladita, calladita, como si no existieras, como si nada de esto fuera real.

Antonio pone las manos sobre mis hombros y se inclina para verme en el espejo. Me sobresalto. No lo oí llegar. Eres tú, le digo, recargándome en su pecho, y la niña de mi recuerdo desaparece.

LA ESPERA

El nombre suena a trópico, a agua turbia, a calor. Así me imaginaba el lugar: Colutla. Y es cierto que puede convertirse en un infierno. A mediodía, las calles reverberan bajo un sol asesino y, de no ser por los perros echados en cualquier sombra, podría pensarse que es un pueblo abandonado. La gente sale más tarde, cuando el calor disminuye lo suficiente como para atreverse a dar unos pasos. Qué maravilloso refugio es la hacienda con sus techos altos, pensé en primavera, la primera vez que fui. En invierno, cambié de opinión… la tortura de atravesar los pasillos del cuarto al comedor, la nariz helada que no deja dormir, los pies insensibles, las manos torpes. Antonio me lo había advertido, pero, ¿cómo creerle durante el sopor de mayo?

En navidad, me envolví con una manta y me quedé dormida frente al fuego de la chimenea. Recuerdo la consternación de Antonio, esa expresión entre culpable y frustrada que sigue teniendo cada invierno cuando tiemblo de frío en la hacienda. Junio es buen mes: ha pasado el calor de mayo y las lluvias tardarán en llegar. Me he convertido en una experta en clima. Sé, por ejemplo, que a Colutla llegan los huracanes del Pacífico y que en agosto hay una tregua, esa calma que de apacible no tiene nada si consideramos el incesante rumor de los insectos… Pero si veo a través de los ojos de Antonio, la tregua me sorprende en la paz de las milpas, en el movimiento de la caña y en el olor de la tierra que no acaba de secarse.

De niña yo tuve poco contacto con la naturaleza, y me gusta que mi hija conozca desde pequeña los nombres de los potreros. Le cuenta a su canguro de trapo que mañana nos iremos a pasar el verano en Colutla. Tres meses en la hacienda, noventa días de cielos limpios.

¿No te aburrirás con Antonio?, me preguntaba Eugenia cuando aún no lo conocía bien, pensando que la diferencia de edades haría difícil nuestra convivencia. Que sea veinte años mayor que yo es irrelevante, lo que importa es esa forma suya, discreta, de hacerme sentir única.

No, no me aburro, agradezco cada instante de paz a su lado.

Pasé mis primeros meses en Colutla tratando de acostumbrarme a la gran cantidad de insectos y plantas ponzoñosas, sin contar a los reptiles que se escabullían en mi habitación. A medianoche me sobresaltaba el aleteo de los murciélagos; el atardecer era una lucha contra los zancudos. Había llevado ropa al estilo de las películas de exploradores: shorts y camisetas, zapatos cómodos… Acabé vestida de pies a cabeza. Así es la selva baja, me decía Antonio, hay que aprender a quererla, no te esfuerces, el día menos pensado te habrá conquistado. Me costaba creerle, incluso el olor característico de la casa —esa mezcla de cítricos, leña quemada y melaza— era agresivo para mi nariz acostumbrada a la ciudad.

Una tarde especialmente bochornosa, Antonio me preguntó si empezaba a gustarme el lugar. Un poco para ver su reacción y mucho porque estaba harta de los jejenes, le contesté que prefería los bosques de pinos. Supongo que son más predecibles, contestó Antonio. Su respuesta me pareció absurda, cualquier ecosistema está lleno de cosas por descubrir… Después le di la razón: el campo de Colutla no es apacible, todo en él pica, está repleto de espinas, pero una vez que entiendes sus cambios de humor, cuesta abandonarlo.

La maleta de Ana está lista. Siete años y ya tiene ideas claras: se niega a empacar a su inseparable canguro. Le preocupa que se llene de piojos en la hacienda. Yo no quiero dejarlo atrás, me da miedo que cuando Ana se aleje de sus muñecos también se aparte de mí. Por eso, la convenzo de llevarlo con nosotros y le prometo asegurarme de que no se le suba ningún insecto.

Del comedor, me llegan las voces de algunos propietarios de ingenios. Hace días que se reúnen para lograr un acuerdo sobre el excedente de azúcar. Unos votan por venderlo a cualquier precio; otros quieren aliarse con los cañeros y presionar al gobierno para que limite las importaciones. Reconozco la voz de Sebastián y pienso en la relación de los dos hermanos. Antonio se comporta con él como un padre indulgente: sabe que nunca se ocuparía del ingenio —ni de cualquier trabajo en la hacienda— y, sin embargo, toma en cuenta cada una de sus opiniones.

Aunque soy de la edad de Sebastián, me siento más cercana a Antonio. Incluso la forma de hablar de mi cuñado me es ajena, y cuando se apasiona y defiende un argumento, debo hacer un esfuerzo para quedarme en el mismo lugar que él. A pesar de que conmigo es

encantador, prefiero a la gente ecuánime… y mayor, lo confieso. Por eso, me incomoda que Joaquín pase este verano con nosotros. Hará una investigación en una ranchería cercana a Colutla y Sebastián nos pidió que lo invitáramos a quedarse en la hacienda. Son amigos desde niños, y lo conozco apenas lo suficiente como para que la convivencia durante el verano sea para mí más incómoda que si se tratara de un total desconocido.

Las voces suben de tono. Antonio interviene de vez en cuando con una propuesta concreta, después guarda silencio y escucha. Es un hombre de pocas palabras.

Nos conocimos en una exposición, y durante un tiempo creí que el arte le interesaba. En realidad, había ido a ver fotos de Colutla. Coincidimos frente a una y, sin saber que le pertenecía, dije que me gustaba la hacienda enmarcada por la torre de una vieja iglesia y las palmeras casi tan altas como el chacuaco del ingenio que también se veía. En ese lugar están enterrados mis antepasados, contestó él con la sonrisa que lo hace parecer más joven.

Recorrimos juntos el resto de las salas y salimos al jardín, donde había un pequeño coctel. Cuando ya me iba y él apuntaba mi teléfono, una mujer se acercó a nosotros y me advirtió, en tono de broma y tomándolo del brazo, que no me hiciera ilusiones, era un soltero empedernido. Nunca he podido imaginarlo en ese contexto; quizá cuando lo conocí ya había sentado cabeza, como don Guido, de Antonio Machado.

A partir de ese día, salimos un par de veces a la semana. Íbamos a restaurantes nuevos para mí, refinados y acogedores. Los meseros trataban a Antonio con una deferencia por la que mi padre hubiera pagado caro; me gustaba la amable naturalidad de sus respuestas. Al cabo de un tiempo, fuimos a su casa. Mientras él buscaba una botella de vino, me detuve a admirar los muebles y los cuadros. El retrato de una joven con una cesta apoyada en la cadera llamó mi atención. Su expresión alerta me hizo imaginar el medio donde creció, incluso visualicé a los hermanos para quienes seguramente salía a vender el pan que llevaba en la canasta. ¿Te gusta?, me preguntó Antonio al regresar de la cava, es el favorito de mi hermano, tanto, que voy a acabar por regalárselo, añadió, tendiéndome una copa de vino. Hablamos de su familia y, después de un rato, dejó su copa sobre la mesa y tomó la mía para acomodarla a un lado. Yo estaba tensa, me preocupaba mi inexperiencia, que pensara que antes nadie se había fijado en mí. A él lo único que le importó fue hacerme sentir bien.

¿Estás enamorada?, me preguntaba Eugenia antes de casarme,

como si fuera una cuestión de vida o muerte. Para ella, esa palabra significaba vivir en un estado alterado de la conciencia, pensar las veinticuatro horas del día en la misma persona. Lo que yo siento por Antonio es distinto. Con él, me siento en casa.

Las voces se alejan del comedor. Oigo a Antonio despedir a sus invitados. No tardará en subir; querrá dormirse a buena hora para estar alerta en la carretera. Me gusta viajar con él, agradezco que obedezca las señales y no rebase en curva, como lo hacía mi padre. Maneja concentrado en sus asuntos, pero cuando Ana le hace una pregunta, contesta como si se tratara de algo serio. Desde bebé, la trató con respeto. No la cargaba mucho, es cierto, pero siempre iba a despedirse de ella antes de salir. Sebastián lo molesta diciendo que sus prejuicios burgueses lo hacen reprimir las emociones; a mí me gusta su forma discreta de demostrarlas.

Durante los primeros viajes a Colutla, me desconcertaba su silencio, ahora disfruto el paisaje, escuchar música y dormitar. Al llegar a los campos sembrados, sale de sí mismo y me enseña a distinguir el sorgo del maíz cuando está apenas creciendo, habla de los nutrientes que le dan color a la tierra, de las variedades de caña; de las nuevas plagas, cada día más resistentes. Ana se despierta entonces para preguntar un sinfín de cosas y él contesta cada una: Papá, ¿si cayera un meteorito, se acabarían los elotes? Depende del tamaño y de donde cayera. ¿Si fuera enorme y tapara el sol? Sí, entonces sí que se acabarían. ¿Existen los marcianos? No, a lo mejor hay vida en otros planetas, pero no en Marte. Cuando yo sea viejita como tú, ¿voy a poder ir a la Luna? Con lo rápido que avanza la ciencia, no me sorprendería. Si te murieras, ¿mamá podría casarse con un astronauta? Sería una opción. ¿Y nos llevaría a la Luna? Podría ser… Porque tú te vas a morir primero, ¿verdad? Sí, pero no te preocupes, soy mucho más viejo. ¿Seguro? ¿Me lo prometes? Casi seguro. Silencio… Bueno, y si nos fuéramos mamá y yo a la Luna, ¿nos verías desde aquí? No, está demasiado lejos. ¿Ni aunque te subieras a una montaña altísima? Ni aunque me subiera a la más alta de todas. Papá… yo creo que sí te vas a morir tú primero porque, mira, mamá no tiene canas y tú sí.

Aunque Ana no lo sepa, en esos momentos Antonio es su mundo. Si los interrumpo, ni siquiera voltea a verme. Mañana será igual y el próximo viaje también, hasta que mi niña crezca y la vida cambie.

Ana entra al cuarto a las cinco de la madrugada, lista para irse a Colutla. Duerme otro rato, le digo, el despertador va a sonar a las seis; pero lo que suena es el teléfono y la llamada cambia los planes. Ana no puede creer que el viaje tenga que posponerse. Cuando vuelve a quedarse dormida, sus suspiros son tan tristes que Antonio baja a desayunar con expresión consternada. Ahora, cada ida a la hacienda es una aventura para ella, quién lo hubiera pensado la primera vez que se despertó en el coche frente a la reja de la casa. En el ocaso empolvado de mayo, los dobles —esas tristes campanadas que anuncian la muerte de alguien— eran el único sonido. Ana debió haberse sentido en una de sus pesadillas, y cuando Antonio trató de bajarla del coche, lo mordió. Durante el resto de la zafra, en cuanto el sol se ponía, le rogaba que regresáramos a la ciudad. Él la tranquilizaba explicándole que la única diferencia entre el día y la noche es la oscuridad; que los fantasmas y los monstruos nada más existen en los libros. Con paciencia, seriamente, como si hablara con un adulto. Qué distinto era mi padre.

A los once años, ganar el primer lugar en un concurso de poesía me ilusionó al grado de atreverme a sugerirle que me cambiara al colegio que lo organizó. Él me miró por encima del periódico y siguió leyendo. Lo sensato hubiera sido dejarlo en paz pero me armé de valor para insistir. Mi padre dobló el periódico con calma y me pidió los poemas. Subí los escalones de dos en dos, cogí el cuaderno y bajé de nuevo a toda velocidad. Me temblaron las manos al entregárselo. Él lo recibió sin mirarme e hizo un gesto para que me fuera.

Pasé los siguientes días con el estado de ánimo de quien espera una sentencia. Cuando empezaba a creer que mi padre se había olvidado del tema, me llamó a la biblioteca, donde se reunía los jueves con unos amigos: Jala una silla y siéntate junto a mí, me pidió con la sonrisa reservada para los invitados: quiero que nos leas esto que has escrito.

Había escogido el poema sobre una niña que espera a su papá con ilusión. Lo escribí después de ver los dibujos de un libro de inglés en el que aparecía un perro que corría detrás de un niño en patineta mientras el padre los observaba sonriendo. La viva imagen de una familia feliz. ¿Cómo se me ocurrió dárselo? Imposible pensar en algo más distinto de la nuestra. No pude pasar del primer párrafo. Él me rodeó con el brazo y me susurró al oído: ¿Todavía quieres ser poeta?

Hace años, alguien me contó que a lo que más temía era a la nostalgia, a la sensación de haber perdido una parte primordial de la vida. Yo no conozco ese sentimiento, pero a veces me pregunto qué pasará por mi mente si llego a ser vieja: ¿Recordaré las tardes de fines de otoño en Colutla, cuando la chimenea esparce su calor por la sala y todavía se puede ir a la habitación sin entumirse de frío? ¿Sentiré nostalgia? Si para entonces Antonio ya no está, ¿me sentaré a ver pasar las lechuzas sobre los fresnos, tendré un nudo en la garganta, querré morirme?

Llora, contesta, haz algo, no eres turista en este mundo: ¿Estás viva, por lo menos? Cuántas veces lo gritó mi padre. Eugenia se queja de que las respuestas lleguen a destiempo, yo tengo pocas. A veces, pienso que mi padre tenía razón y vivo en una nebulosa; entonces tomo la mano de Antonio para sentir cómo aprieta la mía y la niebla se disipa. En esos momentos, me gustaría haberle dicho: Sí estoy viva y yo también sé gritar… Ya no importa, basta con saber que en esta casa no soy una presencia difusa. Soy yo, Catalina.

Ana se ha hecho a la idea de posponer el viaje y ahora prepara una gran comida para sus muñecos. Tengo que hacerle entender que las lombrices sí sienten, que no debe cortarlas en pedacitos. Cuando empiezo a recoger los restos, suena el teléfono. Es Joaquín para decir que llegará a Colutla en unos días. Se oye sinceramente agradecido por la invitación y me siento culpable por mi renuencia a compartir con él la hacienda este verano. Me cuesta socializar… De niña, me escondía en un clóset para no bajar a saludar a las visitas. La noche en que mi padre me encontró ahí pensé que estaría furioso; en lugar de eso, me enseñó dónde estaba la luz y me dijo que ése era el lugar perfecto para alguien como yo: entre menos saliera, mejor.

Desde el clóset, viajé al mundo de Kasperle, de Andersen y los hermanos Grimm y, más tarde, a las llanuras americanas con Salgari y a la India con Kipling. Algunas veces, Eugenia se instalaba conmigo y leía en voz alta, cambiando de voz según los personajes. El clóset se convertía entonces en barco, desierto o selva. Cuando mi padre la descubrió y quiso separarnos, busqué nuevos refugios. El sótano era uno de ellos pero el mejor era la azotea, a la que se llegaba por una escalera metálica.

Mi madre ha ido perdiendo la memoria, sin embargo, suele hablar de lo mucho que me gustaba jugar a esconderme. Dile que no lo hacías por gusto, me pide Eugenia.

Quizá los secretos de familia se convierten en fantasmas y por eso hay espacios en los que estás cómoda y otros de los que quieres huir. Los espíritus de esta casa son presencias discretas a los que delatan el movimiento de una cortina o un olor que no viene de ninguna parte. Los de Colutla se liberan en las noches y recorren, llenos de nostalgia, los pasillos; en la terraza, las palmeras crujen cuando se deslizan entre sus ramas y en el patio tiran las naranjas aunque todavía no estén maduras. Recordarán tiempos mejores. Suyos.

¿Cómo serán los fantasmas de mi casa? ¿Los delatará el pelo erizado de un perro, sus gruñidos? ¿Abrirán las puertas de golpe? ¿Se divertirán haciendo sufrir a los vivos? Sigo hablando como si ésa fuera mi casa. Han pasado años y todavía me cuesta creer que pertenezco aquí, a la paz de sus despertares y a la suave iluminación de sus noches. Cuando pienso en que Ana crecerá en este ambiente, el alivio que siento me quita el aire. Y además tiene la hacienda, esa tierra que Antonio le está enseñando a querer. Será su ancla en las tormentas, su refugio. Aprenderá a labrarla y sus pasos se sumarán a los de quienes la han cuidado a lo largo del tiempo. Tendrá siempre un lugar adonde llegar.

Piensa o, por lo menos, inténtalo, era otra de las frases de mi padre. Con Eugenia era distinto, incluso en el lecho de muerte, buscaba su mano. Sin embargo, en el entierro, cuando el sacerdote se refirió a él como un hombre ejemplar, fue ella quien lo negó con un gesto, y, más tarde, cuando mi madre le dio la foto de una niña feliz junto a su orgulloso padre y le pidió recordar lo mucho que la quiso, la guardó en el fondo de un cajón. A mí me dio su abrigo. Según ella, me recordaría su manera especial de protegerme. Me lo puse para evocar una parte del pasado quizás olvidada, pero tenerlo puesto sólo me hizo conciente de la engañosa memoria de mi madre.

Con Antonio, mi padre usó todo su encanto. Si le preguntan acerca de él, contesta que era muy culto y tenía un gran sentido del humor. Y, sí, cuando veo sus fotos, entiendo que la gente se sintiera atraída: un hombre escandalosamente guapo, como le gustaba decir a la abuela. En él, todo era exagerado, los adjetivos banales no le iban bien. Aun en las fotos, el verde de sus ojos a mí me parece demasiado intenso y la boca carnosa, casi femenina, pero no puedo negar que es difícil apartar la vista de él. Llaman la atención sus manos largas, de uñas ovaladas. El día que murió, Eugenia se desprendió de ellas con dificultad; habían asido las suyas con tal fuerza que las marcas

tardaron en desaparecer. Fuiste su apoyo hasta el final, le decían en el entierro, y ella me veía de reojo y cambiaba de tema. Le pedí que dejara de hacerlo, no tenía por qué sentirse culpable por haber sido su preferida, pero ella se tapó los oídos.

Eugenia. La guapa, la aventurera. Debió de haber estado celosa después de cuatro años de ser hija única, pero yo sólo tengo recuerdos de un amor tan incondicional por mí que incluso anuló el que alguna vez sintió por mi padre.

Una noche, él nos contó un cuento: “En un país muy lejano, vivían dos hermanas: a una de ellas los dioses le dieron el mundo entero. Las ramas de los árboles se inclinaban a su paso y los ríos detenían su camino para admirarla. En lo más alto del cielo, los cometas formaban figuras por el gusto de hacerla feliz. Como ellos, brillaba con luz propia. La otra hermana era parecida a una cuija, una de esas lagartijas transparentes, sin más gracia que su habilidad para quedarse inmóviles. Sus manos pegajosas les permiten trepar por las paredes pero es fácil dar con sus escondites, porque no tienen imaginación. Así era la hermana de la que sería reina…”

El cuento se detuvo en ese momento, justo cuando estaba más entretenida. Eugenia tenía doce años —yo acababa de cumplir ocho— y salió del cuarto, llevándome de la mano.

Algunas personas necesitan público cuando lastiman a otras, aunque ese público sea una niña desesperada por escapar. En la alacena donde nos refugiamos, Eugenia trató de contar el cuento al revés y entonces entendí quién era la cuija. A partir de esa tarde, dejé de comer dulces pegajosos: esa parte de la historia era la peor. Después pensé en que las lagartijas tienen así las manos aunque coman sólo insectos, así que le robé unos guantes a la abuela. Debí de haber sido una niña extraña: ojos enormes, tan verdes como los de mi padre, en una cara descolorida. Guantes blancos y manos pegajosas.

Buscaba en el espejo rasgos de esa niña cuando Antonio entró a pedirme perdón de nuevo. Esta mañana, lo encontré probando la mirilla de una escopeta y reaccioné de una manera absurda. Le conté que, de niña, mi padre me apuntó con una pistola y verlo a él con un arma revivió la escena. Antonio murmuró algo como “Vaya broma”, y me detuve a media historia.

Qué impredecibles son nuestras reacciones: que mi padre me tuviera en la mira no me dio miedo entonces, fue al recordarlo, años después, cuando temblé. Quizá fue una broma, pero no para hacerme reír a mí.

Había comprado una pistola antigua con incrustaciones de marfil,

uno de esos objetos con los que se fabricaba un pasado de noble venido a menos. Además de la pistola, guardaba en un mueble de marquetería los documentos que, según él, avalaban sus blasones. Eran unos papeles del siglo XVIII llenos de títulos: marqués de Sieteleguas, conde de Villabermejo, duque de Cantalinares… Los nombres me transportaban a otros mundos y, en mi refugio dentro del clóset, me entretenía inventando historias acerca de esos señores de nombres tan bonitos. Mi padre nunca me permitió tocar los papeles —los dejaría pegajosos—, pero a veces los sacaba después de alguna cena y oía a los invitados pronunciar los títulos con lo que me parecía gran admiración. Algunos sí lo admiran, me decía Eugenia, pero la mayoría seguramente se muere de risa a sus espaldas. Y él, ¿quién es?, le pregunté: ¿Sieteleguas, Villabermejo o Cantalinares? ¿Es como el Marqués de Carabás? Es el nieto de un español que se hizo rico en México, contestó. De noble, no tiene más que las ganas.

El día que llevó la pistola a casa, le contó a Eugenia sus peripecias para rescatarla de un anticuario. Es uno de tantos objetos de la familia perdidos en tiendas de antigüedades, exclamó con el tono que usaba para hablar de su linaje. Vale una fortuna pero la conseguí por una bicoca. Eugenia hizo un gesto de hastío, y él salió a buscar la pistola para enseñarle el pequeño escudo labrado en marfil. Regresó al poco tiempo y, como si ella fuera la única persona en el cuarto, le pidió que lo admirara. Después, me apuntó. Yo estaba concentrada en descubrir el significado de la palabra *bicoca* y no me sentí amenazada hasta oír los gritos de mi madre. Rara vez alzaba la voz y nunca frente a su marido. Sin dejar de apuntarme, él le ordenó que se callara, no soportaba a las mujeres histéricas. Bajó el arma despacio y dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro, que yo no tenía remedio: ni la amenaza de un arma me hacía reaccionar. Me quedé quieta, inmóvil como una cuija.

En la hacienda, el verde brillante de los gecos contrasta con el negro de las iguanas. Los primeros salen sólo de vez en cuando y suelen quedarse quietos en el mismo lugar. El menor ruido los altera, y el corazón les palpita con tal fuerza que se nota su movimiento a través de la piel. Las iguanas son atrevidas pero es fácil pasar junto a ellas sin verlas porque su color se confunde con el entorno. Bajo la sombra del techo de la bodega, son negras; sobre la bugambilia, moteadas; si se suben a los fresnos, grisáceas. A la hora del café, las veo comer las flores del jocontoro o pelearse el territorio con las ardillas. Antes de

conocer Colutla, hubiera querido que ganaran las ardillas pero ahora entiendo que en el campo las odien: no sólo se roban las nueces, también arrancan los brotes del frijol y es imposible almacenar granos. Las iguanas, en cambio, respetan, dice Antonio, mirándolas con cariño. ¿Y las salamandras? Son las mejores, se comen a los insectos y decoran las paredes. ¿Las cuijas también te gustan? Mucho, lástima que nada más haya en la costa. Y yo respiro, aliviada.

He pasado demasiados días en espera de irnos a la hacienda; la ociosidad me hace volver a la casa de mi infancia y, con ella, a mi padre. Siento que su recuerdo se instalará en mis genes, y después en los de Ana, y así sucesivamente, en un eterno intercambio de imágenes o de sueños. Para romper con el ciclo, intento no pensar en él pero se las ingenia para quedarse en mi vida. Quité su foto de la mesa desde donde los ojos verdes absorben el espacio; al día siguiente, apareció en el mismo lugar. Decidí romperla, pero fue imposible sacarla del marco; pensé en tirarlo todo a la basura y Antonio entró en ese momento. Lo mejor sería tomarla como a uno de esos objetos heredados a pesar de uno mismo: un jarrón que desentona con el resto de la casa, un cuadro lúgubre, un tapete con olor a naftalina… En eso quisiera convertirla, aunque sospecho que el alma de mi padre acabaría arreglándoselas para habitar algo sofisticado, como la antigua lámpara de marfil que, según él, perteneció al primer duque de Cantalinares.

Sostener un mundo ficticio debe ser agotador, quizá por eso los arranques de ira, el sarcasmo. Antonio no tiene que inventarse un pasado, es todo lo que mi padre hubiera querido ser. Desde que lo conoció, empezó a imitarlo sin darse cuenta: no sólo se compró un saco de *tweed* y adoptó expresiones suyas, sino que también cambió sus pañuelos con iniciales bordadas por paliacates, lo que sólo realzaba lo distintos que eran: Antonio los usa por comodidad y tiene tres o cuatro, deslavados por el uso. Mi padre mandó traer una caja entera del más fino algodón de Oaxaca.

A Eugenia le exasperaba verlo llegar al comedor con un gazné como el que Antonio usa en Colutla cuando el invierno lo obliga a cubrirse el cuello, pero yo tenía la esperanza de que algo de su admiración por él repercutiera en mí. Después de todo, yo fui quien lo conquistó. La creencia duró hasta el día en que me dijo que los hombres de mundo buscan casarse con mujeres insípidas que los dejen en paz. En Colutla, pensé en la oportunidad de demostrarle lo errado

de sus juicios. Allá me verá como realmente soy, le dije a Eugenia. Ella se mordió el labio con escepticismo. Por qué me quitas la ilusión, le grité, y seguí hablando con una furia nueva: Quizá crees que necesitas protegerme pero, en el fondo, tienes envidia porque yo me casé con un hombre a quien mi padre admira, a lo mejor no eres tan buena y estás muerta de celos. Recuerdo bien su respuesta: Por qué habría de estar celosa, después de todo, a mí siempre… Me ha querido, acabé por ella la frase. Y la rabia me cegó. No me tengas rencor, no dejes que papá gane, repetía Eugenia, y sus palabras me enfurecían aún más. Ella tuvo paciencia hasta que le reproché por no haberse alegrado cuando supo de mi futura boda con Antonio. Tenías veinte años, y él más de cuarenta, me gritó entonces, ¿esperabas que saltara de emoción?, creí que te casabas para darle gusto a papá. ¿Todavía lo crees? Ella dudó antes de contestar y la frustración de ser considerada débil, también por ella, derrumbó mi enojo. El viaje a Colutla hizo que Eugenia cambiara de opinión. Con mi padre fue distinto.

Organicé una cena a la luz de las velas en el jardín. Hicimos una gran fogata y decoramos el camino de la casa con veladoras, acomodamos la mesa en un claro entre los fresnos y la cubrimos con el mantel más elegante, los candeleros de plata y la vajilla que mi padre envidiaba; la cocinera preparó un pato rodeado de verduras recién llevadas de la hortaliza y de esas pequeñas papas que se dan entre el barbecho. El postre era una tarta de peras con crema espesa, y el café estaba recién molido. Como si hubiera tenido algo que ver en ello, me sentía orgullosa de la noche tibia y las estrellas, de la fachada iluminada por la luna, del olor a azúcar que llegaba de los cañaverales.

Antonio prefería el comedor, pero para darme gusto, pretendió estar contento por cenar a la intemperie. Mi padre pasó un dedo por el escudo bordado en el mantel y su voz al preguntar qué significaban las iniciales estaba llena de respeto. Antonio se esforzaba por incluir a mi madre en la conversación pero ella respondía con frases cortas, mirando de reojo a su marido. ¿Es correcto lo que digo? ¿No te estoy haciendo quedar mal? Eugenia rescató el momento preguntándole a Antonio por los personajes de los cuadros que están en la sala. Creo que el de las condecoraciones es mi bisabuelo pero no estoy seguro, la genealogía nunca ha sido mi fuerte. Por el porte, se ve que pertenecían a una casa noble, intervino mi padre, pero el único dato que recordaba Antonio era la vergonzosa historia de un antepasado que, durante el trayecto de Veracruz a México, a mediados del siglo

XVIII, había asesinado a un monje para quedarse con su mula. Mi padre festejó la anécdota con una carcajada.

En la sobremesa, un obrero llegó con la noticia de un accidente en el ingenio y Antonio tuvo que levantarse. Nosotros también deberíamos entrar, opinó mi madre en voz baja, ha refrescado. Así que nos encaminamos a la sala, donde Antonio se despidió. Mañana seguimos hablando, le gritó mi padre, que había bebido un poco más de la cuenta. Después, se sirvió otro whisky y se sentó a mi lado. ¿Tienen todo lo necesario?, pregunté, ¿las camas no son incómodas? Él me miró con los ojos entrecerrados y supe que iba a lastimarme: Así que eres la dueña de todo esto… ¿Qué habrá visto Antonio en ti?

El viento siguió meciendo las palmeras mientras me refugiaba en la luna brillante detrás de la ventana, en la noche tibia. La voz de Eugenia me regresó a la sala. Cómo te gusta lastimar, murmuró, mirando a mi padre hasta obligarlo a bajar la vista. Cállate, intervino mi madre, le debes respeto. No quise escuchar más. En mi habitación, me miré al espejo: ¿Qué veía Antonio en mí? Una cara ovalada, ojos inexpresivos, un cuerpo demasiado delgado, manos largas. De haber sido un animal, sin duda hubiera sido una cuija. Me quité el vestido azul y el collar de amatistas y me puse un camisón que me llegaba a medio muslo. Ya quisiera cualquiera tener tus piernas, solía decirme Eugenia… Yo sólo vi dos columnas descoloridas. Me acosté intentando pensar en algo agradable: el vuelo de los patos, el rocío sobre el garbanzo… pero no podía detener la imagen de una niña rezando para que su padre nunca volviera a casa.

Antonio llegó cuando la luz de la madrugada se colaba entre los postigos y, creyendo que dormía, me dio un beso y acomodó la sábana. Después oí el agua de la regadera y el sonido trajo con él a los patos y al rocío sobre el garbanzo. Finalmente me quedé dormida.

Horas más tarde, encontré a mi padre en el comedor. Al verme, se levantó y sólo volvió a sentarse después de acomodar mi silla. Me sirvió café, me pasó el pan y me recomendó que desayunara huevos al plato, como si yo fuera la invitada. Me bebí el café, le unté mantequilla al pan y pedí los huevos. Mi padre cerró el libro que había estado leyendo y me observó: Te ves cansada, ¿dormiste mal? Estoy bien, debe ser el calor. Él abrió la puerta del jardín. Ahora, come. Asentí con la cabeza y le di una mordida al pan. También fruta, agregó mientras ponía un pedazo de papaya en mi plato. Me acabé la fruta, el huevo y el pan con mantequilla. Después corrí al baño y lo vomité todo.

En los relatos de mi padre, Eugenia y yo éramos los personajes. No

hacía falta decir nombres. Recuerdo el de una mujer que en su interior alimentaba un fuego eterno. Su brillo se reflejaba en los ojos cálidos, el pelo vivo y la piel dorada. Al igual que la mujer de otro cuento, el mundo se derretía tras su paso. Su único problema era un absurdo amor por una hermana que, en lugar de fuego, tenía en sus entrañas un carboncito siempre a punto de apagarse. Era inútil tratar de avivarlo; en el mejor de los casos, el aire lograba una chispa casi invisible. ¿Por qué era malo que quisiera a su hermana?, pregunté, pero Eugenia interrumpió la respuesta y sus ojos brillaron como brasas. La echo de menos, espero convencerla de venir a descansar a Colutla. Lleva demasiado tiempo trabajando en el Congo.

La primavera ha llenado de colores la ciudad y el viento huele a flor de jacaranda. En Colutla el calor será insoportable, me advierte Antonio, pero yo pienso en las siestas bajo el mosquitero, en las caminatas al atardecer, en el cielo que de tan azul parece morado. Espero que las lluvias lleguen pronto, me preocupa que te hartes del sol, sigue diciendo él, y yo me imagino las estrellas en el cielo despejado. ¿De verdad no te importa quedarte allá durante todo el verano? Entonces me doy cuenta de que su preocupación es real y lo tranquilizo con las imágenes que sus preguntas trajeron. Estaré contenta en Colutla, a pesar del calor y los insectos; a pesar del intruso que romperá la deliciosa monotonía.

SANTA ÚRSULA

Había planeado llegar temprano a Santa Úrsula pero la troca que me acercaría hasta que el camino fuera intransitable se descompuso, así que tuve que caminar los seis kilómetros más empinados de mi vida. Las correas de la mochila se me incrustaban en los hombros y el polvo hacía que me lloraran los ojos. Como en un cuento de Rulfo, el pueblo en lo alto de una última loma apareció envuelto en la calina de mayo.

El proyecto por el cual estaba en medio de la sierra, sudoroso y cansado, consistía en investigar si existe una relación directa entre la violencia de un pueblo y sus leyendas. No era la primera vez que tocaba el tema. Gracias a *Violencia y mitos durante el reinado de Enrique VIII,* un libro con el que gané una beca, pude subsidiar el proyecto en Santa Úrsula. Aunque el tema me seguía apasionando, la falta de práctica en trabajo de campo y el cansancio me volvían pesimista: el proyecto era demasiado ambicioso y yo estaba oxidado…

La luna me rescató de mi negatividad. Haciendo a un lado al sol, surgió entre los árboles como toronja madura. Ningún sonido rompía el silencio, ni una voz, ni un ladrido, ni una mínima ráfaga de viento. Hubiera podido ser el único hombre en la tierra. Después supe que la soledad era engañosa: detrás de los huizaches unos niños me observaban y, en el pueblo, la gente se reunía para comentar sobre mi llegada. La noticia recorrió los cerros aun antes de que la troca se estropeara. Un vaquero me vio primero, y después, una mujer que le llevaba de almorzar a su marido. Por último, los niños detrás de los arbustos.

Me detuve antes de llegar a la ranchería para ver caer la noche sobre el valle de Colutla. Durante el trayecto, me había llamado la atención el ingenio destartalado en medio del pueblo; ahora, desde mi sitio en lo alto de la montaña, el casco de la hacienda me tentaba a desandar el camino. Antonio me había invitado a quedarme ahí, qué necedad dormir a la buena de Dios. Pero era tarde, mejor seguir

adelante.

Al llegar a las primeras casas, el olor a humo de copal me recordó la euforia de despertar en medio del campo, y el sonido de mis pasos en las calles aparentemente desiertas me hizo feliz. En el abrevadero, donde por las tardes bebía el ganado, el agua reflejó a quien era yo antes, cuando la ciudad todavía no me tragaba.

En medio del pueblo, se alzaba la iglesia, una construcción de adobe cubierto de yeso deformado por el tiempo: sólo el espesor de sus muros la mantenía de pie. El interior no estaba en mejores condiciones: las polillas habían respetado las vigas y el piso de mezquite, pero del retablo sólo quedaba la parte central. Del lado derecho de la única nave, estaba la sacristía, guarida de toda clase de alimañas. Con la esperanza de que los bichos me tuvieran el mismo miedo que yo a ellos, buscaba mi linterna cuando oí los pasos de alguien que caminaba con dificultad, y una sombra bloqueó el espacio donde un día estuvo la puerta.

—Buenas noches.

—Buenas —contestó la sombra y se hizo un silencio en el que mis ojos distinguieron a un anciano apoyado en un bastón.

—Creo que debí haber pedido permiso.

—Cree bien.

—Me imagino que usted es el responsable de la iglesia.

—Se imagina bien.

—Le pido perdón. Me pareció abandonada.

El anciano dio unos pasos y me tendió la mano.

—Soy el sacristán. Faustino, de nombre. Puede dormir aquí, nomás tenga cuidado con los alacranes. Saben caerse de las vigas.

Pensé en revisarlas pero la idea de encontrarme con una fauna al acecho me hizo dudar. Como si leyera mi mente, el anciano me aconsejó desde la salida:

—No creo, pero si le llegara a picar alguno, úntese saliva.

Menos mal que tengo el remedio a la mano, me dije mientras recorría las paredes con la linterna. En algunas partes, el yeso dejaba al descubierto el adobe; en otras, la humedad formaba figuras verdosas. Mi padre hubiera encontrado en ellas personajes para sus libros; cuando lo volviera a ver, trataría de animarlo diciéndole que los escritores tienen la opción de crear mundos alternos. Se había vuelto melancólico, echaba de menos a los lectores ávidos de experiencias que sólo un buen libro era capaz de dar. Según él, la

velocidad del siglo XXI no compaginaba con las descripciones largas y era difícil crear atmósferas en media cuartilla. Nostálgico perdido, añoraba hasta lo que no había vivido: la época en que el medio de transporte más efectivo era una diligencia, las noches a la luz de las velas.

En Santa Úrsula, me di cuenta de que yo también hubiera preferido nacer en un siglo menos estridente. Por eso estudié antropología, porque necesito el contacto con lo básico, con las raíces.

Salí a ver el cielo con la ilusión de reencontrarme con las estrellas que la luz de la ciudad esconde, pero el brillo de la luna era intenso y el cielo a su alrededor parecía desnudo. Gracias por acompañarme, le dije, haciendo una reverencia al acordarme de un amigo que hablaba de la luna como si fuera una diosa. Después la miré de nuevo y su belleza me dejó sin palabras.

Las sombras oscurecían los pliegues de las montañas y por primera vez en mi vida, quizá por única, me sentí uno mismo con el universo. Fue como si mi esencia se desprendiera del cuerpo para integrarse a un nivel de conciencia distinto y lo único material que quedara de mí fueran las manos. Cuando volví del trance, toqué la tierra bajo mis pies y cada parte de mi cuerpo. Esto sólo podía pasarme en la naturaleza, murmuré. Necesitaba asegurarme de que mi voz también hubiera regresado.

Esa noche, a pesar de la amenaza de los alacranes, dormí profundamente. Desperté rodeado de niños y por un momento creí que seguía soñando. Aunque desaparecieron en cuanto me incorporé, los susurros delataban su presencia detrás de la sacristía. Uno de ellos respiraba con fuerza.

—Cállate, Ulises, se va a dar cuenta de que lo andamos espiando.

—Tengo mocos.

—Trágatelos.

—No hace falta —interrumpí—, ya sé que están ahí.

Los niños huyeron a toda velocidad. Sólo el más pequeño decidió enfrentarme.

—Yo no te tengo miedo, porque dormiste en la iglesia.

—Y porque eres valiente —le dije, dándole un paliacate.

Ulises se sonó con entusiasmo antes de devolvérmelo.

—Quédatelo, tengo otro.

—¿Seguro? Está bonito, tiene caracoles.

—Segurísimo.

—Ya había venido otro como tú, no vayas a creer que eres el primero. Se llamaba Daniel y tenía dos cámaras. A mí me tomó unas

fotos —me contó Ulises mientras guardaba el paliacate echo bola en la bolsa del pantalón.

—¿Las tienes?

—Dijo que iban a estar en un museo y que todo el mundo me iba a ver.

—¿Y eso te gusta?

—¿Que todo el mundo me vea? ¡Claro! —contestó Ulises con una sonrisa chimuela.

Su alegría era contagiosa.

—¿Tú podrías enseñarme el pueblo? ¿Tienen un delegado?

—Al que teníamos se le calló el corazón… pero tenemos a don Faustino. Y para los problemas ya más canijos está José, nomás que él no es letrado. Te llevo a su casa, deja aquí tus cosas, al cabo no está lejos.

En el camino, Ulises me platicó de la lluvia que destruyó el pueblo años atrás, cuando él todavía no nacía, y del niño que lloraba ante el peligro de que la presa se reventara.

—Lo sepultaron en el bordo para que avise —se quejó—. A ver, por qué no enterraron a un grande, también se murieron muchos, siempre la agarran contra nosotros.

El fotógrafo le había contado de lugares donde sacrificaban niños en unas pozas.

—Fue hace mucho —le dije—, ahora a nadie se le ocurriría.

—Quién sabe, en un apuro…

La casa de José era de adobe y techo de tejas. Por una pequeña ventana, se alcanzaba a ver un patio repleto de árboles frutales. Antes de que tocáramos, salió un hombre alto que me saludó con un movimiento de cabeza de abajo hacia arriba. Respondí con un “buenas tardes”, sin estirar la mano, y entonces el hombre sonrió, como lo hizo el sacristán.

—Veo que ya tiene guía.

—Lo traje primero con usted porque preguntaba por el delegado — le explicó Ulises.

—Está loco —me dijo José—, mal guía se consiguió. ¿Me ves cara de delegado, Ulises?

—Pues no, porque no es letrado, pero como don Faustino es viejo…

—Estamos jodidos.

—Por algo piensa que sería buen delegado —intervine.

—Pregúntele si quiere pasar, papá, tenemos agua de lima.

—Así que es su hijo…

—Cómo ve. Pase, se va a asolear.

El interior de la casa olía a guayaba. Nos sentamos en unas sillas de madera con asientos de paja, y Ulises trajo el agua. A un lado de la jarra acomodó trozos de piloncillo del mismo tamaño: tres para José y tres para mí.

—Es ideático —dijo su padre.

En las paredes de la cocina, los jarros formaban círculos y la foto de una mujer embarazada estaba rodeada de veladoras en perfecto orden. Siguiendo mi mirada, José me explicó:

—Desde que murió su mamá, vivimos los dos solos… Pensará que si nos descuidamos, vamos a acabar en un chiquero.

—Era muy bonita, ¿quién tomó la foto?

—Daniel, el que me retrató a mí —contestó Ulises.

Por la puerta entreabierta se asomaron las caras de sus amigos. Antes de irse con ellos, colocó una caja entre nosotros.

—Son fotos, tenemos más que todos los del pueblo. Enséñeselas, papá.

Cuando nos quedamos solos, José me contó que Ulises no perdía oportunidad de presumir su tesoro. Mientras hablaba, giró la llave de la caja, la abrió lentamente y se cruzó de brazos. Tomando el gesto por una invitación, saqué las fotos de una en una. Todas eran de la misma mujer: lavando, recogiéndose el pelo, atándose el delantal, despidiendo a alguien en la puerta. Tenía ojos negros, líquidos, y una sonrisa incierta; entendí que el fotógrafo la tomara de modelo.

—Me las trajo don Antonio… Llegaron el mismo día del entierro.

La mujer desgranaba maíz, tendía ropa, bordaba una servilleta.

—Murió de parto… A veces agradezco que Dios haya recogido también a la criatura. ¿Usted es casado?

Las fotos habían creado una especie de complicidad entre nosotros y en poco tiempo la conversación fluía como si fuéramos viejos conocidos. Antes de darme cuenta, me sorprendí contándole de la novia que me abandonó para dedicarse por completo a la música.

—De modo que lo cambió por una flauta —dijo José, con esa sonrisa particular que no pasaba de los ojos—. ¿Tiene una foto de ella, para que la mire?

—No, fue hace mucho, quién sabe por qué me acordé. Además, no soy bueno para tomar fotos.

—Ah, yo creía que era compañero de Daniel. Don Antonio nos mandó decir que iba a venir, pero no nos comentó qué asunto lo trae por estos rumbos.

—Una investigación sobre las leyendas. Con ellas, trato de entender el mundo.

—Y para qué quiere entenderlo.

—Buen punto.

José fue a apagar la olla de los frijoles y, de regreso, respondió él mismo:

—Será que nos da miedo sentirnos huérfanos. Cuando murió Consuelo, yo me sentía desguanzado, como si no tuviera osamenta. Una cosa fea, horrible. Lo peor eran las despertadas, porque tenía la demencia de pensar que a lo mejor era un sueño y nunca había estado casado, que Ulises no me llamaba nada, que había de regalárselo a una mujer, al cabo no falta quien quiera un niño. Y a su tanteo qué fue lo que me devolvió lo cabal: el retrato de Consuelo, ése que estamos mirando. Sus ojos me seguían por el cuarto y no me dejaron en paz hasta que le prometí que iba a cuidar a Ulises. Pero no crea que lo hice por mi propia voluntad, tenía miedo de criarlo solo; se lo prometí porque de niño me contaron la historia de la Llorona, y nada más pensar que así estaría Consuelo en el otro mundo, se me enchinaba el cuero.

—La Llorona hizo una buena obra.

—Quién quita y deje de penar —sonrió José—. Ahora, Ulises y yo nos tenemos el uno al otro, y cuando miro a mi mujer, se me figura que está contenta.

Acomodó las fotos en su lugar y rompió el silencio sólo cuando la última estuvo bien envuelta en su bolsa de papel estraza.

—Hasta que vino Daniel, nomás estaban los retratos de la Virgen y el Sagrado Corazón, nadie tenía el de un familiar, pero las palabras siempre nos han acompañado, así sabemos qué ideas tenían los antiguos. En tiempos del señor cura, antes de que se reventara la presa y todo se fuera al carajo, íbamos a misa los domingos. Ahora, don Faustino nos lee los Evangelios, y yo me imagino a otros pueblos oyendo las mismas historias desde que el mundo es mundo y pienso que somos lo mismo. Blancos o prietos, ricos o jodidos, lo mismo.

—Sin embargo, las leyendas varían de pueblo en pueblo, a poco no.

—Será según la persona que las cuenta.

—Y lo que ha vivido cada lugar.

—Como los sueños. Daniel me platicaba los suyos y luego quería saber los míos, según para ver si se sueña lo mismo en todas partes. ¿Usted sueña con *cerementios*?

Como en otras zonas de Jalisco, en Santa Úrsula también se invertía la letra *r* en ciertas palabras.

—Sí, de niño amanecía con los pelos parados de miedo.

—A Ulises le pasa lo mismo desde que se murió Consuelo, nomás que él amanece llorando.

—Y con razón… ¿Y usted, José?, ¿sueña con panteones?

—Como todo el mundo.

Desde su sitio de honor, rodeada de veladoras, su mujer nos observaba.

—Consuelo no era de aquí, sino de Laderilla —continuó José—. Es un pueblo bonito, con sus calles parejas bien empedradas, no como el nuestro, todo torcido. Allá tienen muchas historias; a los santos les gusta aparecerse en sus cerros, ya son cuatro los que adornan la iglesia.

—¿Cómo se aparecen?

—En figuras de caña. Una chulada.

—¿Está lejos?

—Acaba de llegar y ya se quiere ir —se burló José.

—Era curiosidad, aquí estoy muy a gusto.

—Qué va a estar a gusto en esa sacristía llena de alacranes. Colutla está cerca, media hora a lo mucho a caballo. Yo estoy arrendando una potranca y tengo una yegua medio descuidadona, no le caería mal algo de ejercicio. Se la presto, es mansita; de ese modo, puede ir y venir todos los días: duerme en la hacienda y se devuelve temprano.

Sin darme tiempo de pensarlo, José cogió su sombrero y se levantó de la silla:

—A poco pensaba ir y venir a pie. O qué pues, ¿no sabe montar?

A un lado de las caballerizas se erguía una construcción de piedra con techo de bóveda donde se amontonaban costales de yute. Después supe que había sido una de las antiguas trojes de la hacienda de Colutla, cuando la propiedad abarcaba también la ranchería. Olía a pastura y a estiércol.

—Verá cómo se encariña con la Mora —me dijo José mientras ensillaba a la yegua—. Si quiere retozar, déjela, no es que vaya a reparar o jugarle una mala pasada. Sólo está nueva y necesita ejercicio, ¿verdad, Morita?

Yo había aprendido a montar en el rancho de un amigo, pero hacía años que no me acercaba a un caballo y éste parecía nervioso. Recordando viejos consejos, le di a oler mi mano antes de acariciarle la frente.

—Súbase con confianza, al cabo del suelo no pasa —me animó

José.

Y está blandito, pensé, viendo la tierra suelta. Puse un pie en el estribo y me impulsé. La yegua dio unos pasos hacia atrás, luego caminó de lado.

—Tiene esa costumbre —me explicó José, ya montado en su propio caballo—, no le haga caso, cuando salgamos del corral, se acomoda.

Antes de recorrer el pueblo, fuimos al campo para que la yegua galopara. En cuanto aflojé las riendas, pasó al trote y, casi de inmediato, a un galope suave. Nos habíamos entendido. En el espacio circundado por montañas, me dejé llevar. El olor a tierra, el silencioso golpe de los cascos contra el barbecho, los movimientos acompasados, la respiración, tan viva, de la yegua, la sensación de libertad, su cuerpo alerta, muslos contra flancos sudados, cadencia, ritmo, todo en la armonía de un mismo placer.

—Nunca había montado un caballo así —exclamé cuando nos detuvimos—, es como si nos leyéramos el pensamiento.

—Le dije que se iba a encariñar con la Mora. Entonces así le hacemos: se la lleva a la hacienda y me la ejercita. Allá la van a cuidar, el caballerango es mi compadre, yo hago a la rienda a los caballos de don Antonio. Una chulada de animales, sabe escogerlos.

El abuelo de José había sido ayudante de caporal en la ganadería, pero él prefirió ser arrendador. Aunque en ese tiempo su abuelo se enojó porque no quiso seguir sus pasos, ahora lo felicitaba: cuando Antonio vendió el ganado, de no ser por el oficio de José, su familia hubiera tenido que buscar empleo en otras partes.

—De ahí me viene la amistad con el caballerango que me va cuidar a la Morita. Su abuelo era el caporal, y nosotros lo ayudábamos. Es bonita la vida en el cerro. Pasábamos días sin bajar al rancho.

—Pero usted prefirió vivir aquí.

—Tengo modo con los caballos, es algo que trae uno de nación.

—¿De nación?

—Desde que nace uno.

Qué bien me sentía en Santa Úrsula. Me gustaban las montañas viejas, llenas de arrugas, la voz pausada de José, sus modismos de otros tiempos. Desde mi nueva altura en la Mora, apreciaba mejor las calles disparejas del pueblo y, detrás de los lienzos de piedra, las huertas de café salpicadas de nogales. Hicimos un alto en el abrevadero para que los caballos bebieran. Al igual que el día anterior, el pueblo parecía solitario, pero ahora me daba cuenta del movimiento detrás de la aparente tranquilidad. De vez en cuando, se oía el grito de un arriero y el relinchar de un caballo; a la entrada de

una casa a medio derrumbarse, un hombre cortaba yerba y a lo lejos dos niños perseguían a un burro.

José me sacó del mundo idílico que empezaba a imaginar.

—Ahí viene el Treinta. No tenga tratos con él, debe muchos muertos. Le hierve la sangre por cualquier cosa.

El Treinta acomodó su caballo junto al mío.

—Un fuereño —dijo, mientras enredaba una soga en la cabeza de la silla—. Ya van dos en unos meses, le estarán agarrando gusto al pueblo.

—Viene a hacer un estudio —contestó José—, es amigo de don Antonio.

—Y tuyo, a lo que veo.

—Sí, mío también.

El Treinta esperó que su caballo acabara de beber y se fue sin agregar nada más.

—¿Le dicen el Treinta porque ha matado a treinta personas en Santa Úrsula? —pregunté.

José se rio:

—Sería la mitad del pueblo, se quedaría sin clientes muy pronto. No, trabaja por contrato.

—Menos cuando le hierve la sangre.

—Por eso, no hay que buscarle.

—Va justo adonde están los niños. ¿Es peligroso?

—No, hasta eso, es niñero.

Como Pancho Villa, pensé. Qué importa si los deja huérfanos… José cambió de tema:

—Estaría bien que le diera las gracias a don Faustino por haberlo dejado dormir en la sacristía, le gusta que lo tomen en cuenta. Su casa es ésa que se divisa allá arriba. Háblele a la Mora, hay que llegar.

Pasamos la iglesia y la plaza, un espacio empolvado con bancas de piedra donadas por familias muertas hacía mucho tiempo; los nombres tallados aún se alcanzaban a leer. Más adelante, una pequeña escuela se defendía del abandono. La casa de don Faustino estaba en las faldas del cerro del Tempisque, que debía su nombre a unos árboles de flores amarillas y olor a animal muerto. El anciano nos había visto de lejos y nos esperaba en el zaguán. Sus manos artríticas se aferraban al bastón.

—Veo que consiguió remuda —comentó—. Deje adivino: José le emprestó a la Mora para ir y venir de Santa Úrsula a Colutla. Ya me figuraba que no le iba a gustar la sacristía. Aunque había de pasar otra noche aquí, el aire de estos cerros califica la sangre.

Pero yo me sentía muy bien de salud y, recordando a los alacranes,

pensaba en una excusa para rechazar la invitación cuando José me invitó a quedarme en el cuarto de su hijo.

—De todas formas, duerme conmigo. Ya ve cómo son de visionudos a esa edad, le tiene miedo al catrín.

—Dile quién era para que se le quite —lo interrumpió don Faustino.

—Las malas lenguas creen que los hacendados inventaron la historia del catrín para llevarse al campo a las muchachas —me explicó José—. A lo mejor es cierto, sabrá Dios, el caso es que desde que don Antonio heredó la propiedad, ya no se ha sabido nada. Todavía en tiempos de su padre, la hija del herrero desapareció una noche y después tuvo un niño de la mismita figura que el patrón. Dicen que la ha de haber encontrado en el río y se le metió la demencia de estar con ella. Era un hombre cabal pero la lujuria lo animalaba. Pobre Dolores, así se llamaba la muchacha, su mamá la colgó de una viga para que confesara quién era el padre, pero ni por ésas habló. Luego creció la criatura y ya ni cómo hacerse el disimulado. Le digo que era de la mismita figura que el patrón.

—¿Y qué pasó con el niño?

—Fíjese lo que son las cosas, se crio con esa abuela, porque Dolores se murió a poco de dar a luz. Después se fue al norte y ya no supimos de él. La muchacha era novia del Treinta, dicen que se metió de matón para aliviar el coraje que lo carcomía.

—Puras mentiras —volvió a interrumpir don Faustino—, siempre supo matar. Primero animales, luego gente. Fue tu compañero en el catecismo, José, has de acordarte.

—Muy cierto, le gustaba incendiar ratas y oírlas chillar mientras se quemaban. Eso no está bien.

—Nada bien —lo apoyé, imaginando la escena.

La plática saltó a otros temas y acabamos hablando del nombre del pueblo. La patrona no era santa Úrsula, a quien debía su nombre, sino santa Bárbara. El sacerdote la cambió después de una tormenta memorable, argumentando que necesitaban una santa que respondiera en caso de emergencia. ¿Y quién mejor que la protectora contra los rayos? Además, santa Bárbara también era la patrona de los coheteros, tan importantes en las fiestas. A cada tierra su santo, así que santa Úrsula tuvo que conformarse con un nicho en la sacristía.

—Quédese a comer —me dijo don Faustino cuando terminó de contarme la historia—, me agrada su modo, la gente de aquí se ha vuelto sabe de qué forma.

—No exagere…

—Hablo de la juventud, José.

—Todos se están yendo, dentro de poco vamos a quedar puros viejos.

—Tú todavía estás nuevo, pero eres de la misma hechura que los de antes. Ahora es una vergüenza, hasta los niños del catecismo prefieren la historia del tal Gulliver que el Evangelio.

—¿Gulliver? —pregunté, sorprendido— ¿El de los viajes?

—Ese mero. Desde que el fotógrafo aquel les contó la historia, están duro y dale con eso. En tiempos del señor cura, era distinto, antes de la inundación. Asómese a la ventana, ¿ve la compuerta allá arriba? ¿Alcanza a divisar la cruz? Estábamos confiados en que, con lo que hicimos, que Dios nos perdone, estaríamos seguros, y, eso sí, de que se reviente otra vez la presa, no tenemos pendiente, pero a mi tanteo, nos cayó una maldición.

Los dos hombres se quitaron el sombrero para observar en silencio la cruz bajo la cual habían enterrado al niño que lloraba en caso de peligro. José era pequeño en ese entonces, pero don Faustino se arrepentía de no haber sepultado a la criatura en la tierra bendita del camposanto. Su amigo lo tomó del brazo.

—Venga, lo ayudo a preparar la comida, o qué, ¿ya se rajó de invitarnos?

Don Faustino hizo un esfuerzo para sonreír y dijo que iba a matar una gallina, José opinó que tardaría demasiado en cocerse, y al final se decidieron por unos huevos con frijoles y queso fresco.

—Usted quédese aquí, que para eso es invitado —me ordenó don Faustino—. No nos tardamos, las gallinas ponen aquí cortito.

Cuando creyó que ya no podía oírlos, le pidió a José que rezara un padrenuestro por el niño de la presa.

—Lo hicieron para proteger el rancho, no se sienta mal —lo animó él.

—¿Y si hubieras sido tú el chiquillo?

—Estaría orgulloso de defender a mi pueblo. Ya no piense, mejor ayúdeme a buscar los blanquillos, yo los preparo, verá que soy bueno para la cocina.

También para consolar, pensé, y lo confirmé esa noche. Había aceptado la invitación de quedarme en su casa y me despertó el llanto de Ulises. Estás soñando, abre los ojos, oí a José. Pero el niño seguía llorando.

—Es por las fotos de tu mamá, mañana se te pasa, verás que vas a amanecer contento.

—Cuénteme una historia.

—Hace mucho tiempo, vivió un hombre que tenía dos hijos. No era mala persona, pero cuando estaba tomado les pegaba con una vara de mezquite. Un día, arrepentido de sus desvaríos, se sentó en una piedra a pensar, y en sus piensos andaba cuando se le apareció una víbora, con todo y su cascabel. La víbora alzó la cabeza, sacó la lengua y…

—Usted no sabe pegar —interrumpió Ulises.

—Eso se aprende fácil.

Ulises se rio:

—Si ni aprendió a leer.

—Quieres oír la historia o vas a seguir tanteándome.

Me dormí arrullado por las palabras de José, pero en lugar de soñar con la víbora del cuento, me desperté con la sensación de haber recorrido la ranchería al lado del catrín. En cuanto acabé de desayunar, me encaminé a la piedra que José me había señalado la tarde anterior y me senté en ella para ver el paisaje con la mirada del hombre de la leyenda. A lo lejos, se veía la hacienda de Colutla. La extensión de los cañaverales me recordó el Evangelio donde el diablo prueba a Jesús. La mayor tentación de los hacendados cuando sus propiedades se alargaban hasta el horizonte, debió ser la vanidad. Los imaginé aislados en sus oratorios, oyendo algún sermón relacionado con la soberbia; quizá las palabras los hicieran reflexionar un momento, pero el poder se encargaría de devolverlos a su lugar en el Olimpo. A ellos Satanás no les ofreció nada a cambio de que todo fuera suyo: lo era desde antes de nacer.

Me era fácil imaginar a Antonio en la hacienda. Sebastián me había hablado de su relación con los empleados —según él, de un paternalismo anacrónico— y de la importancia que le daba al buen ejemplo, como si el pueblo entero estuviera pendiente de sus acciones.

—Se resiste a soltar el pasado —se quejó en una sobremesa en casa de sus padres—. Se aferra a un mundo que ya no existe.

Estábamos por terminar la universidad y, mientras yo daba clases de futbol para irme de parranda o comprar libros, Sebastián reprobaba con enjundia semestre tras semestre.

—Yo creo que tu hermano es más congruente que tú —le dije, viendo los cubiertos de plata y las copas de cristal—. Él no reparte folletos marxistas afuera de las iglesias y luego cena caviar.

Sebastián tiene muchos defectos, pero siempre ha sido buen perdedor.

—Touché —dijo, levantando la copa de vino—. No voy a discutir. Ya verás que un día de estos te vas a tragar tus palabras.

—Por ese día.

El ambiente de mi familia era muy distinto. Mi padre, un despistado escritor de novelas policiacas, tendía a tratarnos como si fuéramos personajes de ficción y no hacía el menor esfuerzo por educarnos. Si un proyectil hecho de pan pasaba demasiado cerca de él, lo esquivaba y seguía leyendo. Mi madre de vez en cuando jalaba una oreja o daba un pellizco, pero en general toleraba todo menos los pleitos serios. Siendo el mayor de cinco hermanos, yo estaba acostumbrado al caos, y el entorno de Sebastián me recordaba los libros de Jane Austen.

—Ya, en serio —le pregunté—, ¿qué vas a hacer con tu vida? Si yo no tuviera broncas de lana, recorrería el planeta.

—A ti lo que te gusta es morirte de hambre —se evadió Sebastián —. Mira que meterte de antropólogo…

Contra mis propias expectativas, me va mejor de lo que creía y agradezco haber apostado por un trabajo que me apasiona. Sebastián también parece contento con su decisión de haberse alejado de la sociedad en que creció.

—Tenía que hacerlo —me confesó más tarde—. No sabes la claustrofobia que me llegaba a dar. A ti no te pasa porque vienes de una familia alivianada; donde yo me movía antes, la gente te juzga todo el tiempo. Menos Antonio, la verdad. Será anacrónico, pero es un gran tipo. Hasta toma en cuenta mis opiniones sobre el ingenio —añadió, con una sonrisa—. Se niega a aceptar que no me guste la hacienda, pobre viejo, no se da cuenta de que su mundo está sostenido por un hilito.

Me ilusionaba descubrir el lugar del que tanto me había hablado Sebastián.

—Te la puedes pasar muy mal en Colutla —me advirtió antes de sugerirme que Santa Úrsula sería un buen lugar para mi investigación y que podría quedarme en la hacienda—. No sabes las pesadillas que tenía de niño.

Es verdad que, desde mi puesto en la piedra del catrín, el ingenio destartalado parecía ideal para una película de vampiros. Me reía acordándome de la variedad de miedos de Sebastián, cuando una voz me sobresaltó:

—Estese alerta, esa piedra no es de fiar.

Me levanté con cuidado y me di la vuelta despacio. El Treinta me observaba desde lo alto de su caballo.

—No crea que nomás en la ciudad se corre peligro. Dondequiera hay que saber cuidarse, ¿no cree?

Sin saber qué contestar, me limpié las manos en el pantalón.

—Ya se ensució —dijo el Treinta—. Así es el rancho, polvoso en las secas y lodudo en las aguas, qué le vamos a hacer. ¿Le gustan las lluvias? Ya mero entran.

—Sí.

—Menos mal, con eso de que va a quedarse un tiempo por estos rumbos… Y, bien a bien, qué lo trae por acá.

Con una mezcla de la paranoia de los citadinos y de la herencia imaginativa de mi padre, aluciné que el asesino a sueldo sospechaba que yo era un policía encubierto. Por eso, le expliqué con lujo de detalles, tartamudeando un poco, lo que intentaba llevar a cabo en Santa Úrsula.

—Así que le gustan las historias… Yo tengo una que otra. Antes se las contaba al señor cura, pero hace tiempo que no me confieso. Deje me apeo para que no tenga que torcer el cuello.

Qué asesino tan considerado, pensé, con un nudo en el estómago: Le hierve la sangre por cualquier cosa, no tenga tratos con él, me había advertido José. Antes de darme tiempo de inventar una excusa para irme, el Treinta me pidió que buscara unas piedras donde sentarnos a platicar. Si se encuentran a un asesino, era uno de los consejos de mi padre, díganle por su nombre, es una forma de hacer contacto con la parte del cerebro que más tarda en deshumanizarse… Mire, Treinta, ensayé… Qué locura.

—Se ve medio atarantado, oiga.

—Es el calor.

—Mmm… o tendrá algún pendiente.

—No, no… ¿Estas piedras le parecen bien?

—La gente de campo se conforma con cualquier asiento. ¿Quiere aguardiente? Siempre cargo, es bueno para agarrar valor.

El ánfora era de plata. Le di un trago y se la devolví. Con los ojos entrecerrados, el Treinta observaba cada uno de mis movimientos.

—¿Le gusta? Era de un hombre adinerado, Dios lo tenga en su gloria. Me la regaló antes de morir, no vaya a maliciar que soy ratero. Cada quien su negocio, ¿no cree?

Me arrepentí de haberle regresado el aguardiente y, recordando otro consejo de mi padre, traté de llevar la conversación a terreno seguro.

—Tiene razón, mejor no mezclar… Qué bien se respira aquí.

—Yo conocí a un hombre que se ahogaba nomás de oírme. Sabrá qué le habrán contado.

Un quiebre en la voz me sorprendió. Sí, se estaba burlando de mí.

—O qué se imaginaría. Ya ve que hay gente que nomás está

maliciando. Pero volviendo a lo que nos ocupa: la historia que le voy a contar es de un muchacho que, por nuevo, era pendejo. Tan pendejo era que se enamoró de la muchacha más bonita del pueblo. Él no era de mal ver, su problema era la falta de centavos, así que se fue a buscar trabajo en la ciudad, donde se acomodó de albañil.

Guardó silencio en espera de un comentario.

—Entonces no ha de haber sido tan pendejo —dije, y el asesino aprobó con un gesto.

—Así me gusta, sabe poner atención.

Como en la escuela, pensé, y me quedé muy serio.

—El caso es que el muchacho aprendió a hacer mezcla, a colar castillos, a echar cemento y, en lo particular, a todo lo que un albañil debe saber. Trabajaba bien, como le digo. Dos años estuvo sin venir al pueblo más que allá cada y cuando. Y entonces le entregaba a la muchacha lo que había ganado para que lo fuera guardando, así de confiado era. Y ella correspondía, no vaya a creer que no. Pero resulta que un día regresó, ya a poco del casorio, y que se va encontrando a un vale aquí mismo, en este camino, y que el vale empieza a burlarse de él: Te hicieron buey, se reía. El muchacho, que venía con la ilusión de ver a su novia, lo juzgó de loco y siguió su camino. En el pueblo, la gente lo miraba sabe de qué modo, pero ni por ésas maliciaba nada, le digo que estaba pendejo. Ya enfrente de la casa de la muchacha, se paró muy derechito. Traía un discurso que el maestro de obras le había ayudado a preparar, una de esas tarugadas para pedir la mano, hágame el rechingado favor… La muchacha lo ha de haber visto acercarse porque la puerta se abrió antes de que le diera tiempo de aclararse el cogote. Y ahí fue donde se jodió el asunto: el muchacho con el vestido de novia que traía de la ciudad, y ella, panzona de otro. ¿A usted le ha hervido la sangre? Cómo que no sabe, si no sabe es porque no le ha hervido. El caso es que el muchacho se regresó por donde mismo hasta hallar al vale que se había reído de él; con alguien tenía que recalar y ni modo que con una mujer, por liviana que fuera. Así que lo agarró cerca de aquí y lo arrastró hasta la piedra del catrín, sí, la misma donde estaba usted sentado. Ya allá arriba, nomás fue cosa de un empujoncito, le digo que de por sí esa piedra no es de fiar.

Perdió la vista en el horizonte, como quien recuerda con añoranza, y pensé que era el momento de hacer una elegante retirada, otro consejo de mi padre, pero el Treinta se adelantó:

—Se ha quedado muy callado, ¿no le gusta la historia?

—Sí, cómo no.

—Y no va a preguntar nada.

—Pues… y qué pasó con la muchacha.

—Tuvo a la criatura sin novedad.

—¿Y él?

—¿El muchacho? Se le quitó lo pendejo, cambió de trabajo y se hizo rico. Viera qué mal pagada es la albañilería…

Estiró las piernas con un suspiro y el sol cayó sobre la hebilla plateada de su cinturón. Era bien parecido, de ojos verdes, nariz recta y quijada fuerte. Una de sus manos se apoyaba lánguidamente en la cacha de la pistola.

—Lo veo algo pálido —me dijo, pasándome de nuevo el ánfora. Aproveché para darle un buen trago. Sabía a canela, azúcar y alcohol de farmacia, un sabor que me hizo recordar la historia de un pariente que se quedó ciego por beber alcohol de madera en la época de la prohibición. Cerré un ojo y luego otro. Estaba mareado, pero distinguía con claridad las ramas de los árboles. Una sensación de ligereza me invadió.

—Le ha tomado gusto a la canela con alcohol, a lo que veo… Nomás no se me distraiga: dele una pensadita a lo que le conté. Al vale le gustaba su pueblo, por eso se quedó, aunque se le erizaba el cuero cada vez que veía a la muchacha panzona. Le gustaba porque era tranquilo y se respetaban todos los oficios, así que se iba un tiempo por cuestiones de trabajo y luego regresaba. Y una noche se agarró pensando qué haría si, de pura casualidad, llegara un fuereño con ideas distintas. Alguien, por decirlo de alguna manera, sin respeto por su oficio.

—Cualquier oficio es respetable —lo interrumpí, sintiendo una oleada de simpatía por el protagonista de la historia. Pobre tipo, traicionado por la mujer con la que se iba a casar.

—Así me gusta, aprende rápido, a lo mejor se hubiera llegado a entender con el muchacho aquel.

Una brisa bajó del cerro, dispersando polen y esporas. Estornudé y el Treinta me tendió su pañuelo.

—Viene mal prevenido. A su edad yo también creía que nada podía pasarme, que siempre iba a salir bien librado. Luego aprendí. A golpes, aprendí. Le voy a dar un consejo para evitarle uno que otro leñazo: mientras el sol aluce los caminos, vaya y venga adonde quiera, pero cuando salga la luna, guárdese, no vaya a ser que lo confundan con el catrín y le metan un susto.

Le di las gracias por el consejo y, entre trago y trago, hablamos hasta mediodía. Regresé trastabillando a casa de José y, al día siguiente, tuve la peor cruda de mi vida. Por lo visto, me bebí el

ánfora completa. No me acordaba del camino de regreso, sólo supe que alguien me acostó en la cama de Ulises y me quitó los zapatos. A partir de entonces, tuve cuidado de que la noche no me sorprendiera en los caminos.

ENTRE LAS SOMBRAS

Colutla, 20 de junio de 2013

> Santa Úrsula está enclavada en la Sierra Madre Occidental. Su topografía montañosa dificulta el acceso. Las tierras de cultivo son fértiles pero la orografía complica su explotación. En invierno, la temperatura llega a bajar hasta los diez grados y sopla el aire frío de las montañas. El pueblo más cercano es Colutla, donde está la hacienda. Llegué a Santa Úrsula el primero de junio y me quedé dos días en casa de José. Trato de ir y venir diario. Hoy llega Antonio con su familia.

Joaquín arranca la hoja de apuntes y la avienta al chiquihuite con la puntería de la práctica. Cada vez que decide pasar en limpio sus notas, acaba escribiendo una especie de crónica de viaje. Debe concentrarse, pero desde que aparecen las palmeras al bajar la última cuesta de Santa Úrsula, el valle de Colutla lo envuelve en la cadencia de un tiempo propio en el que no existe la prisa.

Estira las piernas despacio para no derribar los ladrillos que detienen las patas apolilladas de la mesa y, recargándose en el respaldo de la silla, se dispone a observar las actividades del ratón, compañero de cuarto y, a veces, hasta de almohada. Se ha acostumbrado a él, como a los fantasmas locales y al ruido de las naranjas que caen de los árboles a medianoche.

La luz se filtra por los postigos; piensa en abrirlos, pero lo detiene la certeza de que el mozo los cerrará de nuevo. El ratón se pasea por el cuaderno de apuntes. Joaquín gruñe para verlo salir corriendo, cuando oye pasos y el cuarto se ilumina.

—Qué manía, cerrar los oscuros a esta hora —dice una voz ronca.

Joaquín se levanta demasiado rápido, tira los ladrillos y se golpea una rodilla. El recién llegado asoma la cabeza por la puerta:

—¿Te peleabas con la mesa?

—Siempre me gana. Qué gusto verte, Antonio —añade, dándole un

abrazo—. ¿Vino también Catalina?

—Y Ana, también. La pobre se mareó, así que se bajaron en el camino, no tardan en llegar. Una lata, esta polilla. Ya intentamos todo: diesel, pentaclorofenol, gasolina…

—A ver si no incendias la casa.

—Yo creo que ni así se acabaría. Pero, dime, ¿te han tratado bien? Veo que te tienen a oscuras.

—He estado feliz, no sabes cómo agradezco la invitación.

—Nada que agradecer, me da gusto que estés aquí.

El mozo —una versión mexicana del mayordomo inglés, según Joaquín— espera órdenes a una distancia prudente. Antonio le pide que saque las maletas del coche y le enseñe a la nueva criada a desempacar. La palabra *criada* no es despectiva, le dijo Sebastián a Joaquín al ver su expresión la primera vez que la oyó. Las llaman así porque se criaban en casa de los patrones. Al igual que la actitud del mozo, a Joaquín el concepto lo remonta a principios del siglo XX. Los de arriba y los de abajo.

Antonio se despide con una palmada en el hombro:

—Nos vemos en la cena, hasta entonces —y añade, dirigiéndose al mozo—: Ten las llaves del coche, Rosalío, y no olvides bajar también el canguro de trapo que se quedó en el asiento.

Joaquín sonríe ante la imagen del mal nombrado Rosalío, que viene caminando dignamente con el peluche bajo el brazo. El atardecer ha disipado el bochorno, pero los zancudos no tardarán en aparecer. Se sienta en un equipal y se arremanga el pantalón. Ni de niño acumuló tantos moretones. Es una casa peligrosa: esta mañana, el marco de un espejo se desintegró ante sus ojos, y la tranca de una puerta al caerse por poco lo noquea. A pesar de los comentarios irónicos de Sebastián, él se había imaginado una casa elegantísima, con candiles antiguos y sillones forrados de damasco. En realidad, la única lámpara de cierto valor se sostiene por un cordón de seda luida y vibra cada vez que alguien camina por la azotea. En la época de cosechar nueces, cuando los vareadores tallen la fruta justo arriba del comedor, Joaquín desayunará entre el ruido y el temor a que la lámpara se desplome. En cuanto a la tela de los sillones, es tan vieja que ha perdido el color. ¿Cómo sería el lugar en su mejor época? Las fotos arrumbadas en un cajón son insuficientes para darse una idea.

Una puerta rechina. Con esa sensibilidad única para los ruidos molestos, Sebastián se quejaba de que en la hacienda fuera imposible tener un instante de silencio:

—Durante la zafra, la grúa cruje cada vez que se mueve y las fugas

de vapor te mantienen con los ojos abiertos toda la noche: las usan para anunciar cambio de turno y para pedir que suelten agua de la presa, así que cuando estás a punto de reconciliarte con la maldita grúa, te ataca el silbido. Cuando no hay zafra, la situación mejora, pero no te hagas ilusiones porque siempre están las campanadas y, por si fuera poco, la casa se queja como si estuviera viva.

A Joaquín lo que le ha llamado la atención es la variedad de cantos de pájaros, aunque es cierto que hoy la casa amaneció especialmente quejumbrosa. Las voces de Ana y de Catalina no lo dejan oír el resto de lo que desesperaba a su amigo. La niña está pálida; Catalina, en cambio, parece llegar de un paseo. Joaquín recordaba las caderas angostas pero había olvidado el verde intenso de sus ojos. Se levanta para saludarla, y ella le da un beso en la mejilla, como una niña educada; después se inclina a preguntarle a Ana si se siente mejor y Joaquín nota el escote donde una pequeña abeja de ámbar se balancea.

—¿Tú eres el amigo de Sebastián? —pregunta Ana—. ¿Sabes contar cuentos?

Joaquín se acuclilla frente a ella.

—Ése soy yo, y sí, sé contar cuentos.

—¿Tienes hijos?

—No, pero tengo cuatro hermanos más chicos que yo.

Ana hace una mueca y él agrega, riéndose:

—Son simpáticos.

—Mi mamá y yo no queremos ni a los hermanitos ni a los bebés. ¿Verdad que no, mamá?

—¿Y al de la foto que nos mandó Eugenia?

—A ese sí, porque vive lejos.

—Eugenia es mi hermana —le explica Catalina a Joaquín—. Trabaja con Médicos sin Fronteras en el Congo. Ahora hay un congreso en Nueva York y está tratando de organizarse para venir unos días a Colutla. ¡Ojalá! —añade con ilusión.

Sebastián le había contado de Eugenia. No puedes dejar de verla, fueron sus palabras. Está a punto de preguntar si es médico cuando Ana jala de la mano a su madre: le prometió acompañarla a las caballerizas. Hubiera querido que se quedaran más tiempo. Le intriga la personalidad cálida y a la vez distante de Catalina, le gustan sus movimientos suaves, su manera de escuchar, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. ¿Por qué se habrá casado con un hombre tanto mayor que ella? Está divagando otra vez. Se obliga a regresar a sus notas, pero sospecha que la llegada de sus anfitriones

será otra excusa para dejarse llevar por la atmósfera perezosa de la hacienda. Hace un pacto consigo mismo: se quedará en Santa Úrsula por lo menos esta semana. Será un trato fácil de cumplir, el cuarto de Ulises es cómodo y la ranchería tiene su propio encanto.

La ausencia de lluvia es el único tema de conversación. La caña soporta con estoicismo la sequía, pero en las milpas, las hojas del maíz se enrollan y las matas de frijol se vuelven amarillas.

Catalina sale a pasear al amanecer y divide el resto del tiempo en actividades dentro de la casa o a la sombra de los fresnos. Ajena al clamor de las chicharras, Ana dormita en una hamaca. En la cocina, los gatos observan a los ratones sin hacer el mínimo esfuerzo por cazarlos; Rosalío maldice tener que usar zapatos con calcetines, y la cocinera suda frente a la estufa. Para Antonio, atravesar al rayo del sol de la casa al ingenio, es una odisea. Ya en su oficina, trata de convencerse de que el ventilador sirve para algo más que para trasladar el aire caliente de un lugar a otro. Los obreros trabajan en silencio. En este clima, incluso hablar desgasta.

Las campanadas que anuncian cambio de turno cuando no hay zafra resuenan en el jardín. Ana se estira en la hamaca; Catalina saca un hielo de la jarra de agua y lo pasea por su cuello con un suspiro. A lo lejos, ya en la cordillera, resalta una mancha blanquecina entre el verde que el sol de mediodía unifica. Es el pueblo de Santa Úrsula, donde estará Joaquín. Catalina toma entre los dedos la abeja de ámbar que se balancea en su pecho y revive el momento en que lo sorprendió mirándola fijamente. El calor la trastorna, debe ser eso, es estúpido desilusionarse porque se quede a dormir en Santa Úrsula. Patético, vestirse todos los días con la esperanza de que llegue a cenar. Madura, Catalina, tienes treinta y cinco años, no quince. Se suponía que iba a ser una pereza compartir la hacienda con el amigo de su cuñado, no que le resultara perturbadoramente atractivo. Es culpa de la abeja de ámbar, piensa, sin lógica… Se asfixia.

En Santa Úrsula, el viento recorre el valle. Joaquín ha dedicado la última semana a entrevistar a la gente y tenía planeado regresar a la hacienda después de comer, pero José le aconseja quedarse a dormir o

irse temprano. Según él, va a caer una tormenta. El citadino observa el cielo despejado.

—¿Apostamos? —lo reta José.

—Veinte pesos.

—Va a perderlos, ¿no le hace?

—Cómo voy a perder. No hay una nube a kilómetros de aquí.

—Ahí verá usted. Pero, de que va a perder, va a perder —contesta José, tendiendo la mano.

A pesar de su escepticismo, Joaquín decide aceptar el consejo e irse temprano.

Joaquín escribe a la luz de un quinqué porque un corto circuito ha dejado la casa a oscuras.

Colutla, 27 de junio de 2013

A pesar de que Colutla y Santa Úrsula están a unos cuantos kilómetros uno de otro, su gente es distinta (detallar diferencias).

Santa Úrsula:

Organización política: no hay delegado, y no parecen necesitarlo. Las cabezas son el antiguo sacristán (don Faustino) y el arrendador (José). A ellos recurren en caso de disputas.

Economía: gira en torno a la agricultura y la ganadería. Sistema de riego rodado. No usan insecticidas o herbicidas químicos, sino flores como crisantemo, cempasúchil y salvia. La plaga más dañina es una mariposa cuyas larvas se convierten en gusanos, pero en general las cosechas se dan bien (informante: José).

Educación: la escuela se cerró después de la inundación. Ahora los niños bajan a Colutla. Sólo primaria. Ausentismo severo. Don Faustino da clases de escritura y catecismo en su casa.

Salud: la clínica más cercana también está en Colutla. Recurren para todo tipo de males a la partera de la ranchería. Utiliza yerbas medicinales y remedios caseros, como friegas de alcohol, ventosas y sobas.

Datos por aclarar (contradicciones, según informantes):

—Migración.

—Cómo se formaron Colutla y Santa Úrsula. De dónde vienen las diferencias físicas y de personalidad de su gente.

—Inundación.

—Niño enterrado en la compuerta. Inscripción en la base de la cruz: P.V.S. 1950-1951.

—Papel del Treinta y relación con la gente.

—Leyenda del catrín. Hasta ahora, su versión es la única relacionada directamente con Santa Úrsula.

Un ruido lo hace levantar la vista; después de un momento, sigue escribiendo. Analiza las variaciones de la leyenda del catrín según la geografía cuando el ruido empieza de nuevo. Coge el quinqué y sale al pasillo, a lo mejor es un gato. No, no es un gato, es Ana. Tuvo que atravesar el patio para llegar hasta donde brillaban las luces del quinqué y los faroles de petróleo. ¿Y si sus papás se fueron a México sin avisarle? Joaquín la consuela diciendo que los oyó salir al ingenio.

—Me desperté solita.

—Pero si están al lado…

—Me quiero ir a México, dice Rosalío que mi abuelo muerto camina sin cabeza cuando cree que estamos dormidos.

—Cómo va a caminar sin cabeza, se tropezaría con todo. ¡Imagínate el escándalo!

—¿Te quedas conmigo hasta que llegue mamá?

—Claro que sí.

—¿Y no va a salir mi abuelo sin cabeza?

—Lo peor que puede salir en esta casa es Rosalío —contesta Joaquín, pensando en lo que habrá detrás de la aparente solemnidad del mozo. ¿A qué hora le contará historias de miedo a la pobre niña?

—Me pican los moscos.

La cubre con una chamarra de mezclilla, y al poco tiempo se queda dormida. Catalina los encuentra así: la niña enroscada en un equipal, y él escribiendo en la penumbra.

—Brillas como si tuvieras diamantitos —le dice Joaquín.

—Es azúcar —contesta ella, mostrándole las manos—. En nuestro baño no hay agua.

—Usa el mío, llévate el quinqué.

El baño está limpio y ordenado. Catalina se lava las manos hasta asegurarse de no tener residuos de ninguna sustancia pegajosa y se seca con una toalla que tiene bordado el fierro de la hacienda y las orillas deshilachadas. En la habitación, se detiene frente al espejo del armario para ver si de verdad brilla, pero lo olvida ante sus ojos, enormes a la luz de la llama. Pasea la mirada por el cuarto, sintiéndose el personaje de un cuento fantástico. Los títulos de los libros en el escritorio no hacen nada para atenuar la sensación: *Leyendas de vírgenes y demonios*, *Dioses y mitos rurales*, *Semiología de la*

violencia.

Afuera, los faroles crean un ambiente acogedor. Se sienta, distraída, frente a Joaquín. Es como si una mano invisible se ocupara de todo, piensa, y recuerda a su padre diciendo que las personas débiles son fantasiosas. Cierra los ojos y cuenta hasta cinco. Al abrirlos de nuevo, se encuentra con la expresión curiosa de Joaquín.

—Cuántos recuerdos surgen en la oscuridad.

—¿Buenos o malos?

—De todo —contesta ella, alzándose de hombros.

—¿Piensas mucho en el pasado?

—No, si puedo evitarlo.

—Perdón, hago demasiadas preguntas.

Pero en la penumbra donde cintilan lenguas de fuego el pasado pierde el poder de lastimar y Catalina se sorprende contándole la historia de la mujer que nació para ser reina, y de su hermana, cuya única gracia era su capacidad de quedarse inmóvil durante horas. Alarga el relato para retener la atención de Joaquín y, cuando es imposible estirarlo más, lo mezcla con otros.

—¿Por qué te habré contado estas cosas? —pregunta cuando ya no tiene nada que agregar.

—Tendrá que ver contigo.

—Son cuentos de niñas, nada más.

—No quise decir que fueras tú la hermana destinada a ser reina, sino que…

—¿Yo, la reina? —lo interrumpe, pero Joaquín continúa:

—A lo que voy es a lo mucho que dicen los relatos acerca de quien los cuenta. El solo hecho de escoger uno en especial habla de ti. Y éste te conmueve además. Si fuera psiquiatra, podría inventar que en otra vida…

Ella se ríe:

—Si fueras médium, dirás —y agrega, más seria—: ¿Cómo sabes que me conmueve?

—Ten cuidado, puedo leer tu mente.

Ana se queja en sueños, y Catalina cambia de tema.

—Gracias por ocuparte de ella, debería llevarla a su cama, pero ésta es la única zona iluminada.

—Acuéstala en mi cuarto, estará más cómoda. Dámela, yo la llevo.

Joaquín deja a la niña en la cama. Al incorporarse choca contra Catalina, que se había inclinado sobre ella, y para que no pierda el equilibrio la rodea con un brazo. Catalina se ve en el espejo junto a él y sus ojos la sorprenden de nuevo. En ese momento, los de Joaquín le

son más familiares, reconoce su mirada. Una ráfaga hace temblar la llama del quinqué y la tormenta se desata. Gruesas gotas resuenan en las plantas del patio.

—Parecemos fantasmas, ¿verdad? —pregunta Joaquín, y sus dientes blancos destacan en el espejo. Ella no sonríe. El sonido de las gotas sobre las plantas le recuerda otra noche.

Había acompañado a Eugenia a hacer una maqueta en casa de una amiga y, mientras trabajaban, ella deambulaba por el jardín. Se detuvo en la esquina donde las ramas caídas de un árbol formaban una cueva y jugaba a ser un duende de campo cuando se desató la lluvia. Las primeras gotas cayeron sobre las hojas sin traspasarlas; después, las ramas se inclinaron bajo el peso del agua y Catalina corrió a la casa, donde le prestaron ropa seca. Calientita y protegida por los muros sólidos, apoyó la frente contra el vidrio de la ventana y vio cubrirse el pasto de granizo. Era como estar dentro de un cuento. Ojalá dure mucho tiempo, ojalá no se derrita nunca el hielo, dijo en voz baja. Ojalá no destruya las casas de los pobres, contestó la amiga de Eugenia con vocecita sentenciosa.

Les dieron de cenar pan dulce, y el chocolate con leche hizo que Catalina se olvidara de los pobres. Estaba tan bien, envuelta en el humo tibio y oloroso… Cuando la lluvia disminuyó, las llevaron a casa. El trayecto era largo y se quedó dormida en el coche. Al despertar, se sintió culpable por haber deseado que el granizo no terminara nunca, pero Eugenia le dijo, entre grandes bostezos, que preocuparse por los pobres les correspondía a los adultos. Ella también estaba cansada. Se quitó los zapatos para que el crujir de la madera no despertara a sus padres y fue a su cuarto. ¡Qué ilusión dormirse bajo el arrullo del agua! Tuvo la tentación de acostarse sin lavarse los dientes, pero el miedo al dentista fue más fuerte que su pereza.

Al salir del baño, vio un bulto en la cama. ¿Se habría quedado atrapado en las cobijas su oso de peluche? No, lo que había entre las sábanas estaba vivo. El miedo la inmovilizó. De pronto, el ser se dio la vuelta y Catalina tuvo frente a ella a la niña que pedía limosna afuera de la iglesia. Se miraron en silencio, después, la intrusa cerró los ojos y se abrazó a la almohada. *Su* almohada. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¡Y tenía puesto su camisón! Estiró la mano para despertarla, pero se detuvo ante la sospecha de que Dios la estaba castigando por desear que el granizo lo cubriera todo. Mejor ceder una cama que condenarse para siempre en las llamas del infierno… Tiritando de frío, se acurrucó en el piso y se cubrió con la alfombrilla.

La despertaron la nariz helada y el cuerpo entumido. Se levantó

sintiendo un hormigueo en las plantas de los pies y se acercó a la cama, quizá la intrusa había sido un sueño: la niña seguía en la misma postura, respirando apaciblemente. Éste es todo el castigo, ¿verdad?, le preguntó a Dios. Te prometo no volver a ser egoísta. Pensaba en un trato que ablandara la ira de su padre celestial cuando entró el que el destino le había asignado en la tierra. Aún estaba en pijama, pero lucía impecable en una bata de seda oscura con iniciales bordadas. Junto a él, su mujer era insignificante. No cabe duda de que es mejor dar que recibir, dijo, mirando a la intrusa. ¿Dormiste aquí?, quiso saber la madre de Catalina. ¿Por qué no te fuiste con tu hermana? Ella iba a contestar, pero guardó silencio ante la mirada severa de su padre. Cállense, esta pobre mendiga necesita descansar. Estás temblando, siguió su madre con voz apenas audible, ve a acostarte con Eugenia. Catalina hubiera querido explicarle que estaba pagando una culpa, pero una cama caliente era demasiado tentadora. Como si leyera sus pensamientos, su padre le bloqueó el camino diciendo que era necesario sentir en carne propia el sufrimiento de los pobres. Y, a los siete años, Catalina creyó que la rescataba del fuego eterno.

—Eso sí, él durmió comodísimo.

La interrupción de Joaquín la toma por sorpresa. Casi había olvidado que estaba contándole la anécdota a alguien.

—Así era esa época, los adultos tenían privilegios.

—No todas las familias son iguales.

—Durante mucho tiempo, la gente me felicitó por haberle cedido mi cama a una niña de la calle —continúa Catalina, ignorando el comentario.

—¿Y cómo te hacía sentir eso?

—Mi padre decía que era educativo.

—Dos pájaros de un tiro: le dio asilo al pobre y te formó en la caridad.

—Lo dices con sarcasmo, pero sí me hizo ver lo egoísta que era.

—Tu padre debe ser un hombre…

—Ya murió.

—¿Lo extrañas?

Catalina toma aire y lo exhala lentamente.

—Es una noche agradable, ¿verdad?

—Otra vez haciendo demasiadas preguntas. Y juicios, por si fuera poco —se disculpa Joaquín.

—Mi padre tenía una personalidad fuerte y no siempre era fácil vivir con él, pero era bueno, en el fondo: visitaba a los enfermos, se ocupó de un tío que vivía solo… y, ya viste, era capaz de recoger a

una niña desvalida. Olvida las tonterías que te he contado.

—Las historias con los padres suelen ser complicadas.

Hablan sentados a los pies de la cama. Catalina siente el hombro de Joaquín junto al suyo y le gusta su cercanía, después, el olor de su piel le recuerda que apenas se han visto unas cuantas veces.

—Es esta penumbra —murmura sin moverse de lugar.

—Hablas sola, ¿lo sabías?

—Y tú acabas las frases con preguntas.

—Tienes perfil de virgen renacentista.

—Será la luz de la vela.

—No, no es la vela. Cuéntame más de tu infancia.

—Mejor oye el sonido de la lluvia.

Joaquín asiente en silencio. A él los temporales no le desencadenan recuerdos y, de todas formas, sentir a Catalina tan cerca los hubiera borrado.

En el ingenio, la planta de luz se descompuso y la única parte iluminada es la que está cerca de las calderas. Antonio va y viene con una linterna, pidiendo a los obreros que se queden en sus lugares: cualquier descuido podría ocasionar un accidente. Para empeorar la situación, el tubo que transporta el azúcar a la bodega donde se encostala tiene una fuga y el piso está resbaloso. Antonio maldice entre dientes al jefe electricista: es la segunda vez durante la zafra que tienen problemas con la planta. Eso, sin contar el cortocircuito del año pasado. Así como disfruta el proceso de convertir la caña en azúcar, odia los asuntos laborales. Conoce a la mayor parte de los trabajadores desde niño, y es difícil mantener la cabeza fría en situaciones en que los sentimientos amenazan el negocio. El viejo jefe electricista fue el obrero más confiable y ahora, cada vez que Antonio toca el tema de su liquidación, se le llenan los ojos de lágrimas. ¿Cuántos años tendrá? Ya era un hombre mayor cuando él todavía usaba pantalón corto. Pero la edad lo ha vuelto descuidado, para qué darle más vueltas. Antonio piensa en un sustituto cuando alguien lo llama: la centrífuga que estaban probando se averió y el responsable teme que trabaje en falso al volver la luz. Antonio sube la escalera metálica y se acerca al encargado. El olor lo delata… El gerente le ha dicho algo sobre el alcoholismo… Y hablando del gerente, ¿dónde demonios está?

Como si tuviera telepatía, el aludido surge del sótano. Cuando asoma la cabeza por el hueco de la escalera, Antonio se siente en un cuento de Dickens.

—Se metió un zorrillo al almacén.

—Nada más eso faltaba. ¿Alguna idea de cómo sacarlo sin que se asuste?

—En eso andamos. ¿No se ofrece nada por aquí?

—No, hombre, vete tranquilo, estamos felices.

Ignorando el sarcasmo, el gerente desaparece por donde había llegado. Lo último que se alcanza a ver es el pelo tieso.

La luz vuelve con la intensidad de un relámpago y se apaga de nuevo. Antonio hace una mueca ante el cambio de voltaje; después, un escándalo en la zona de los tachos lo sobresalta.

—¡No es nada, patrón!

—¡Cómo que nada! ¿Se cayó alguien?

—Soy yo, Fabián, me fui de boca, pero ya me juntaron.

—¡Les ordené que se quedaran en sus lugares! No se muevan, voy a subir.

En el camino, la linterna parpadea y Antonio se queda a oscuras a mitad de la escalera.

—¿No iba a subir, patrón?

—Se le acabaron las pilas a esta porquería, no veo nada.

—Ah, qué caray, mejor siéntese, no se vaya a desbarrancar. Aquí todo está en orden, pierda usted cuidado.

Pierda usted cuidado, repite Antonio mientras se instala en un escalón embadurnado de aceite. En Colutla, esa frase es sinónimo del *Dios dirá*, lo que significa: si no hacemos nada, las cosas acabarán por arreglarse solas. Un relámpago ilumina el arco que encuadra el patio donde descargan la caña en la zafra. La grúa se recorta en la negrura. Pues, ahora sí, ni modo, piensa Antonio.

Es una noche sin luna, pero su memoria basta para visualizar cada palmo de terreno. Durante las vacaciones de su infancia, el patio del ingenio se transformaba en una ciudad devastada por la guerra. Más adelante, en un año difícil, vendió los fierros que se amontonaban en espera de ser usados como refacciones, pero conservó la gigantesca rueda de molino en recuerdo de lo que fue el cuartel general de las batallas de su niñez. Un relámpago ilumina el aro rojizo y Antonio extraña la época en que los problemas eran asunto de otros. Aunque empezó a trabajar con su padre desde muy joven, no tuvo que tomar decisiones hasta el día en que éste murió. Ocúpate de Sebastián, fueron sus últimas palabras. Y de la noche a la mañana Antonio se convirtió en el patrón de quienes lo cuidaron de niño y en el padre sustituto de un hermano veinte años menor que él. Para entonces, su madre había perdido la memoria y se paseaba por la casa intentando

no extraviarse en los corredores. Sebastián era una presencia que la sobresaltaba y, a sus diecisiete años, él lo tomaba como una afrenta personal. Ni las elaboradas explicaciones del médico ni las de Antonio, más escuetas, lo convencían de no juzgarla por comportamientos que se debían a la enfermedad. Por eso, cuando anunció que iba a desertar un tiempo de la preparatoria para irse de viaje con Joaquín, Antonio opuso una resistencia débil: quizás alejarse de su madre un tiempo lo haría recapacitar. Déjame hablar con los papás de tu amigo, le pidió solamente, esperando que ellos tuvieran todo bajo control.

Desde que se detuvo frente a la reja de la casa de Joaquín, supo que se encontraría con una familia original. Debajo del timbre, había un letrero: "Si no le abren, insista. La paciencia es una virtud". Ya adentro, esquivó a un par de niños que se peleaban por una raqueta y al perro dormido en medio del barullo. La madre lo invitó a pasar a la biblioteca, donde su marido observaba el techo en medio de una nube de humo. Ella lo sacó del trance quitándole el cigarro. Es el papá de Sebastián, vino a hablar del viaje. El escritor tendió una mano con dedos manchados por la nicotina. ¿Del viaje de…? Te aseguro que no de Marco Polo, se exasperó su mujer. El resto de la conversación giró alrededor de otros expedicionarios y Antonio tuvo que conformarse con las palabras de la madre de Joaquín: No se preocupe, con el presupuesto que tendrán, no van a llegar muy lejos. Lo dijo con una sonrisa y Antonio pensó que era una mujer atractiva. ¿Cómo sería la vida al lado de un escritor? Dependiendo de su grado de neurosis, supuso que todos lo tenían en cierta medida… aunque debía ser un buen padre, pues Joaquín hablaba de él con cariño y era un muchacho bien educado.

A veces se reprocha su indulgencia con Sebastián. Si hubiera insistido más en la disciplina… Se consuela pensando en sus ganas de vivir, en esa capacidad de acomodar las situaciones a su conveniencia. En cuanto a lo económico, mejor no pensar en eso.

La tormenta se aleja, ahora, los rayos iluminan la sierra de Santa Úrsula: ojalá el niño enterrado en la presa duerma tranquilo. Sacude la cabeza, la oscuridad lo hace imaginar tonterías… Debe advertirle a Rosalío que no le cuente esas historias a Ana, Sebastián afirma que las leyendas de Santa Úrsula siguen causándole pesadillas. Cuando él lo mira con una sonrisa escéptica, le reprocha su insensibilidad: Ese internado en Inglaterra te volvió frío, aguantas lo que sea. Pero no es cierto, simplemente prefiere mantener a raya sus emociones o, por lo menos, ocultarlas de los demás. ¿Qué caso tiene incomodar a los otros? En eso tiene razón su hermano, la educación inglesa le gustó

desde el primer día. Fue un alivio tener amigos a quienes, como a él, los sentimientos exaltados les daban ganas de salir huyendo.

Cuando Sebastián regresó de su viaje por Europa, en lugar de tener una mejor actitud frente a su madre, decidió que su demencia era una forma de manipularlo. Su necedad era tal que Antonio hizo a un lado la desconfianza por los psicólogos para llevarlo con uno. El resultado fue lo contrario del esperado y Antonio necesitó toda su paciencia para soportar los reclamos más absurdos: de insensible pasaba a controlador, de controlador a fascista… Y, claro, Sebastián era la víctima. Un día, su paciencia llegó al límite y le quitó la pensión hasta que recapacitara y fuera posible vivir con él. Estaba seguro de que se hartaría rápidamente de la falta de dinero y llegarían a un acuerdo para convivir en paz. No contaba con su resistencia. Al mes, Antonio le pidió ayuda a Joaquín, quien por fin lo convenció de que la víctima no era él sino cualquiera que no actuara según sus expectativas.

La juventud de Antonio fue muy distinta a la de su hermano. A él le acomodaba seguir las reglas y prefería la fe del carbonero que perder el tiempo sorteando dilemas imposibles de resolver. Te da pereza pensar, le decía Sebastián, si todo el mundo fuera como tú, seguiríamos en la época de las cavernas. ¿Y eso sería malo?, ha sido feliz, ¿no es lo que todo el mundo busca?

El olor a tierra mojada se mezcla con el de un zorrillo en la lejanía y Antonio piensa en los animales enroscados en sus guaridas, en la habitación donde él también se protegerá esta noche, en Catalina.

La conoció una tarde de verano. Hacía calor y ella llevaba un vestido corto, sin mangas. Era la única chica sin maquillaje en la exposición de fotografía y la blancura de su piel contrastaba con el bronceado de las demás. Nunca había conocido a una mujer tan inconsciente de su belleza.

La luz regresa, se apaga, se enciende y, finalmente, se queda encendida. Temiendo por la centrífuga, Antonio se dirige a esa zona. Todo parece funcionar, puede irse a casa. Para no perder la costumbre, el gerente brilla por su ausencia.

Catalina siente que la descubrieron haciendo algo indebido. Está demasiado cerca de Joaquín. ¿Por qué le habló de su infancia?, ¿qué puede importarle su pasado?

—Gracias por darnos asilo —le dice con una sonrisa tensa—, voy a llevar a Ana a su cuarto.

Joaquín la ve irse con la niña en brazos. Es una mujer extraña. Por

un momento, creyó que tenían una conexión; lástima que haya regresado la luz, disfrutaba la intimidad con ella, aunque fuera ficticia.

Los perros de Santa Úrsula ladran de madrugada; un olor a musgo se desprende de los lienzos de piedra. La silueta de José atraviesa la neblina y el sonido de sus espuelas despierta a otros perros. Él los calma con un silbido y el silencio se interrumpe tan sólo por el ruido de sus pasos. El amanecer lo alcanza en el corral.

La potranca relincha. José se acerca cantando bajito una canción remendada, pero ella repara y enseña los dientes.

—No seas arisca, bonita.

Sus manos fuertes se vuelven ligeras para tocarla. La acaricia, murmura palabras aisladas que la tranquilizan. Cuando la yegua se relaja, la ensilla con movimientos suaves. Antes de apretar el cincho le masajea los costados para que suelte el aire. Lo último es el freno. Primero el bocado, después el almartigón. Despacio, con cuidado de no tocar los ojos. Ya completamente ensillada, le da picadero alrededor del corral, después se sostiene de la cabeza de la silla, coloca un pie en el estribo y se impulsa. La yegua echa las orejas hacia atrás, pero no intenta deshacerse de él.

—Eso es —le dice José, dándole unas palmadas en el cuello.

Montado en la Mora, Joaquín lo espera cerca de la piedra del catrín para ir juntos al pueblo donde se han aparecido los santos hechos de caña. Ha llegado el rumor de una Virgen que, en lugar de Niño Dios, tiene a una niña en los brazos.

En cuanto se alejan del pueblo, la vegetación cambia y el camino se convierte en una vereda sinuosa que bordea un acantilado. Joaquín mantiene la vista en la espalda de José para no ver caer las piedras que los cascos de las yeguas hacen rodar barranca abajo. Siente que sube y baja por un esqueleto prehistórico. Sólo de vez en cuando, algunos manchones verdes rompen la monotonía del paisaje, el resto del tiempo es un transitar por páramos secos. José le enseña los cauces ahora vacíos de los ríos que bajarán cuando empiece a llover en la sierra y le describe un paisaje exuberante, imposible de imaginar en medio de la polvareda y los huesos de animales muertos. En Santa Úrsula, el rocío brilla sobre las telarañas del garbanzo, aquí hasta el

aire huele a sequía. El tiempo pasa y Joaquín se deja hipnotizar por el golpe de los cascos de las yeguas contra el tepetate. José le tiende una naranja y él la come con avidez; el jugo resbala por su barbilla y de inmediato lo ataca una horda de insectos. Moja un pañuelo con el agua de su cantimplora y se limpia la cara y el cuello.

—Me duele todo. ¿Falta mucho para llegar?

—Pasando el sembradío, serán unas dos horas.

—¡Puta madre!

—Qué pasó, no hable así de la mujer que lo parió.

—¿Dos horas y aparte tenemos que llegar al sembradío?

—Está aquí cortito, yo le aviso cuando se calle.

—¿Por qué tengo que callarme? —pregunta Joaquín, malhumorado.

—Son las reglas.

—Pues de qué es el sembradío. Ah… —continúa sin esperar respuesta.

—Ora sí, pico de cera.

Joaquín piensa que caminarán a cierta distancia de las matas de marihuana, pero en ocasiones los estribos las rozan. No puede evitar ver de reojo a tres muchachos con rifles. José hace una señal con la mano izquierda y ellos responden de la misma manera. Es un campo pequeño, de no más de dos hectáreas, y la tierra está apenas desmontada. Cuando lo dejan atrás, José le indica que ya puede hablar.

—Son unos chavitos. ¿Los conoce?

—Antes bajaban a vender queso.

—¿Y luego? —el interés lo ha hecho olvidar el cansancio.

—Les llegaron los narcos.

—Son unos chavitos —repite Joaquín—, ya ni la amuelan. ¿Nunca ha venido el ejército?

—Cómo no, se oyen los aviones y luego llegan los soldados a hacer sus quemas.

—¿Y entonces?

—Pos qué va a ser, la gente limpia la parcela, le echa maíz y pasa la mariguana a otra.

—¿Han agarrado a alguien?, ¿a cuidadores?

—Qué los van a agarrar, son listos.

—¿Le da miedo que lleguen a Santa Úrsula?

—Ya sería de Dios.

Joaquín sabe que ha hecho demasiadas preguntas, pero la curiosidad es mayor que la prudencia y continúa:

—¿Y si quisieran contratar a Ulises cuando crezca?

José suspira antes de contestar:

—De eso he platicado con el Treinta, conoce el negocio. Él fue quien me dijo que no tuviera pendiente, que aquí las cosas se manejan de otro modo, no es como esos pueblos donde se los llevan a huevo.

—Quiere decir que aquí se los piden de buen modo.

—Afirmativo.

—¿Y si se niegan?

—Buscan a otros… Yo no me animaría a trabajar con ellos, nomás de pensar en la presa del Coyote se me enchina el cuero.

—¿Es la que se ve desde la iglesia de Santa Úrsula?

—Esa misma. ¿No le ha contado nada don Antonio? A lo mejor ni sabe, como no sacan agua de ahí para sus tierras… El caso es que se le hizo un portillo y, cuando se vació el bordo, que los van encontrando. Quince difuntos. Había hasta una muchacha, y todos andaban en el negocio de la droga, eran de los que quisieron agarrarlo por su cuenta. Los mataron en otro pueblo y los vinieron a tirar a la presa porque está retirada.

Joaquín se queda pensativo. Hasta entonces, el crimen organizado había sido para él una plaga que asolaba a un México distinto del suyo, como si sucediera en otro país. Discutía con sus amigos sobre la ineptitud del gobierno y la crueldad gratuita de los asesinatos, pero en el fondo no sentía nada. Ahora se da cuenta de que la guerra sí está en su país y empieza a cercarlo, de que los muertos no forman parte de una historia lejana. Recuerda los largos paseos de Catalina y pregunta si una mujer sola corre peligro.

—Mientras no se meta uno con ellos, los narcos respetan. Va a ver más adelante las señales en los árboles: "Por aquí, sí", "Por aquí, no", es cosa de seguirles el juego. Hace unos días, un chaval quiso pasarse de listo y regresó atravesado en su caballo.

—Muerto, supongo.

—Supone bien.

Joaquín se imagina la cordillera salpicada de pequeños sembradíos de marihuana, cada uno con cuidadores propios y una red de distribución. Su padre estaría feliz de conocer físicamente esa parte de México que, a últimas fechas, aborda en sus novelas; él, en cambio, preferiría seguir enterándose por las noticias y cambia de tema cuando José amenaza con describir las mutilaciones de los muertos de la presa.

El calor y el ritmo de la yegua lo adormecen, pero la inquietud persiste en medio del sopor. Un viento repentino lo refresca cuando

empieza a cabecear y aparecen las primeras casas de Laderilla. El pueblo es muy distinto de los de las tierras bajas. En lugar de guamúchiles, mezquites y árboles espinosos, en Laderilla se dan los frutales: duraznos, arrayanes, membrillos… El ambiente apacible tranquiliza a Joaquín, después recuerda que deberán regresar y propone quedarse a dormir para evitar que anochezca cuando estén en el monte.

—Ulises se nervea —contesta José—. ¿A poco lo espanté con la plática? —añade con una sonrisa—. No se apure, conozco las veredas y el Treinta nos va a acompañar de vuelta.

—Ya la hicimos —dice Joaquín con ironía.

Le llaman la atención unos niños rubios con ojos de un azul clarísimo que no ha visto en ninguna parte. La forma de ser de la gente también es distinta de la de Santa Úrsula: son personas más serias y han incorporado anglicismos en el lenguaje. Los aspersores se han convertido en *esprincos* y el aceite *liquea* en vez de chorrear. Al igual que en Santa Úrsula y en Colutla, utilizan un vocabulario notablemente extenso. Le gustan las pausas antes de calificar un objeto o una situación. Si pregunta qué opinan de la Virgen de la niña, recibe respuestas claras: para algunos es chaparrita y bien configurada. Para otros, elegante en su vestimenta; otros más la describen muy blanca, como si nunca le hubiera pegado el sol. A él le gustan su collar de perlas y los aretes de oro de la niña que hacen juego con la pulserita. Los caireles de madre e hija también son dignos de observarse. Es una Virgen vanidosa.

Por tradición, en Laderilla los cuidadores de la iglesia son menores de doce años. José le explica que a esa edad se adquiere la capacidad de razonar y se pierde la inocencia, por eso, son los niños quienes deben atender a la Virgen, sobre todo si es necesario quedarse a solas con ella.

—No me ha dicho cómo apareció en el pueblo.

—Un día, el señor cura abrió la puerta y ya estaba en su lugar.

—¿Así nada más?

—No, tuvo que caminar, unos vaqueros encontraron sus huellas en el cerro, se vino de muy lejos. Dicen que así le hacen cuando quieren advertir de un peligro.

—Y el santo que está en el nicho a la entrada del pueblo, ¿también llegó solo?

—De ése, mejor pregúntele al señor cura.

En el atrio, un hombre con un sombrero de paja que ha visto mejores tiempos poda los rosales. Cuando José lo saluda, Joaquín se

entera de que él es el sacerdote.

—Vengan a comer a mi casa —los invita.

—De todas formas, tenemos que esperar al Treinta —dice José, viendo a Joaquín consultar el reloj.

En su casa, el padre cuelga el sombrero de un clavo en la pared y se inclina a acariciar a un gato que se frota el lomo contra sus piernas. Joaquín se mueve con dificultad y él se ríe sin disimulo.

—José no le advirtió que el trayecto fuera tan largo.

—Y falta el regreso.

—Por lo menos va a descansar un rato. Vaya a lavarse las manos para que comamos. Tendrá hambre.

Camino al baño, lo sobresalta una voz conocida:

—Así que vamos a comer juntos.

El Treinta se balancea en una mecedora. Tiene las piernas cruzadas y fuma un cigarro sin filtro.

—¿Quiere uno? —dice, alargándole una cajetilla de Faros—. A falta de trago…

Joaquín dejó de fumar hace años, pero para no correr el riesgo de ofenderlo, coge un cigarro y lo guarda en la bolsa de su camisa. En el baño, se lava las manos y la cara y se seca con una toalla rasposa. Después se quita las botas y desprende con cuidado los huizapoles que se le pegaron durante el trayecto. Aunque Sebastián le había hablado de la variedad de plantas con espinas, nunca pensó en lo difícil que sería deshacerse de ellas. Las pequeñas y negras son tan abundantes que se resigna a no acabar con todas, pero los huizapoles lo ponen de mal humor: se aferran a la ropa con sus garras y a los dedos cuando los jala.

Durante la comida, se da cuenta de que el Treinta es una especie de guardaespaldas del padre en sus recorridos por zonas peligrosas.

—De tantas confesiones, me agarró confianza —dice con una expresión burlona mientras se sirve arroz.

—No había mucho de dónde escoger —contesta el padre y le explica a Joaquín que lo contrató cuando lo amenazaron de muerte si no dejaba de predicar en sus sermones contra la venta de drogas.

—Y, siendo cura, lo asiste la razón —agrega el Treinta—. Es mala para la juventud. Se apendeja.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Sansón —dice el padre.

Joaquín se atraganta con el agua:

—¿Sansón?

—Es mi nombre. ¿Le disgusta?

—No, no.

—Me iban a llamar Grabiel, como el arcángel, pero a última hora, cambiaron de parecer.

—Adivinarían el futuro —dice José.

El cura levanta las cejas:

—Te estás metiendo al callejón.

Para cambiar de tema, Joaquín pregunta sobre el santo a la entrada del pueblo.

—Malverde —contesta el padre—. Supongo que habrá oído hablar de él, es el patrón de los narcos. Alguien sacó a san Judas y lo metió a él.

—Hágame el rechingado favor —interrumpe el Treinta—, con lo milagroso que es san Juditas.

—A ti no se te halla —dice José—, a poco te ha dado por rezar.

El matón le pasa las tortillas:

—Cada quien sus piensos, o no, señor cura.

—Ni hablar.

Joaquín quisiera saber más acerca de Malverde, pero José le pide al cura que le hable de la Virgen de la niña. A eso fueron, ¿o no? Y es así como, en un pueblo oculto entre las barrancas de una montaña, el día se convierte en tarde y las sombras se alargan y vuelven a acortarse mientras un antropólogo, un vaquero, un cura y un asesino a sueldo comparten el pan. A unos kilómetros de ahí, en una bodega de láminas, dos adolescentes aprenden a matar.

Colutla, 9 de julio de 2013

Las relaciones entre la gente de Santa Úrsula son complejas. Acuerdos tácitos difíciles de discernir a primera vista. Llama la atención la facilidad con que se consigue información acerca del crimen organizado. En Colutla, hay más hermetismo. Antonio no toca el tema, y Rosalío asegura que no ha llegado a la zona. Sin embargo, en Santa Úrsula no hay venta ni consumo de droga y en Colutla sí (informante: José).

Datos por investigar:

— Malverde en la región. ¿Su historia aquí es distinta que en Sinaloa?

— Relación del cura de Laderilla con Treinta y narcos.

— Ubicar leyenda de la Virgen de la niña en contexto anterior.

Rosalío interrumpe para avisarle que Antonio lo está esperando para hacer un recorrido por el ingenio. Cuando se queda sola, Catalina suspira de alivio. Desde la noche en que se refugió con Ana en el cuarto de Joaquín, vive en un estado de confusión, como si estuviera poseída por un ser demandante que no la deja estar quieta ni un segundo. Ahora, de pronto, está en paz.

Toca la pared para sentir la rugosidad bajo su palma. Le gusta saber que otras manos, muchos años atrás, también la acariciaron. Últimamente ha tenido la sensación de que posee una vida cortada, como si cada etapa la protagonizara alguien distinto. Le cuesta reconocerse. ¿Dónde está aquella niña temerosa de su padre? ¿La adolescente insegura? ¿Dónde ha quedado la joven que pasó una noche en la banca de una iglesia? Se quita los zapatos para sentir el suelo frío y camina hacia el cuarto de Joaquín. Le atrae deambular por el mundo sin ser vista, ni siquiera percibida.

En el escritorio, hay una manzana a medio comer, llena de diminutos mosquitos, y una carta. Si Catalina fuera un fantasma podría leerla sin culpa. Como no lo es, la deja en su lugar.

El día de la tormenta, cuando estuvo ahí con Joaquín, era de noche. Con la luz del día, se pierde la magia y sus ojos en el espejo son menos grandes. En una esquina del techo, un murciélago abre las alas para dejar salir a su cría. Catalina observa al pequeño volar en círculo antes de regresar a acurrucarse bajo las alas de su madre. Cómo les temía antes de adaptarse a la fauna de Colutla. Antonio le explicó que se alimentan de fruta y no de sangre, pero ella prefería cubrirse la cabeza con la sábana. Hasta que Antonio atrapó uno para que lo viera de cerca. No puede darte miedo esto, le dijo, está mucho

más asustado que tú… A veces la trata como a una niña.

Aprovechando que Joaquín tardará en regresar, se acuesta en su cama. El colchón es incomodísimo y tiene un resorte que se clava en la espalda. Lo esquiva y amolda su cuerpo lo mejor posible a los desniveles. El viento que mueve las cortinas huele a azahar. El calor la adormece.

El hueco detrás del armario es pequeño, nadie pensaría que hay una niña adentro. El polvo ya no la hace estornudar y reconoce a las arañas: las patonas no hacen nada, Eugenia las deja caminar por sus manos, y las otras, las de patas gordas y telarañas como pelo enredado, le tienen miedo a ella. Si pasa mucho tiempo en su guarida, aparece un ratoncito; una vez llegó un grillo que la veía con ojos saltones y se hicieron compañía. Como la muñeca fea, le dice Eugenia, nada más que tú eres bonita y todo el mundo te quiere. Eso no es verdad, papá se lo ha dicho y ella le cree, sobre todo cuando se inclina para verla a los ojos. Eugenia le explica que hay gente enferma que lastima con mentiras. Papá la sienta sobre sus rodillas y le da un beso. No fue a ella, se confunde. Un día rueda por la escalera y aterriza en sus zapatos recién boleados. ¡Imbécil!, le grita. Eso sí es cierto. Su hermana la consuela. Papá le dice a Eugenia que lo perdone, ella le contesta, pídele perdón a Catalina. Él le destraba los brazos para separarlas, dice que todo es culpa suya, de ella, de Catalina, la que no debió haber nacido. Eugenia la mece. Tápate los oídos, no oigas lo que dice, no lo oigas.

Se despierta sudando. Fue un sueño, se repite: tengo una casa y una hija, tengo a Antonio. En el baño, se suena y se limpia la cara. Se peina con el peine de Joaquín, suelta el aire atrapado en algún lugar de sus pulmones, se lava las manos y las seca en su pantalón para no mojar la toalla. Rosalío llega en ese momento y se detiene en el quicio de la puerta.

—Vine a revisar que el joven tuviera jabón y papel de baño, señora.

—Yo pensé lo mismo —tartamudea Catalina.

Mientras el mozo coloca un jabón nuevo en la regadera, Catalina aprovecha para salir.

Ana duerme boca arriba, con los brazos sobre la cabeza y el canguro de trapo en el estómago. Catalina se tiende a su lado y la

abraza. Ojalá que Eugenia estuviera con ella. ¿Qué estará haciendo ahora? La última vez que vino a México no dejaba de hablar de un especialista en enfermedades tropicales, pero cuando le preguntó si finalmente pensaba tener una pareja, contestó, riendo, que no se hiciera ilusiones. Parece feliz. Sólo en raras ocasiones su mirada se entristece y entonces Catalina siente un golpe en el estómago. Más allá del sólido lazo que es la sangre, las unen los secretos de su niñez y perciben, incluso en la distancia, el estado de ánimo de la otra. Hace dos años, Eugenia se quedó atrapada en un pueblo donde surgió una epidemia de ébola; durante el tiempo que estuvo ahí, Catalina tuvo hemorragias nasales. A lo mejor eso me salvó de contagiarme, exclamó Eugenia cuando le contó, y ella se sintió orgullosa, como si en realidad hubiera tenido algo que ver. Aunque la vida esté llena de coincidencias, prefieren quedarse con la posibilidad de la magia.

Antonio y Joaquín han regresado del ingenio, pero se entretienen con Noé en las caballerizas. El caballerango describe los efectos de los eclipses en los animales recién nacidos: cóconos sin pico, serpientes de dos cabezas y becerros con cascos en lugar de pezuñas, son algunos ejemplos. Atraída por sus voces, Catalina se une a ellos.

—Con razón me dan desconfianza los eclipses —dice cuando Noé guarda silencio.

—Cuantimás siendo mujer —contesta él—. Es bien sabido que las embarazadas tienen que ponerse un listón rojo o una olla en el estómago y guardarse hasta que pase. Un chamaquito de aquí nació con el labio comido por la luna —añade, observando el vientre plano de Catalina. Ella inclina la cabeza para verlo también.

—¿Tú, qué opinas, Antonio? —pregunta Joaquín.

—Yo sé que en los años de eclipse muchas nueces salen vanas y hay más mazorcas con malformaciones que de costumbre. O son coincidencias, o los científicos se equivocan al negar los efectos.

—Yo creo que hemos perdido la capacidad de observar —opina Joaquín—. Como los doctores que, por centrarse en los análisis, no se dan cuenta de que ya se les murió el paciente.

El caballo de Antonio resopla y él se acerca a acariciarle el cuello. Es en ese entorno, con el sombrero que oculta el pelo ralo y su vieja chamarra de gamuza, donde Catalina lo prefiere.

Colutla, 20 de julio de 2013

Milagro de Malverde en la región: un amigo de Noé cuenta que le dijo en sueños dónde había oro. El amigo es ahora el más rico del pueblo. Según José, es dinero del narco.

Virgen de la niña: Noé cuenta que la Virgen de la niña tiene una gemela en un pueblo a dos kilómetros de Laderilla. Él cree que el mundo está cansado del reinado de Dios hijo. “En el tiempo de Dios padre, todo estaba ordenadito. Con Dios hijo, no se le haya figura.” El espíritu santo pinta poco en esta zona. ¿Aceptarían a una mesías?

—Organizar ida a Yolistla (Virgen gemela).

—Punto de vista de José.

—De ser posible, punto de vista del Treinta.

Joaquín se balancea sobre el precario equilibrio de las patas traseras de la silla. El paseo de esta tarde fue una experiencia memorable. Las hectáreas de riego de la hacienda están sembradas de caña, maíz y sorgo, y en las de temporal, que se inundan cada año, los arrozales se extienden hasta las faldas de los montes. Más allá de los datos agrícolas, le sorprendió la belleza del lugar y descubrir que, detrás del hermetismo de Antonio, se oculta una persona sensible. La paciencia con su caballo tuerto por un accidente era una prueba.

—Un día le va a sacar un susto —le dijo Noé.

Antonio hizo caso omiso de la advertencia y el caballerango siguió:

—Teniendo otros caballos…

—A mí me gusta el Corsario.

—Hasta que le saque un susto. Mírelo, se espanta de la nada.

—Se acostumbrará a ver solamente con un ojo.

—No creo, ya va para seis meses.

—¿Apostamos?

—Desde cuándo aprendí a no apostar con el patrón.

Aunque Noé le habla de usted a Antonio, la confianza con la que se dirige a él es fruto de una amistad sólida. Durante el paseo por la propiedad, le explicaron a Joaquín las diferencias entre la tierra negra de Colutla y la colorada de los pueblos altos.

—Tienen distintos nutrientes —dijo Antonio.

—La colorada es la más rica, pero la negra es menos barrosa, más fácil de trabajar —agregó Noé.

—¿Y la blanca que se ve camino al Salitre?

—Demasiado porosa.

—Apenas sirve para el cacahuate, ni agarra bien el agua. La de don

Antonio es buenísima, por eso se ve tan gustosa la caña.

—También porque le echamos ganas.

Noé le lanzó una mirada escéptica.

—Yo también le echo ganas a mi parcela.

Habían llegado al humedal donde se resguardan las aves. De vez en cuando, un pato surgía entre el zacate y volaba bajito hacia sus compañeros. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los hombres detuvieron a sus caballos. Era la hora en que las garzas bajan a dormir, ya había manchones desperdigados en el humedal, y pequeñas parvadas cruzaban el cielo. Una culebra dejó su estela sinuosa en el espejo de agua y los caballos resoplaron suavemente: ellos también contemplaban el mundo. Cuando Noé habló, sus palabras le causaron a Joaquín un desánimo físico.

—¿Se acuerda que una vez me dijo que le gustaría que lo enterraran aquí, don Antonio? Cómo han cambiado las cosas… Del otro lado del lienzo encontraron a dos muertos. Sí sabía, ¿verdad? Eran un muchacho y una muchacha. Jovencitos, los dos. Estaban amarrados con alambre de púas y tenían un portillo en la frente. El delegado dice que fue un asunto de celos, pero quién le va creer. A las claras se nota que son narquillos de otra parte que vinieron a aventar aquí.

—En esta zona siempre ha habido muertos, no tiene caso darle vueltas al asunto —lo interrumpió Antonio y Joaquín entendió su esfuerzo por evitar el tema de la violencia. Que él sepa, aún no le han pedido a nadie de la zona dinero a cambio de protección. ¿Será cuestión de tiempo? ¿Cómo reaccionaría Antonio? ¿Abandonaría sus tierras hasta que mejorara la situación?

Eso pensaba mientras subían a lo alto de un pequeño cerro desde el cual se alcanza a ver toda la propiedad. Las montañas azules en la lejanía contrastaban con el verde de la caña y el más oscuro de los nogales. Antes de pasar tanto tiempo en Santa Úrsula, para Joaquín el campo era poco más que el escenario donde llevaba a cabo algunos estudios antropológicos. En lo alto del pequeño cerro, compartió la pasión de Antonio. Le iba a dar las gracias por haberlo invitado, cuando Noé le dio un golpe en la espalda.

—Perdóneme, tenía una chinche hocicona.

—Son peligrosas —dijo Antonio—. Pueden transmitir la enfermedad de Chagas. Fíjate, qué horror: inoculan unos parásitos que hacen sus nidos en el corazón. La gente se tarda años en darse cuenta, hasta que un día el corazón se cae por el peso de los bichos.

Joaquín se sacudió como un perro lo hace después del baño y Noé

soltó una carcajada.

—Ya lo espantó, don Antonio.

—Es rarísimo que pase —dijo él, disimulando una sonrisa—. De lo que sí deberías preocuparte es de usar sombrero. Te vas a dar una buena quemada.

Joaquín se pasó la mano por el pelo, demasiado largo. Su madre estaría de acuerdo con Antonio.

Catalina descuelga el teléfono con la esperanza de que se haya arreglado. Los sistemas de comunicación en Colutla son pésimos: el único internet público, además de lentísimo, rara vez está abierto; los celulares no tienen señal, y cualquier viento es excusa para que el teléfono fijo se descomponga. Nunca le había importado, pero hoy necesita hablar con Eugenia. Una fotografía de su madre le ha hecho recordar la última vez que fueron juntas a visitarla.

Después de varias discusiones decidieron internarla en un asilo. Ante las dudas de Catalina, Eugenia se hizo cargo de todo. El día de aquella visita, su madre tomó de las manos a sus hijas y les dijo que su padre había sido un buen hombre. La reacción de Eugenia asustó a los demás ancianos.

—¿Un buen hombre?, ¿porque iba a misa diario y daba limosnas? ¡Por favor!

—Cálmate —le pidió Catalina, pero ella siguió:

—Y tú tenías que haberme protegido, mamá.

—Nunca les faltó nada.

—No se trata de eso, ¿o de verdad eras incapaz de ver lo que pasaba? ¿Tanto miedo le tenías?

—*Cuatro lobitos tiene la loba, cuatro lobitos al pie de la alcoba*… —empezó a cantar su madre. Eugenia se arrodilló frente a ella para verla a los ojos.

—¿Sabes qué creo?, que has vivido toda tu vida en un mundo falso y que tu enfermedad, demencia, o lo que sea, es igual de falsa. Voy a tratar de perdonarte, pero no por ti sino porque estoy cansada de cargar con este resentimiento.

—*Uno cantaba, otro bailaba*…

Eugenia se incorporó.

—Eso es, sigue cantando —murmuró con una expresión dura, después vio a su hermana y se suavizó—: Quita esa cara, Lina, a veces exploto, lo necesito —le dijo, abrazándola, pero Catalina se separó con un gesto brusco.

—Es vieja, no está fingiendo nada, mira cómo tiembla.

—Sí. Es vieja, y tengo que perdonarla.

—¿Y yo qué? A la que nunca protegió fue a mí.

Eugenia respiró profundamente y soltó el aire de golpe. Después volvió a abrazarla, y esta vez su hermana se apoyó en ella.

Catalina cuelga el teléfono con un gesto de frustración. Sigue mudo.

—Ven —le dice a Ana, tomándola de la mano—, vamos a ver si llega papá.

Si no logra comunicarse con su hermana, por lo menos puede hablar de ella con Antonio.

Las voces de los hombres se acercan. Cuando den vuelta y la caña no los cubra, los verá. Suspira con tal fuerza que Ana se sobresalta. Ella le sonríe y piensa en la suerte de tener a un padre como Antonio. Levanta la mano para saludarlo y es Joaquín quien responde, con dos dedos formando una V. Él está concentrado en amarrar una soga suelta.

Durante la cena, Catalina tiene la piel enrojecida y le brillan los ojos. Antonio le toca la frente con el dorso de la mano y le sugiere que vaya a descansar, él llevará a dormir a Ana. Catalina dobla la servilleta y la acomoda en silencio a un lado del plato. Siente un nudo en la garganta.

El espejo de la recámara es antiguo, sus ondulaciones deforman las imágenes. Catalina busca el ángulo en el que su reflejo no se altera cuando llega Antonio.

—Me preocupa el dengue. ¿Te han picado los moscos?

Catalina lo tranquiliza.

—No estoy enferma, mi vida.

Hacía tiempo que no lo llamaba así.

—Hemos pasado poco tiempo juntos —contesta, atrayéndola hacia él.

—No dejo de pensar en Eugenia.

Antonio le acaricia el brazo:

—Se supone que llegará en estos días. ¿Hubo un cambio de planes?

Catalina niega con la cabeza.

—¿Qué pasa, entonces?

—La última vez que fuimos a visitar a mamá, Eugenia estaba furiosa con ella.

—Pero si la pobre está amoladísima.

—La acusó de fingir su enfermedad.

Duda antes de continuar. Jamás ha tenido el valor de hablar de su padre con Antonio, podría empezar a verla a través de sus ojos.

—Papá no siempre era como lo conociste —dice por fin.

—Todos cambiamos un poco dependiendo de las circunstancias, ¿pero qué tiene que ver esto con tu mamá?

No es así como debería responder, minimizando el tema mientras le da un beso en el hombro.

—Tienes las manos rasposas.

—Eso nunca te ha importado —contesta Antonio, desabrochándole un botón de la blusa. Catalina se aparta de él.

—Estoy cansada.

Antonio sonríe, resignado.

—Ve a acostarte, mañana te sentirás mejor.

Pero Catalina no tiene sueño. Se sienta de nuevo frente al espejo y lo observa desvestirse. Ha engordado.

Colutla, 21 de julio de 2013

Tilcuate. ¿Mito o realidad? Las versiones de José, don Faustino y Noé coinciden. Antonio cree que es un invento.

Cita textual de José (anexo dibujo de Ulises): "Mide como 40 cm de largor y 20 de anchor. Es negro como la tiznada y tiene los ojos rojos y una cresta en la cabeza. De no ser por la mentada cresta y por los ojos de diablo, pasaría por un tronco quemado o por una culebra ratonera, de esas gordotas. Es arrimándose uno cuando le entran ganas de santiguarse. Los machos siguen a las muchachas para hacerles sus cochinadas con esa cola que tienen partida en dos. Las hembras siguen a los hombres, mejor ni le cuento".

"No, no es un dragón, esos avientan lumbre por las narices" (Noé).

"A mi tanteo, los dragones son invenciones" (don Faustino).

"Yo creo que los dragones sí existen, nomás que se esconden, como los duendes" (Ulises). Anexo dibujo de duendes.

Buscar coincidencias con el libro de mexicanismos de Bustamante. ¿Sahagún?

Comparar con dragón de Komodo, monstruo de Gila, salamandras míticas.

Descartar averiguaciones sobre líderes de los narcomenudistas en Colutla.

Santa Muerte. Fenómeno urbano conocido en Santa Úrsula. ¿Cuáles son las vías de información?

Ordenar este desmadre.

Joaquín se estira y bosteza. El revoloteo de los murciélagos y la insistencia del ratón por subirse a su almohada apenas le permitieron dormir. Para colmo de males, Catalina organizó un día de campo a caballo. De seguir con este ritmo se le va a olvidar caminar. Se levanta para desentumirse, calcula mal la distancia entre sus rodillas y la mesa y uno de los libros que le dio su padre cuando fue a despedirse cae al piso. Había preparado un paquete completo para que no corriera el riesgo de quedarse sin lectura durante su estancia lejos de las librerías.

—Te puse un poco de todo —le explicó—: una novela de suspenso, malona, pero entretenida, *Redención,* de McEwan, la última de Barnes; algo de Italo Calvino…

—No sigas —se rio Joaquín—, pesan muchísimo.

Su padre se bajó un poco los anteojos que usaba para ver de cerca:

—Los sherpas cargan el triple sin quejarse.

—Ésa es una de las razones por las que no soy sherpa.

—¿Alguna vez lo consideraste? No sé qué te causa tanta gracia, de niño te la pasabas escalando cosas.

Su madre, que revisaba los libros, se incorporó, diciendo:

—El de suspenso suena bueno, me lo voy a quedar yo. ¿Por qué no escribes algo así tú, Manuel? Una novela lineal, fácil, sin cambios de tiempos y de voces. Seguramente se vendería mejor. Es más, podrías adaptar lo que estás escribiendo. Tal como está, es confuso. Cuando empiezas a entender la trama, te vas al pasado, al futuro, pasas a otro escenario… ¿Tú qué opinas, Joaquín?

Su padre esperaba el veredicto con los brazos cruzados.

—A mí me gustan sus libros tal como son.

—Si se vendieran más, a mí me encantarían. Pero podría hacer un esfuerzo por escribir uno comercial. No es para avergonzarse, Faulkner lo hizo.

—Qué dices, papá. Una novela de sexo y pasión.

—Nunca.

—¿De vampiros y zombies?

—Escríbanla ustedes. Yo tengo principios.

—Ni modo, mamá, eso pasa por haberte casado con un hombre fiel a su causa.

—Y necio —agregó ella.

La mirada de Manuel se suavizó.

—Tengo varios artículos por entregar, estoy seguro de que con eso vamos a salir adelante este mes. No se te olviden los libros, Joaquín, acuérdate de la historia del hombre que se quedó solo en el mundo sin nada que leer. ¿O se le rompieron los antejos? —se quedó pensativo un momento antes de seguir hablando—: Sábete, hijo, que te quiero. Con esas palabras, se despidió el héroe en una novela de caballería. Tú que estudias esas cosas, averigua de dónde salió una construcción tan rara.

Joaquín le dio un abrazo:

—No me voy a llevar los libros, pero yo también te quiero.

—Ven conmigo a la sala, me toca aleccionarte —interrumpió su madre, jalándolo de la mano.

El perro ocupaba una buena parte del sillón más cómodo. Joaquín se sentó a su lado y le rascó las orejas. Era una casa acogedora, en Coyoacán, con un pequeño jardín donde su madre pasaba la mayor parte de día.

—Es increíble que hayan logrado mantener a cinco hijos —le dijo Joaquín— y que, además, la casa esté siempre llena de flores.

—Lo que es increíble es que no haya estrangulado a tu papá —contestó su madre con una sonrisa.

Los pasos de Ana corriendo lo traen de vuelta al presente. Se pone una camisa de cuadros sobre la camiseta blanca y unas botas, y toma la cantimplora para llenarla de agua en la cocina.

—Te falta la navaja llena de cosas.

Le costó hacerse amigo de Ana, pero ahora entra y sale de su recámara como si fuera la suya, y no es raro que se despierte de una siesta para encontrarla dormida junto a él.

—Listo —contesta, subiéndola a sus hombros—. Cuidado con la cabeza.

En la cocina, Rosalío revisa la canasta de comida mientras Catalina descuelga por vigésima vez el teléfono. Si sigue descompuesto, cuando regresen, irá con Antonio a un pueblo desde donde pueda comunicarse con su hermana. Por lo pronto, intenta ayudar con los preparativos para el día de campo y desiste ante la expresión hostil de la cocinera. Antes de conocer a Antonio, se imaginaba que de casada pasaría la mayor parte del tiempo ocupándose de los asuntos domésticos, pero él ya estaba organizado cuando llegó a su vida y Catalina acabó comportándose como una invitada. Deberías imponerte, le recriminaba su madre cuando todavía estaba lúcida, es tu derecho y tu obligación. O su buena suerte que no sea esa su única función en la vida, intervenía Eugenia.

La llegada de Joaquín con Ana en los hombros la distrae. Piensa mandar a alguien a buscar a su marido, pero un trabajador le trae el recado de que no podrá ir con ellos a los manantiales.

—Espere un momento, señora —dice la cocinera al verlos encaminarse a las caballerizas—, deje le pongo el rosario a Ana. Ya está grandecita, pero uno nunca sabe.

Joaquín conoce la historia de los duendes que cuidan los veneros y sabe del miedo a que les roben el espíritu a los niños, por eso, le promete gritar el nombre de Ana cuando se alejen del agua. De esta manera, regresará sana, salva y completa.

El recorrido es agreste, y cabalgan en fila india. Las chicharras piden agua frotándose las alas, y los tábanos zumban alrededor de ellos. Algunos se prensan al cuello de los animales y al desprenderse dejan gotas de sangre. El polvo blancuzco que ha sustituido a la tierra negra se levanta con cada paso, se mete en los ojos, cubre el pelo, la cara. El sol los lastima mientras se adentran en la vegetación moribunda. Joaquín ve las lianas secas y las grietas en los troncos de los árboles. Todo tiene sed, piensa en voz alta, y su voz suena seca como el

entorno. Qué distinto del camino sombreado a Santa Úrsula.

El manchón verde aparece de pronto, unas cuantas hectáreas bendecidas por los manantiales. Es un oasis que huele a tierra mojada. Joaquín ayuda a Noé a recoger leña y luego se sienta junto a Catalina en una piedra lisa que cubre en parte al manantial más grande. Ella se ha quitado los zapatos para mojarse los pies.

—No debería hacerlo —dice—, ahora no podrás beber.

—Si crees que eso me va a detener…

—Nada más te falta aventarte —contesta Catalina, viéndolo mojarse la cabeza.

Una libélula azul se detiene frente a ellos y los observa con sus ojos saltones. Cuando se va, Joaquín voltea a ver a Catalina.

—Me gustaría saber qué pasa por tu mente cuando te quedas así, perdida en tu propio mundo.

Algo en su manera de escuchar, en la actitud relajada y al mismo tiempo atenta de Joaquín, invita a las confidencias; como intentó hacerlo con Antonio, Catalina le cuenta los pormenores del día en que fue al asilo con su hermana. Le habla de su furia y de los cantos infantiles de su madre.

—¿Tu papá era agresivo con Eugenia, y tu mamá lo permitía? —pregunta Joaquín a media historia. Catalina suelta la ramita con que removía el agua.

—No, nunca era agresivo con ella.

—Entonces no entiendo —dice Joaquín, y es ella quien empieza a comprender.

Era una casa de campo pretenciosa, con estatuas en el jardín y un Tritón que escupía agua al centro de una fuente. Aunque al padre de Catalina el rancho le parecía una monstruosidad, aceptó la invitación porque el dueño era político y podría utilizar sus influencias en el futuro. Había decidido dejar a su mujer en casa e ir él solo con sus hijas, a veces le gustaba representar el papel de padre abnegado. La comida era para más de cien personas y, aun así, a su entrada, las miradas se volvieron hacia él. Un hombre de una belleza fuera de lo común, con una hija de cada mano. Catalina caminaba distraída, sin saber dónde detener la vista: en la fuente, en los enormes floreros con plumas de pavorreal o en los sombreros de las mujeres. Eugenia iba con la espalda recta, muy seria, sintiendo la mano de su padre como una brasa. Pero esto no forma parte del recuerdo de Catalina, como tampoco el flirteo de la mujer que se sentó con ellos, el sabor de la

comida o el discurso del anfitrión, seguido por el de su padre. Tampoco las risas de los invitados. El recuerdo empieza después, en una banca rodeada por estatuas de dioses griegos.

La mayoría de la gente se ha ido y Eugenia le cuenta la historia de los dioses. Su padre aparece entre Zeus y Poseidón, impecable en un traje de lino claro.

—Está borracho —susurra Eugenia.

Recuerda los pasos sobre la hierba y lo alto que era su padre, la sombra larga que las cubrió, la lentitud de Eugenia al levantarse. Quisiera no recordar las manos de su padre sobre su hermana, la rabia de él cuando Eugenia la puso por instinto frente a ella, el dolor por el empujón que la tiró al suelo cuando las apartó, las palabras: Siempre tienes que meterte entre nosotros.

El resto llega de golpe a su memoria: Eugenia la toma de la mano y pasan corriendo entre los dioses, el rayo de Zeus rompe su vestido. Oye la respiración de su padre a su espalda y el sollozo de Eugenia a su lado. Siguen corriendo a ciegas en la incipiente noche hasta rodar por un desnivel del terreno. Se abrazan con fuerza, rezando para que su padre no las descubra. Eugenia tiene las manos heladas. Aun así, con los dientes apretados para no temblar, le promete que la va a cuidar. ¿Quién la cuidaba a ella?

Ha pasado mucho tiempo desde aquella tarde, ya no hay razón para sentir el miedo como una mano apretándole la garganta. Intenta convencerse de que podrá olvidarlo todo. Eugenia se lo pidió esa noche: Vamos a encontrar un truco para olvidar lo de hoy, vamos a hacer un pacto de hermanas y nunca, nunca pensar en esto. ¿Cómo es posible que una simple pregunta haya hecho estallar su ceguera? No, su padre jamás era agresivo con Eugenia.

—Ahora entiendo por qué trabaja con niños de los que han abusado sexualmente —murmura.

—¡Puta madre! —exclama Joaquín, y añade de inmediato—: Perdón, no me esperaba esto.

—Creía que la adoraba… como un papá a su hija. ¡Qué idiota soy! ¡Y yo sintiéndome la única víctima!

Joaquín la ayuda a bajar de la piedra.

—Vamos a caminar, ven.

La toma del brazo y la lleva lejos de Ana. Ella se deja guiar por la vereda.

—No sé hasta dónde llegó mi padre, no quiero saber. Soy una

cobarde. ¿Qué voy a decirle a Eugenia cuando llegue?

—No tienes que decir nada.

Catalina se detiene a medio camino y lo mira con una expresión que le recuerda a su hermana pequeña cuando le contaba que la habían molestado en la escuela. Como lo hubiera hecho con ella, le explica que en ese momento y en ese lugar todo está en orden y no debe permitir que su mente la haga sufrir llevándola al pasado o al futuro; que se concentre en lo que hay a su alrededor, en lo que puede tocar, que no trate de resolver ni de controlar nada. Catalina lo escucha con una confianza conmovedora y, al igual que su hermanita, asiente con la cabeza.

A lo lejos, se oyen gritos de emoción de Ana y la risa del caballerango. Catalina se limpia los ojos y se suena con el paliacate de Joaquín.

—¿Se nota que lloré?

—Parece que el polvo del camino te irritó los ojos.

—¿Tú crees que algunos recuerdos desaparecen y se llevan con ellos todas las huellas? —sigue preguntando ella.

—Creo que tenemos la capacidad de darle la vuelta al sufrimiento.

Catalina lo abraza con un gesto espontáneo y se dirigen hacia donde Noé prepara la comida. Hará un esfuerzo por olvidar de nuevo aquella tarde. Lo hará por Eugenia, porque se lo pidió.

Le han hablado de tantos animales desconocidos que Joaquín empieza a dudar si existen. Algunos harían la delicia de Cortázar, otros podrían pertenecer al mundo de Borges. ¿Cómo averiguar cuáles son verdaderos y cuáles un invento del imaginario colectivo? Notando su escepticismo, José le propone llevarlo a ver a un muchacho al que le picó un gusano luminoso llamado arlomo. Según la gente de Santa Úrsula, la víctima de esta luciérnaga venenosa que no sabe volar se llena de ampollas; al reventarse queman la piel. Si se desatiende, lo único que queda del enfermo son los huesos y los ojos. La cura está en la hierba donde vive el gusano, por eso, es importante saber reconocerla.

Para llegar a la casa del muchacho es necesario atravesar un callejón. En la salida, encuentran al Treinta.

—Devuélvanse —les ordena.

Gritos de mujer, un disparo, más gritos, dos disparos.

—¿Por quién vinieron? —pregunta José, sin dar un paso atrás.

—Por el Sombrita. Se lo habían advertido y no quiso entender.

Joaquín toma del brazo a José.

—Vámonos, después averigua.

Pero él continúa sin moverse.

—Por qué tres disparos.

El Treinta se encoge de hombros.

—Váyanse, o no respondo.

Otro disparo. El sonido seco se estrella contra la montaña.

—Vámonos —insiste Joaquín.

—Ya ni la friegan —dice José entre dientes. El Treinta le da un empujón:

—Moviéndose. Se puede poner feo.

Para alivio de Joaquín, su amigo por fin acepta irse. Cuando siente que se han alejado del peligro, pregunta, todavía en voz baja, quién es el Sombrita, pero José guarda silencio hasta llegar a su casa. Ulises había oído los balazos y lo encuentran detrás de una silla, con los ojos desorbitados de miedo.

—¿Le van a mochar a alguien la cabeza, como a los muertos del bordo? —susurra.

José respira profundamente y abre los puños apretados.

—No le van a cortar nada a nadie. Muchacho pendejo, cuántas veces le advertí que no agarrara el negocio por su cuenta.

Tiene los ojos llenos de lágrimas y le tiembla la boca. Sin embargo, cuando le ordena a Joaquín que se coma una tortilla para evitar la diabetes de susto, su voz es firme.

Los ruidos cotidianos resurgen poco a poco. Primero los pájaros, después los perros, los niños y las mujeres. Las voces de los hombres tardan más.

—Era uno de los chavales que cuidan los sembradíos de mariguana —dice José—. Su papá los abandonó y él aceptó el trabajo para tener con qué mantener a su mamá y a sus hermanos. Si se hubiera estado ahí nomás, calladito en lo suyo, no lo hubieran matado, pero seguro se quiso pasar de listo y vender por su cuenta.

Joaquín va a contestar cuando el Treinta se asoma por la puerta para pedirle a José que ayude a la familia. Ni modo que vaya él.

—¿Estabas al tanto, hijo de la chingada?

—Qué no, carajos. El Sombrita también me pesa a mí.

José lo mira a los ojos un momento y después pregunta, más tranquilo:

—Por qué tantos disparos.

—Novatos. Ya estuvo bueno de plática, apúrate.

—¿Me vas a dejar aquí solo, papá? —interrumpe Ulises.

—Yo me puedo quedar —se ofrece el Treinta—. Usted váyase a Colutla, Joaquín.

José coge su sombrero y, ya en la puerta, le encarga al Treinta que ponga a cocer la olla de los frijoles.

El camino a Colutla le parece eterno a Joaquín, cualquier movimiento detrás de los arbustos lo sobresalta. La Mora percibe su nerviosismo y sólo relaja las orejas al llegar a las primeras casas. El reloj de la iglesia toca siete campanadas, es la hora en que los pájaros se callan y los grillos aún no empiezan a chirriar. Una figura aparece envuelta en la luz sucia de polvo. ¿Un espíritu? En el atardecer de Colutla, cualquier cosa es posible. Joaquín se detiene y espera que la tierra se aplaque. La silueta se va definiendo hasta convertirse en una mujer. Lleva una mochila al hombro y está vestida con un pantalón de mezclilla luida y una blusa de manta. Aunque a primera vista no se parece a Catalina —es más alta y tiene el pelo castaño—, cuando se acerca, Joaquín sabe que es su hermana.

—¿Eugenia? —pregunta, bajándose de la yegua.

—Y tú debes ser el antropólogo, Catalina me habló de ti —contesta ella, mientras acaricia a la Mora.

El pelo recogido de Eugenia realza su cuello largo y Joaquín piensa que nunca ha visto unos ojos como los suyos.

—Llegaste sola —le dice con una sonrisa—. Se supone que irían a buscarte.

—Me las arreglo bien. Bueno, no tan bien… Me equivoqué de autobús y tuve que pedirle aventón a un cañero.

—Creo que también te equivocaste de día, te esperaban mañana —dice Joaquín, recordando la impaciencia de Catalina.

—Sí, me di cuenta en el camino. Espero que a Antonio no le importe.

—Al contrario, le dará gusto.

Eugenia deja de acariciar a la Mora para preguntar cómo está su hermana.

—Tiene muchas ganas de verte.

—Cuando hablamos por teléfono, se oía preocupada. No entendí bien, la comunicación era pésima.

—Me contó que trabajas en Médicos sin Fronteras —se evade

Joaquín—. ¿Llevas mucho tiempo?

—En Médicos sin Fronteras, sí. En el Congo, unos meses, no sé cuántos, allá es fácil perder la noción del tiempo. Y tú, bien a bien, ¿a qué te dedicas?

Joaquín le habla de su proyecto y le sorprende su interés. Quiere saber la diferencia entre mito y leyenda, por qué escogió un pueblo de la Sierra Madre Occidental, cómo reacciona la gente ante alguien que hace tantas preguntas.

—Estoy igual a ti —se interrumpe a media frase, y añade, riendo—: para que veas lo que se siente.

La casa del siglo XVII a la que se llega por una ancha escalera de piedra aparece al fondo del camino. Una puerta de madera decorada con algunos chapetones de bronce, restos del antiguo esplendor, se abre hacia el patio rodeado de columnas. Joaquín ha vivido más de un mes ahí y todavía se impresiona cada vez que la percibe, imponente y solitaria, frente a la iglesia del mismo siglo.

Noé sale de las caballerizas para desensillar a la Mora. Al ver a Eugenia, su expresión se ilumina. Ella le da un abrazo y platican como si retomaran una conversación. Catalina poda los jazmines del patio cuando oye a su hermana. Deja las tijeras en una maceta y baja corriendo la escalera.

Colultla, 29 de julio de 2013

Adolescente muerto en Santa Úrsula.

Joaquín se detiene porque le tiemblan las manos. Mientras platicó con Eugenia, fue como si otra persona hubiera estado en Santa Úrsula durante la balacera; ahora, el significado de lo que sucedió lo abruma. ¿Cómo compaginar la amenaza constante en la que vive la gente de la región con la paz que suele respirarse? ¿Cómo entender la actitud de José, que le pide a un reconocido matón que cuide a su hijo y, además, ponga a cocer frijoles? Una risa nerviosa lo sacude al imaginarse al Treinta de ama de casa. Se pasa una mano por la cara y vuelve a sus notas, pero se levanta a los pocos minutos y sale rumbo a la cocina. Necesita moverse.

La habitación de Eugenia está abierta. Sentada en la cama, Ana abre un paquete pequeño. Cuando logra arrancar el último pedazo de papel, descubre la miniatura de una máscara *kifwebe*. La voltea por todos lados, observa los ojos rasgados, la boca en forma de corcho y la nariz aplastada, después mira a Eugenia y ella le explica que es el símbolo femenino de la pureza, la paz, la luna y la luz y, en el Congo, tiene poderes mágicos. Ana abre la caja de sus tesoros y la guarda entre una pluma de lechuza y un cascabel de víbora que Joaquín le regaló.

Cuando se queda sola, Eugenia se desviste frente al espejo del baño y pasea los dedos por el contorno de una cicatriz en el hombro. Kaysha se llama el niño que la mordió mientras le revisaban un absceso. Te va a quedar una marca muy bonita, bromeó Mark, el director de la clínica en el Congo, al curarla. Kaysha tiene buenos dientes. Arrepentido de haberla mordido, durante el tiempo que estuvo en el hospital, el pequeño le regalaba algo todos los días: un trozo de tela robada, una rana o un escarabajo, una piedra lisa… y, lo más valioso, un diente de leche que se arrancó para ella. Se ha enamorado de ti, le decía Mark, y ella se sentía halagada y muy triste. Una tarde, el niño le confesó que le hubiera gustado ser cantante o comerciante. No había cumplido ocho años y hablaba como un anciano que repasa las posibilidades truncadas de su vida.

Eugenia acaricia la cicatriz con un movimiento que se ha convertido en ritual. Ojalá la tenga siempre, será un recuerdo de Kaysha.

El agua tibia de la regadera la hace suspirar. Le gusta sentir cómo aparece su piel bajo la capa de polvo, la textura del pelo limpio. Podría quedarse horas bajo el chorro de agua transparente, tan distinta a la turbia del campamento en el Congo. Me voy a dar permiso, piensa cuando el agua se enfría.

La bata de baño está deshilachada y la marca del fierro de la hacienda que aparece en todas partes se ha deslavado, pero huele delicioso, a una mezcla de cítricos y lavanda. Es un lujo envolverse en ella. Se seca el pelo con una toalla más pequeña y se peina frente a un patio solitario, excepto por una tortuga que camina con dignidad entre las piedras. También están acomodadas para formar el fierro de la hacienda… Vaya obsesión por mantener un mundo que se derrumba a todas luces. Sin embargo, lo que en su padre le hubiera parecido ridículo, no lo juzga en Antonio.

La noche sin luna ha caído sobre Colutla, una oscuridad matizada por las escasas estrellas que brillan entre las nubes. El aire huele a lluvia y, en el campo, las hojas del maíz se abren con un suave crujido.

Eugenia se ha puesto un vestido de manta roja y unas sandalias que descubren los pies de uñas ovaladas. El pelo suelto le cae sobre los hombros y su piel lisa, del tono de la canela, contrasta con sus ojos color miel, delineados por pestañas negras. Un lunar bajo el ojo derecho es la única imperfección en su piel. Sebastián tenía razón, es difícil dejar de verla. Un zancudo se instala en su cuello y Joaquín alarga una mano para ahuyentarlo.

—Nunca me pican —dice ella—, no les gusta mi sangre.

—La mía sí —reclama Ana y se rasca con furia una rodilla.

Eugenia le hace una cruz con la uña.

—Así se le quitaba la comezón a tu mamá de niña.

—Cuéntame el cuento del brujo que convierte a la reina en venado y al príncipe en gato —le pide Ana, dejando los cubiertos para centrar toda su atención en ella.

—Todavía te acuerdas, ¡qué buena memoria tienes! A ver si la mía es igual: En un país donde las hadas y los magos vivían entre la gente…

La presencia de Eugenia ha transformado el entorno. Incluso Rosalío parece de buen humor y sonríe cuando le pregunta por su familia. Catalina se levanta a abrir la puerta del jardín y al pasar junto a su hermana, le acaricia el brazo. Los cambios de voltaje llenan de

sombras movedizas las paredes y la luz atrae a un mayate empeñado en chocar contra alguien. Rosalío lo atrapa con una servilleta, pero entran otro y otro más. Mejor acabarse el postre deprisa y tomar el té en la sala, donde los reciben insectos menos torpes. Eugenia les cuenta de las hormigas del Congo que devoran todo a su paso y, por si fuera poco, saben nadar. Ana escucha con los ojos muy abiertos.

—No te preocupes —le dice Eugenia al darse cuenta de que la ha asustado—. Aquí lo más que puede pasar es que nos piquen los moscos o que un mayate distraído choque contra nosotros.

Cuando la infusión de azahar adormece a Ana, Antonio la lleva a su cama y acomoda el mosquitero para que no quede la mínima apertura.

Una parte de Eugenia se resiste a estar en México y no la deja dormir. África la quiere de regreso. Cierra los ojos y ve la vegetación exuberante, las montañas que se suceden unas a otras hasta el horizonte, los ríos. Los abre y piensa en la clínica del Congo. Su primera impresión no fue muy distinta de la del orfanatorio en un basurero donde trabajó en México: las paredes estaban encaladas, y el piso era de cemento pintado de blanco. Entre las camas de fierro, había burós del mismo material, y del techo colgaban focos sin pantalla. Exhausta por el viaje, agradeció que Mark la acompañara a cenar galletas con atún y le ordenara que se fuera a dormir. Ya habría tiempo al día siguiente para explicarle qué esperaban de su trabajo. Su habitación era un cuarto de tres por tres con un catre, una silla y un tubo para colgar la ropa. Una luz neón entraba del pasillo donde estaba el baño. Eugenia cubrió el vidrio con la toalla que había en la silla, se tendió en el catre y se quedó dormida.

La despertó el olor. Una lluvia fuera de temporada había removido la basura, sumergiendo al campamento en una nube tóxica. Se cubrió la nariz con lo primero que sacó de su mochila y salió en busca de aire fresco, pero afuera la pestilencia a cuerpos en descomposición era insoportable. Entró de nuevo al campamento, abrió a ciegas una puerta y vomitó sobre el piso blanco. Era el despacho de Mark. El médico le recogió el pelo para que no se ensuciara mientras seguía vomitando, después impregnó un pañuelo con alcohol y se lo dio a oler. Perdón, se disculpó Eugenia, respirando el alcohol como si fuera oxígeno, no sé qué tengo, en México trabajé en unos basureros y nunca me pasó esto. El olor aquí es diferente, contestó él, a todos nos sucede lo mismo cuando llegamos. Aunque ahora te parezca difícil de

creer, acabarás por acostumbrarte. En eso, Mark se equivocaba: se aprende a vivir con él, pero cuando desaparece, el primer instinto es respirar profundamente.

Esa semana se le fue en una lucha por no vomitar cada vez que la lluvia removía el olor. Por eso, no le llamó la atención la ausencia de enfermos hasta el día en que la despertaron a medianoche para que ayudara a recibir a un grupo de refugiados. En México, había tenido contacto con enfermedades devastadoras como la lepra, pero nada prepara para las filas de seres humanos mutilados, el murmullo de sufrimiento que los envuelve, las llagas abiertas repletas de moscas; el olor del miedo, un sudor ácido que se impregna en la ropa y altera a los perros. Para la impotencia, esa constante en el Congo.

¿En qué ayudo?, le preguntó a Walter, el otro médico de la clínica, cuando pasó deprisa junto a ella. No estorbes, contestó. Qué hago, le dijo a Mark, pero toda su concentración estaba en una anciana que se cubría el ojo con una mano. Un chorro de sangre escurría por su muñeca. En el otro extremo del grupo, Wamba —el brazo derecho de Mark— sostenía a un hombre esquelético. El resto de la gente se dirigía por su propia cuenta al refugio. Sintiéndose inútil, Eugenia entró a la clínica y le preguntó a una enfermera nigeriana si necesitaba ayuda. Con una sonrisa, ella se hizo a un lado para dejarla acabar de tender una cama. Siempre agradecerá el gesto. La enfermera se llama Joy y cree en la importancia de serle fiel a su nombre.

Para cuando acabaron de organizar a los refugiados, Eugenia había revisado las camas impecables y se sentía de nuevo inútil. Hablas francés, espero, no te quedes ahí parada, gritó Walter, y añadió señalando a una niña en un rincón: Ve con ella, muévete.

Los ojos enormes de la pequeña dejaban al descubierto gran parte de lo blanco. Le daba miedo cerrarlos y volver a ver la masacre en su aldea. Esto lo supo Eugenia por Joy tiempo después, como también que su nombre era Sarabi: espejismo. Antes de que la enfermera llegara a salvarlas de su incapacidad, lo único que ella había logrado era asustar aún más a la niña. Cualquier movimiento suyo hacía que echara la cabeza hacia atrás con una mueca que descubría los dientes. Joy se acercó despacio y, acuclillándose frente a Sarabi, repitió lo mismo hasta que la pequeña parpadeó: *Uko salama*, es decir, estás a salvo.

Encontraron a don Faustino muerto bajo el huamúchil del camposanto; la gente murmura que fue a morirse ahí a propósito, para ahorrarles el trabajo a los vivos de cargarlo desde el pueblo. El eco sordo de las campanas sube desde Colutla, rebota contra el acantilado y regresa como ola al cementerio. Las nubes se acumulan a lo lejos mientras que en Santa Úrsula un sol radiante despide al viejo acólito. Acodado en una barda de piedra, con su eterno cigarro en la boca, el Treinta vigila la entrada. Aunque a primera vista todo parece igual después de la balacera, algunas señales denotan un cambio en la atmósfera: el sobresalto ante un ruido inesperado, miradas de reojo, silencios.

A un lado del Treinta, José mantiene la vista en el suelo. De vez en cuando, se pasa una mano por la cara y entonces el asesino a sueldo le aprieta el hombro. Ulises llora sin disimularlo.

Los sepultureros cavan la tierra reblandecida por la semana de lluvia. Joaquín observa sus movimientos acompasados y el montículo cada vez mayor junto al agujero. Del otro lado está el cuerpo envuelto en mantas. José hubiera querido comprarle un ataúd, pero hace tiempo don Faustino le confesó que le daría miedo estar encerrado en una caja de madera. Dejando escapar un suspiro, recuerda su paciencia con él cuando era niño; su compañía durante la adolescencia, después de la muerte de sus padres; sus conversaciones, ya de adulto; la culpa que cargó por haber permitido que enterraran al niño en el bordo de la presa.

Las paladas se detienen. Es el momento de decir una oración. El Treinta le da un leve empujón y José por fin levanta la vista y se acerca a la tumba recién cavada. Reza un padrenuestro y un avemaría, le pide a Dios por el eterno descanso de su amigo y les hace una seña a los sepultureros. Cuatro hombres asen las cuerdas con las que han amarrado al difunto para bajarlo hasta el fondo; otro hombre vacía un costal de cal sobre el cuerpo, una mujer lanza flores blancas que recogió del monte, otra más salpica agua bendita. Es todo. Las paladas empiezan de nuevo. El montículo disminuye deprisa y cuando la tierra está debidamente apisonada, José acomoda una cruz de mezquite: “Faustino Martínez: 1922-2013”.

Joaquín se inclina a dejar la corona de flores que compró en Colutla, y cuando se incorpora, el Treinta le dice en voz baja:

—Hágase el disimulado un rato y alcánceme en la piedra del catrín.

Joaquín platica un momento con la partera. Es una mujer alta y fuerte, de carácter recio. Además de traer niños al mundo, tiene un

jardín lleno de plantas medicinales y una lechuza que sale a cazar de noche y regresa de madrugada a dormitar en una viga del patio. Los adultos le tienen miedo, sobre todo cuando abre los ojos que parecen anunciar la muerte. Los niños, en cambio, se sienten seguros en casa de quien los trajo al mundo. Vienen a que les platique cómo nacieron, le ha contado a Joaquín. Entre más feos les digo que estaban, más contentos se van. Es la única persona adulta que lo tutea en Santa Úrsula y ha pasado una buena cantidad de tiempo platicando con ella bajo la mirada amarilla de la lechuza.

—Ven a visitarme un día de éstos —le dice en la salida del camposanto—. Hice ponche de granada.

—Te llevo tequila para echarle un chorrito —contesta Joaquín.

A pesar de que su relación con el Treinta es cordial, lo alivia ver también a José.

—Le pedí a Sansón que le explicara cómo están las cosas, no le vayan a sacar un susto —le dice en cuanto se acerca.

El Treinta arroja al piso el cigarro y lo apaga con la bota:

—A nadie le conviene otro muerto, así que pare bien las orejas. Hasta que mataron al Sombrita, el pleito por la plaza de Colutla y sus alrededores era entre los líderes de la región. El caso es que la noche de la balacera se apersonó en mi casa un vale amigo nuestro desde chiquillos. ¿Digo bien, José?

—Dices bien.

—Para no hacerle el cuento largo, resulta que ultimadamente se involucró con una organización nueva, más poderosa y, como le digo que es buen amigo, vino a avisarme que nos andemos con cuidado.

—Y qué tengo que ver yo en el asunto —pregunta Joaquín.

—Si se queda callado y no sale con alguna tarugada de querer denunciar y esas chingaderas, nada.

—No entiendo por qué me lo cuentan, ni me hubiera enterado.

—Ahí está la cosa. Se va a enterar. De un modo u otro, se va a enterar. Anteanoche llegaron a posicionarse los Halcones, los va a ver usted mismo: uno en el cruce del camino a Aguaprieta, otro pasando el río, y el último ya casi llegando a Colutla, a un lado de la cruz.

—Los Halcones se ocupan de avisarle a los de arriba si llega el ejército o la Federal —le explica José—. Por eso, lo estamos poniendo al tanto, no vaya a hacerle la pregunta equivocada a la persona equivocada. Vaya y venga como antes, nomás cuídese de no hablar de más —y agrega, dándole un cuaderno—: Tenga, son las notas que hacía don Faustino para usted.

Joaquín lo recibe por instinto. En ese momento, lo último que le

interesa es su trabajo.

—¿Y si son ellos los que me hacen preguntas a mí?

—Nadie le va a preguntar nada —contesta el Treinta—. No tiene ninguna información que les interese.

—Pero, ¿si llegaran a preguntarme?

—Diga la verdad.

José intenta tranquilizarlo:

—Mientras siga las reglas, va a estar seguro.

Joaquín lo observa con escepticismo y él le da una palmada en el hombro.

—Nunca le he quedado mal, ¿o sí? Como dice Sansón, usted no les interesa. Nada más no ande metiendo las narices donde no lo llaman.

—Concéntrese en su trabajo —interrumpe el Treinta—, no se agüite —y añade, como si se tratara de un niño—: ¿No le da curiosidad la libreta del viejo?

Se nota que el Treinta sabe de lo que habla, por algo el padre de Laderilla confía en él para que lo acompañe en sus recorridos por territorios peligrosos. Sin embargo, lo que convenció a Joaquín de seguir sus consejos y no salir huyendo de la ranchería no fueron ni él ni la confianza que le inspira José. Fue ese ambiente mágico que envuelve también a Colutla y que, a pesar del asesinato, se resiste a abandonar.

Al abrir el cuaderno de don Faustino, descubre una letra cuidadosa y muchos dibujos. Lo imagina concentrado en cada trazo.

La onza viene siendo de la familia de los animales de uña. Su tamaño es como el de un perro grande y su ferocidad como la del changoleón y su inteligencia como la de uno. Es habitante de la sierra y tiene sus bien sabidas diferencias con el mentado changoleón. A él se le mira en las tierras bajas y sabe esconderse en los cañaverales. Es negro y de piel brillosa, cola larga como de una cuarta y peluda. Aunque es tímido, no hay que hacerle confianza. La onza es jaspeada y tiene la cola más larga y más pelada. En la Antigüedad, seguido se comía a uno que otro cristiano hasta que se malició que le tiene miedo a las sogas. Por eso, los hombres de a caballo sueltan la soga detrás de ellos, de modo que la onza no se les

arrime.

Para concentrarse en el escrito de don Faustino, Joaquín lee en voz alta, pero con cada ruido se asoma a ver si Antonio llega del ingenio. Necesita saber qué tan informado está sobre el crimen organizado en la región. Después de la conversación con el Treinta y José, se siente responsable de la seguridad de la familia. La tarde en que regresó del entierro no pudo evitar mirar de reojo a los Halcones en sus puestos de vigilancia. Eran hombres comunes y corrientes, a primera vista, desarmados.

Hojea de nuevo el cuaderno del viejo acólito. Una frase cerca del final llama su atención:

El pueblo se echó a perder para siempre después de eso. La tierra ya no es la misma, ya hasta los animales que antes bajaban del cerro nos tienen miedo, sabedores de nuestra grandísima maldad. Que Dios nos perdone.

Joaquín pasa las páginas hacia atrás y empieza a leer desde el principio:

Después del diluvio universal, Dios les prometió a sus hijos que no iba a acabar con ellos de ese modo. Pero nosotros, los hombres de Santa Úrsula, somos incrédulos por nación, y a sabiendas de que era cosa mala, enterramos a un niño que se había muerto en la inundación. Pedro Virgen Sención era su apelativo completo. La tierra desgajada del cerro enterró a su familia, y a él lo hallamos de puro milagro abajo de un mezquite que el agua arrancó. Seguía lloviendo, como si no fuera a parar nunca de llover. Se oían lloridos por dondequiera y los gritos de los perros lastimados que ya no sabían ladrar. En las nubes renegridas se había abierto un portillo y por ahí se vislumbraba un pedacito de cielo. Pensamos que era una señal, eso quisimos pensar los hombres. Las mujeres tenían otros piensos, ellas son inocentes de lo que hicimos. Yo me confesé con el señor cura que teníamos entonces, cuando el pueblo no se había jodido. También me confesé con el de Colutla y fui de rodillas a ver a la Virgen de Talpa aunque no creo que ni por ésas Dios me perdone los muchos años de purgatorio que merezco, porque yo fui el de la idea. Había oído que se acostumbra enterrar a un niño en los bordos para que avise si va a

inundarse el pueblo y había pensado que estaba mal. Para eso está el camposanto con su suelo bendito. Lo otro es herejía. Cambié de parecer a mi conveniencia el día que nos tocó a nosotros y el que salió perdiendo fue Pedrito. Lo enterramos justo en medio de la compuerta, ni muy arriba ni tan abajo, y lo encementamos bien. Ya ni cómo sacarlo después, ya ni cómo sepultarlo como Dios manda en el camposanto. El pueblo se echó a perder después de eso. La tierra ya no es la misma, ya hasta los animales que bajaban del cerro nos tienen miedo, sabedores de nuestra grandísima maldad. Que Dios nos perdone. Por eso, digo que a mi tanteo los narcos de ahora, no los mariguanos de antes, de los que siempre ha habido en estas tierras de en medio, se van a apropiar del pueblo y van a hacer desde aquí sus maldades. Pensarán que somos sus iguales, que también nos aconseja Satanás. Yo estoy por retirarme de este valle de lágrimas y es por este motivo que escribo en esta libreta mis piensos y mis vivencias, ojalá los que se quedan aprendan de lo que hicimos los viejos y oigan mis advertencias. Porque el infierno es muy grande y dura una eternidad.

Un murmullo en el patio hace que Joaquín levante la vista; es viento entre las ramas. Le gustan los sonidos de la casa al atardecer: de las caballerizas, le llegan las voces de Noé y de Ana, que extienden juntos la alfalfa en el pesebre; del jardín, el escándalo de los pájaros. Un poco más tarde, las lechuzas saldrán del campanario y sus gritos sustituirán la algarabía de las calandrias. Joaquín piensa en sus rutinarios vuelos mientras observa a tres golondrinas con el pico desproporcionado apretujarse en su nido. La luz tiñe el aire de anaranjado y transforma la caída de las semillas de laurel en una lluvia dorada.

Si nada más hubiera estado presente en el asesinato del muchacho, si no hubiera tenido que atravesar el sembradío de marihuana de camino a Laderilla, si José y el Treinta no le hubieran advertido sobre los Halcones… entonces podría continuar con su trabajo pensando que lo del muchacho fue un acontecimiento aislado. Ahora tiene demasiada información.

Se pregunta cómo ha logrado una relación casi de amistad con un asesino a sueldo. El papel del Treinta en el negocio de la droga es una incógnita, lo único seguro es que los altos mandos lo respetan. En una de sus pláticas con don Faustino, insinuó que quizá no había matado a nadie: es difícil hacer coincidir la imagen del hombre de plática amena, cariñoso con los niños, con la de un sicario. La respuesta del anciano fue contundente: No se haga bolas, sabe matar. Y cuando no está matando, es a todo dar, piensa Joaquín con ironía.

El poco tiempo que lleva trabajando en Santa Úrsula le ha

enseñado más acerca del ser humano que el conjunto de sus estudios anteriores, y ha reforzado la importancia de conocer el pensamiento profundo de las comunidades. Recuerda la expedición organizada por Santiago Genovés para determinar las causas de la violencia en el ser humano. Sus declaraciones, adoptadas por la UNESCO, establecen que el principal detonante es la búsqueda del poder. No existe ningún factor que la determine biológicamente, no es genética ni herencia de nuestro pasado animal, sino netamente cultural. Lo sorprendente es que la mayoría de las opiniones coinciden en su inutilidad para la supervivencia de nuestra especie.

Joaquín apoya la nuca en las manos entrelazadas y observa con una sonrisa al murciélago en su rincón del techo. Cualquier elemento que cimbre la teoría de ser simples vehículos de ADN lo alegra, y lo inútil o superfluo para la supervivencia del ser humano es uno de ellos. Oyó hablar de esta teoría por primera vez cuando ingresó a la universidad. Todavía recuerda la angustia al sentir cómo se tambaleaba su visión de la vida basada en la trascendencia, el vértigo de no ser más que un vil recipiente de ácido desoxirribonucleico. Aunque las preguntas existenciales lo atormentan menos, a menudo lucha contra la sensación de ser parte de una maquinaria, de que el libre albedrío es una ilusión. Entonces sus anclas son el arte, las leyendas y los artículos científicos que lo hacen emocionarse ante la elegancia de lo que a primera vista parecería de una desalentadora complejidad. Las cadenas de ácido desoxirribonucleico son un buen ejemplo de ello: toda la información de la vida condensada en una estructura armoniosa y sencilla. En los campos abiertos de Colutla, en la soledad del camino a Santa Úrsula, en las noches repletas de estrellas o en el rugido de las nubes, reconoce algo mucho más grande y maravilloso de lo que nuestra mente es capaz de imaginar. La muerte del Sombrita y la conversación con el Treinta no han hecho nada para resquebrajar esta intuición, pero sí para preocuparlo seriamente. Necesita saber si Antonio está al tanto de lo que ocurre en el monte.

Lo encuentra revisando la contabilidad en su oficina, un cuarto pequeño y mal iluminado que huele a aceite para motor.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunta con una sonrisa de bienvenida—. Me gustaría ofrecerte algo de tomar, pero sólo tengo agua.

—Estoy bien, gracias —contesta Joaquín, sentándose frente a él en

una silla destartalada.

—Cuidado —le advierte Antonio—, está coja. Nunca tengo tiempo de arreglar este cuartucho. Era la oficina de mi padre, un hombre austero, como verás.

—Igual que tú.

—Yo soy más bien perezoso —y añade—: Te ves preocupado. ¿Sucede algo?

Joaquín se levanta a cerrar la puerta y le cuenta sin más preámbulos su conversación en Santa Úrsula.

—Me preocupa tu familia. Los paseos por el campo…

Antonio lo interrumpe:

—Te lo agradezco, pero estos asuntos es mejor ignorarlos. Aquí siempre ha habido conflictos y muertos a balazos. Mientras nos mantengamos al margen, no pasa nada.

—Según el Treinta, la cosa se ha puesto peor, y ahora hay que tener cuidado —sigue diciendo Joaquín.

—El único cuidado es no involucrarse.

—Perdón que insista: los grupos nuevos ya no se conforman con vender un poco de marihuana por aquí y por allá. Éstos le entran a todo: extorsiones, secuestros, derecho de piso…

Antonio vuelve a interrumpirlo:

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Dejar la casa en manos de Rosalío y el ingenio en las del gerente para irme a la capital, donde, dicho sea de paso, también hay todo eso?

—Creo que hay que tener más cuidado.

—Te repito que lo mejor es seguir como si nada pasara y enterarse de lo menos posible.

—La técnica del avestruz.

Antonio guarda silencio. Lo único que delata su enojo es un músculo tenso en la quijada.

—No quiero ofenderte, eres mi invitado, pero conozco mejor que tú este lugar.

—¿No te da miedo que Catalina salga a pasear sola? —pregunta Joaquín y Antonio se levanta a abrir la puerta.

—Sé cuidar a mi familia.

—Eso me queda claro. Sin embargo, a veces la mirada de alguien de afuera…

—Ya me diste tu opinión, gracias. Nos vemos más tarde.

Joaquín hace un gesto de impotencia cuando la puerta se cierra detrás de él. Un obrero se acerca para pedirle la hora, y sus compañeros se burlan diciéndole banquetero, no aguanta ni una hora

de trabajo duro. El ambiente despreocupado parece darle la razón a Antonio.

El río que baja de Laderilla se desbordó, y para llegar a Santa Úrsula, Joaquín tendría que dar un largo rodeo, así que se ha quedado la última semana en la hacienda. Por la mañana, ordena sus notas y, después de comer, se reúne en la sala con las hermanas, donde leen o él y Eugenia platican mientras Catalina le enseña a Ana a dibujar. Joaquín desconoce el pacto que hizo Catalina consigo misma para olvidar una parte del pasado y le intriga su actitud aparentemente tranquila después de lo que le contó en los manantiales. Tampoco sabe lo que le cuesta controlar la conmoción que le causa estar en el mismo cuarto que él.

Sebastián le había dicho que Eugenia era aún más seductora que su hermana, y era verdad. No son solamente la piel ni los ojos que brillan como si estuvieran llenos de sol. Es la pasión que transmite, la manera de observarlo todo con interés. La calidez de su sonrisa. Es difícil creer que su padre haya abusado de ella. Aunque, ¿qué sabe él, en realidad? Su conversación con Catalina fue entrecortada y pudo haberla malinterpretado.

Durante una de esas tardes, con Ana dormida en el regazo, Eugenia habla por primera vez de África.

—El Congo es el infierno —dice, asegurándose antes de que la niña no se haya despertado—: erosión, agua contaminada, enfermedades, plagas, violencia, hambre… Lo que diga es poco. Y, en medio de la devastación, el horror de los niños violados. Sí, también niños hombres. El abuso sexual se ha convertido en una forma de control, un modo de establecer supremacías. Qué impotente me sentía cuando llegué. Muchas veces estuve a punto de regresar a México, hasta el día en que una niña murió en mis brazos. Entonces supe sin lugar a dudas que debía quedarme. Haber estado con ella hasta el final, tocarla de manera que recordara, o descubriera, que el contacto físico puede ser bueno, hizo que valiera la pena.

Los ojos se le llenan de lágrimas; su emoción conmueve a Joaquín.

—La enterramos en un cementerio improvisado por unos misioneros a unos kilómetros del campamento. Como no tenía familia, Mark y yo nos hicimos cargo.

—¿Mark es el médico del que me has hablado? —pregunta

Catalina, y Joaquín se siente absurdamente celoso.

—Sí, es el director de la clínica. Buscamos un espacio sombreado, junto a una pila de agua limpia, y le pusimos una cruz y un nombre nigeriano: Adamá, que significa preciosa. Esto es lo que más me duele de los niños lastimados, que nunca sepan lo valiosos que son.

Hace una pausa para acomodar a Ana y continúa, dirigiéndose esta vez a su hermana:

—¿Cuándo se vuelve un monstruo el ser humano, Catalina? —y ahora ve también a Joaquín—: Algunos chiquitos ya tienen la mirada dura. La mayoría no, pero sí ves en ellos una enorme desesperanza. ¿Será eso lo que los vuelve capaces de tanta maldad cuando crecen? ¿Haber perdido la esperanza?

—Detente —la interrumpe Catalina—, me da demasiada tristeza.

Eugenia le acaricia el pelo a Ana.

—Tienes razón, una vez que empiezo a hablar de esto, me cuesta detenerme.

Sigue protegiendo a su hermana, piensa Joaquín, y a pesar de que quisiera seguir escuchando, respeta el silencio.

Eugenia se sirve agua de la jarra que le han dejado en el buró y vuelve a cubrirla con la servilleta bordada. Después del campamento, Colutla le parece sofisticada. ¿Será que percibimos el mundo mediante comparaciones?, se pregunta. De ser así, quizá lo que un día nos parece de vital importancia, al otro puede sernos indiferente… Eso pensó cuando Joaquín le contó del asesinato en Santa Úrsula. Y se sintió mal por pensarlo: un muerto es un muerto, desde donde se quiera ver, y el de la ranchería era, además, un muchacho. Pero fue una muerte rápida, y él era conciente de las implicaciones de su trabajo. Lo que sucede en el Congo es distinto, y nada atenúa el horror de las violaciones sistemáticas. Para las mujeres, salir a buscar agua o leña se ha convertido en una actividad de alto riesgo. En México también pasan cosas terribles, claro que lo sabe, pero el país funciona y cierto grado de esperanza en un futuro mejor es razonable. Joaquín cuestiona su trabajo en África, cuando aquí hay tanto por hacer. Ella también se lo cuestionaba antes de vivir en la cotidianidad del infierno; ya no.

Le gustaría aprender alguno de los idiomas del Congo: swahili, kikongo, lingala, tshiluba… El francés obliga a los músculos de la cara a mantener la misma postura durante un lapso de tiempo, por eso, le parece que muchos congoleses sólo se ríen cuando hablan en su propio

idioma. Porque desde el primer día, le sorprendió la risa en medio de la tragedia. ¿Qué te imaginabas?, le preguntó Mark. La mente siempre buscará consuelo. Una mente clara, despejada, lúcida. Una mente eficiente y compasiva, ése es Mark. Walter es distinto: cuesta descubrir al gran ser humano detrás del hombre siempre furioso. ¡Cómo gesticula cuando defiende a su pueblo! Los belgas no somos el rey Leopoldo, es la frase de ese voluntario en el país que su pueblo destruyó.

Eugenia se acuesta boca arriba, resignada a otra noche de insomnio. Lo mejor será dejar fluir los pensamientos y las imágenes. Ha aprendido que si opone resistencia lo único que consigue es agotarse.

Trata de ver la cara de Mark y sólo se definen sus ojos atentos. Él opina, contra todas las evidencias, que el ser humano es cada vez menos cruel. Argumenta que la conciencia del dolor del otro ha ido en aumento: ya nadie se atrevería a organizarse en familia para ir a ver una ejecución pública. Mucha gente busca ejecuciones por internet, contestó Eugenia la tarde en que lo discutieron. Sí, pero suelen hacerlo a escondidas, y eso me parece un adelanto, creo que la conciencia colectiva está cambiando.

¿Qué opinará Joaquín? Está informado sobre la situación del Congo, aunque le advirtió que la mayoría de sus conocimientos se basan en novelas. Ella había leído *La Biblia envenenada,* y llegó al campamento con la idea de que los misioneros eran como el fanático pastor del libro. Para que no se quedara con un punto de vista único, Mark le dio el texto donde otro pastor denunciaba, con riesgo de su propia vida, los crímenes del rey Leopoldo y a sus tropas de caníbales.

La historia ha estado y estará llena de líderes capaces de cualquier cosa para cumplir sus objetivos, eso no la sorprende, lo que la asusta son los personajes como el rey Leopoldo, considerado en su país un filántropo que promovía la civilización en África cuando, en realidad, bajo su mando asesinaron a diez millones de congoleses. Semejante incongruencia la hace dudar incluso de ella misma. ¿Podría convertirse en otra persona? Peor aún: ¿se daría cuenta? Ésta es una de las razones por las cuales le gusta estar con Mark, su estabilidad. Es la constante que todos buscan durante las crisis.

En el entierro de Adamá, después de acomodar la cruz en la que habían grabado el nombre y la fecha, fueron a visitar a los misioneros. En cierto momento, uno de ellos le preguntó a Mark si era creyente.

Su respuesta la sorprendió: Sí, creo que alguien recibirá a Adamá. Ella hubiera asegurado que a una persona como él, que había vivido de cerca las peores abominaciones, la fe le parecería una superstición más. Entiendo que fueras creyente en tu campiña inglesa, le dijo de regreso al campamento, pero ¿aquí? Mi fe no tiene nada que ver con la razón, fue la respuesta de Mark. Y añadió con una sonrisa: A veces me siento infantil y, siempre, absolutamente irracional. Sin embargo, así es: en medio de todo esto, creo en un Dios compasivo. ¡Compasivo!, exclamó Eugenia. Si, como dice la Biblia, Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, ¿qué clase de Dios es? Cuando Mark iba a contestar, vieron a Wamba hacerles señas en el bordo del camino. Había ocurrido una nueva masacre y la clínica estaba rebasada. ¿En qué clase de Dios crees?, insistió, pero Mark ya se había bajado del coche y corría a ayudar a un hombre cubierto de sangre.

En el Congo, a ella el Dios con el que creció le parecía más verosímil que la divinidad compasiva de Mark: el suyo era sentencioso, vengativo, siempre listo para castigar, como en la historia de una niña buena que murió justo después de cometer la única maldad en su corta existencia y se fue al infierno. En Colutla, supone que si hubiera tenido la vida de Antonio, su Dios estaría ligado a los ciclos de la naturaleza. Su fe nunca ha sido consistente; dejó de rezar porque le molestaba la idea de tener que apaciguar por medio de alabanzas a un ser al acecho de nuestros errores. Durante años, para ella, los creyentes eran ilusos. Mark la hizo entender que el tema es más complejo.

El ruido de la lluvia la adormece y sus pensamientos se vuelven inconexos. Joaquín le habló de una Virgen que tiene a una niña en los brazos y le cantó una canción de Génesis. ¿O la historia de la Virgen surgió por esa canción? “Lilywhite Lilith, she gonna take you thru the tunnel of night, she gonna lead you right…”* A lo mejor la niña de la Virgen es Lilith que sale poco a poco de la oscuridad, le dijo Joaquín. ¿Hablaba en serio? Lilith, la primera esposa de Adán, la mujer representada como un demonio, envuelta en víboras, con una mueca de odio. Ésa es la imagen que nos han vendido, le dijo Joaquín, en realidad la condenaron porque no era abnegada. Le gustaría saber más, por eso, le pidió que la llevara a conocer a la Virgen de la niña, pero según él, el trayecto es peligroso… como si el Congo no lo fuera.

Catalina observa a su hermana platicar con Joaquín. Desde el primer día, sus discusiones han sido intensas, y en las últimas, Dios está en todas. Eugenia parece obsesionada con la religión, al único al que no le ha preguntado si es creyente es a Antonio: oírlo salir a misa de siete cada mañana es suficiente respuesta. Hasta ahora, Catalina nunca se había cuestionado la fe que le inculcaron de niña, y los argumentos de Eugenia la incomodan. Piensa cómo cambiar de tema cuando las palabras de Joaquín la sorprenden. En su esquema mental, un antropólogo es una persona atea, de izquierda, que fuma un poco de marihuana. Joaquín debería encajar en el molde en vez de decir que le gusta creer en un Dios con sentido de la estética.

Están tomando café en la terraza. Eugenia pierde la vista en la rama de un tabachín donde se balancea un pájaro de pecho amarillo, la alza y se encuentra con un cielo color jacaranda que empieza a cubrirse de nubes. El Dios del Congo no puede ser el mismo que el de esta tarde en la hacienda.

—Y ese Dios cuya mayor virtud, según tú, es el sentido de la estética, ¿por qué crearía a unos seres empeñados en destruir su obra? —le pregunta a Joaquín.

—Los hombres también construyen maravillas. No nada más obras físicas, sino en la imaginación. Piensa en una buena historia.

—Me haces sentir pesimista.

—¿Pesimista tú? No, lo que pasa es que yo nunca me he enfrentado a lo que has vivido en el Congo. En comparación, mi trabajo debe parecerte inútil.

Otros pájaros de pecho amarillo se posan en el tabachín y el barullo se mezcla con las voces.

—Al contrario. Además, el mundo sería insoportable si toda la gente se tomara las cosas tan en serio como yo —añade Eugenia.

—Eres apasionada —contesta Joaquín.

Su tono cercano, íntimo, crea en Catalina una sensación nueva, parecida al odio. No hacia él, sino hacia Eugenia. Horrorizada con ella misma, se levanta para tomar distancia. En el cielo, las nubes grises se amontonan sobre las blancas y el rumor de los truenos es un diálogo de leones.

—¿Qué ves con tanta atención? —le pregunta su hermana.

—Va a granizar.

—¿Cómo sabes?

—Lo huelo. Son las cosas que Antonio me ha enseñado.

Los pájaros del tabachín se han ido pero la rama aún se balancea. El cielo es ahora totalmente gris y el rugido de los leones se convierte

en chicotazos.

—Me gustan las cosas que sabe Antonio —dice Eugenia, y añade, como para sí misma—: La primera vez que vi llover en el Congo, el olor que el agua sacó a flote se me quedó impregnado en la nariz durante días.

—No sigas —le pide Catalina, y su actitud le recuerda a Joaquín uno de los pocos malos momentos con su madre.

Su padre tenía la costumbre de dejar comida para los gatos callejeros, que con el tiempo, invadieron el jardín de la casa. Por las noches, sus gritos al aparearse mantenían a la familia con los ojos abiertos; el día se iba en pleitos para decidir quién limpiaba, porque no eran gatos civilizados como la mayoría de sus congéneres. Aunque le gustaban los animales, la paciencia de la madre de Joaquín llegó al límite y le pidió que se deshiciera de ellos: ya tenía suficiente con sus hijos pequeños y un marido en la estratósfera. Joaquín intentó ahuyentar a los gatos de mil maneras hasta que un veterinario lo convenció de que lo mejor sería darles un veneno que los matara sin sufrimiento. Su madre organizó un fin de semana en el campo y se fue con el resto de su familia, no sin antes recordarle hasta el cansancio que no olvidara deshacerse del veneno. Lo que sucedió fue terrible: en lugar de quedarse dormidos, como se lo aseguró el veterinario, los animales vivieron una espantosa agonía. Cuando la familia regresó, no quedaba evidencia de la masacre, pero esa noche, Joaquín quiso contárselo a su madre. Ella vio sus ojos llenos de lágrimas y, tapándose los oídos, le gritó que no quería saberlo. Mucho tiempo después, Joaquín le reclamó: Han pasado años y sigo soñando con esos pobres gatitos, hubieras podido cargar conmigo la culpa. O, por lo menos, oírme.

Quizá la obsesión de Eugenia por Dios se deba a su necesidad de que alguien sepa por lo que ha pasado, por lo que seguirá pasando en el Congo, al hambre que tenemos de ser escuchados y de sentirnos acompañados.

—¿El Congo te ha cambiado? —le pregunta.

Eugenia piensa un momento antes de responder.

—¿Han leído *El africano*?

Aunque se dirige a ambos, Catalina sabe que la pregunta es para Joaquín. Él niega con un gesto.

—El protagonista es un médico militar a cargo de un territorio enorme. Su esposa lo acompaña en sus expediciones y pasan la mejor parte de su vida en un mundo ideal para ellos. Pero durante la

Segunda Guerra Mundial, él se queda varado en Nigeria sin noticias de su familia. No me quedó muy claro si es ahí donde empieza a convertirse en un hombre amargado, o si es más adelante, cuando ve a África llenarse de violencia y de una nueva clase de miseria. El caso es que el libro no es nada más una crítica al colonialismo, también te hace pensar cómo una situación o un lugar pueden transformarte en alguien irreconocible.

—No contestaste la pregunta de Joaquín —interviene Catalina.

—A eso voy. Mi experiencia con África ha sido lo opuesto. A mí su parte maravillosa se me ha revelado raras veces y en destellos que desaparecen en cuanto vuelvo a enfrentarme con lo que están viviendo los congoleses. Ya había trabajado en México con niños lastimados, pero no se compara con lo que he visto allá. La pregunta de Joaquín me recordó el libro de Le Clézio porque me asusta que, como el protagonista, acabe enfocándome sólo en lo negativo.

—Eso a ti nunca te pasaría —contesta Catalina, haciendo a un lado los celos—. Tú siempre encuentras lo bueno.

No, no siempre encuentra la parte buena. Ha llegado a querer matar con sus propias manos a quienes hacen sufrir a los niños.

Uko salama: estás a salvo, le repetía Joy a Sarabi mientras, a unos cuantos kilómetros del campamento, hombres locos de odio violaban y asesinaban.

Uko salama, sin tocarla, porque para Sarabi el contacto físico era sinónimo de violencia.

Uko salama, en cuclillas, porque la altura implica superioridad.

Uko salama, viéndola a los ojos, sin sonreír, porque la risa puede ser peligrosa.

Uko salama, sabiendo que mentía.

Después de unas semanas, Sarabi empezó a seguirla por todas partes, hasta que se atrevió a tocarle el vestido. Fue la señal esperada, Joy le tendió la mano y la niña la tomó. Poco a poco, a su paso, los tocó a todos, y cada uno reaccionó a su manera: Wamba, con palabras en un idioma que Eugenia no entendía; Walter, con sorpresa; ella, con un alivio que nunca había sentido. Mark estaba frente al escritorio cuando fue su turno. Cerró el expediente que revisaba y dejó que la niña se sentara en sus piernas. Cuando Eugenia entró a la oficina, la encontró dormida, con la cabeza apoyada sobre el hombro del médico.

La aldea de Sarabi había sido destruida por un ejército de adolescentes y niños apenas mayores que ella. Su propio hermano fue

reclutado para trabajar como guardia en una mina de coltán. Sarabi le habló a Joy del día en que unos soldados bajo el mando de uno de los señores de la guerra irrumpieron en su casa y se lo llevaron junto con otros niños.

Coltán, diamantes, oro, cobalto, uranio, petróleo y otros elementos codiciados se ocultan bajo la tierra fértil del Congo. Paradójicamente, su riqueza ha sido su perdición: su caucho hizo posible el auge de la bicicleta y el automóvil en Gran Bretaña; su cobre recubrió una buena parte de los proyectiles de los aliados en la Primera Guerra Mundial; su uranio se utilizó en las bombas atómicas, y nuestros teléfonos móviles tiene coltán del Congo. Esto pertenece a la historia reciente, pero ya desde finales del siglo XV, los portugueses habían descubierto en él una fuente en apariencia de inagotable riqueza: seres humanos fuertes, fácilmente exportables como esclavos, siempre y cuando el país se mantuviera en el caos y la pobreza. Todo esto le contó Mark a Eugenia durante el trayecto de Kinshasa al campamento cuando llegó al Congo. Wamba conducía concentrado por la carretera rota, después, por la terracería llena de hoyos, y sólo de cuando en cuando lo interrumpía para corregir algún dato. Ella no estaba preparada para el golpe emocional que significa un país controlado por la ley del más cruel. Desde el primer día, el Congo se le presentó en su peor faceta: una caravana de niños atados con cuerdas que caminaban bajo la supervisión de adolescentes armados.

Aunque no tuvo tiempo en México para averiguar mucho sobre el país, el problema no fue la falta de información, sino el enfrentamiento con una realidad a la que se había acercado de manera puramente racional.

En Colutla, gracias al interés de Joaquín, Eugenia es capaz de expresar con palabras lo que ha sentido en esa tierra tan generosa como vejada. Con él, por fin ha hablado de las miradas suplicantes y de los cuerpos abandonados pudriéndose en los caminos.

La magnitud de lo que el hombre ha destruido en el Congo se le reveló con especial claridad cuando lo conoció en su estado primigenio. Una tarde, después de haber permanecido en la clínica durante dos semanas de lluvia incesante, por fin se calló el ruido del agua sobre el techo de lámina. Ven, le dijo Mark, tienes que conocer al Congo recién bañado. De camino al sitio donde la quería llevar, hicieron una escala en el cementerio. La tumba de Adamá, la pequeña que había muerto en sus brazos, estaba cubierta de florecitas blancas con forma de estrellas. Mark se inclinó para apisonar la tierra alrededor de la cruz; cuando se incorporó de nuevo, estrechó a

Eugenia contra él.

Siguieron por una vereda interrumpida en ocasiones por raíces intrincadas. Los rayos de sol que lograban atravesar las frondas de los árboles realzaban la diversidad de la flora y los matices en los tonos de verde. Unos pájaros azules, grandes y ruidosos, se posaron en lo más alto de una ceiba para observar desde ahí a los humanos insignificantes entre la exuberancia del bosque de niebla. Por alguna razón, los insectos que vuelven insoportable cualquier caminata en la selva estaban quietos. Fue como si el Congo se hubiera deshecho de su lado oscuro. El olor de la hojarasca debía ser el mismo que olieron sus primeros habitantes, cuando el hombre blanco aún no lo descubría. Un sendero más ancho los llevó al puente de madera bajo el que corría un arroyo. Acodado en el barandal, Mark le enseñó algunos nombres en swahili: *banda, utanzu, mwiba*, es decir, palmera, rama, espina, tres armas en potencia, mortales si sus cortes se infectan. Acariciando el barandal de caoba alisada por el tiempo, Eugenia le dijo que esa costumbre suya de relacionar todo con algún padecimiento era una horrible deformación profesional. Él iba a responder cuando de pronto la madera cobró vida y sus brazos se cubrieron de hormigas.

El cielo y el infierno unidos, así es el Congo, piensa Eugenia, como la naturaleza humana.

—Estás en la luna —dice Joaquín.

—En África, más bien. Me cuesta alejarme de ella. ¿Te acuerdas de cuando hablamos de tu teoría sobre la violencia? Yo no creo que el detonante sea la búsqueda de poder. ¿Dónde dejas los celos, el miedo o hasta la vergüenza?

—A fin de cuentas, esas emociones están relacionadas con el poder.

—¿Por qué una persona poderosa tendría todo lo anterior resuelto? No sé, yo creo que, como tantas otras teorías, la tuya obedece a la necesidad que tenemos de explicar lo inexplicable. Las respuestas nos tranquilizan. Además, si fuera cierta, nos faltaría encontrar de dónde le viene a nuestra especie su descomunal ansia de poder.

La luz ha pasado del anaranjado a un rosa que colorea la palidez de Catalina y brilla en la piel de su hermana. Joaquín guarda silencio y los tres contemplan la caída de la tarde: Catalina con tristeza. Eugenia, agradeciendo la serena belleza de las tardes en la hacienda. Aquí, el olor a leña quemada reconforta, y las voces de los hombres en la lejanía no son una amenaza. Qué poco tiempo fue suficiente para que el Congo la hiciera olvidar el privilegio de vivir sin miedo, de prestar atención a los detalles que conforman la existencia. Sonríe al ver a un sapo surgir de la tierra y brincar hasta un charco donde se oculta de

nuevo.

Un rayo de luz se ha instalado en el dorso de la mano de Catalina. Abre los dedos y la línea cambia de lugar. El movimiento ondulante amenaza con llevarla a una escena del pasado. Sacude la mano como si tuviera un animal ponzoñoso. El olor agrio y dulzón de la melaza acumulada en un tanque la reconforta; la casa de su infancia está muy lejos. El rosa de la luz es cada vez más tenue, y una sombra, aislada y perezosa, baja de la montaña. Es la noche que se acerca.

En el pueblo de Colutla, los traficantes de droga al menudeo guardan las bolsas de jícamas y mango enchilado, la marihuana y el cristal. Más arriba, camino al pueblo de la Virgen de la niña, los muchachos que cuidan los sembradíos se envuelven en sus cobijas. Indiferente a los proyectos de los vivos, en su tumba recién estrenada, don Faustino libera su culpa.

La tristeza de Catalina se convierte en apatía. Debe bañar a Ana, pero cualquier movimiento implica un esfuerzo. Las voces de los otros le llegan amortiguadas por el letargo y, como tantas otras veces, se convierte en espectadora. Cuando se pone de pie, nadie parece darse cuenta de que se va. En la cocina, Ana hace tortillas deformes bajo la mirada crítica de la cocinera. Tampoco ellas notan su presencia. Su recámara es el refugio donde la soledad no importa. Abre un cajón cerrado con llave y saca una novela que empezó a escribir hace unas semanas, cuando Eugenia todavía no llegaba.

El estrépito de las primeras lluvias que bajan del cerro y llenan el lecho del río asusta a los niños. La corriente arrastra lo que encuentra a su paso, salta piedras, destruye hormigueros y aterroriza a los insectos instalados en el cauce. El agua cargada de la tierra roja de las laderas tiñe la ropa de un color cobrizo imposible de lavar.

Lo agreste del camino hace que Mateo desista de ir junto a Mariana. Al poco tiempo, el choque rítmico de los cascos contra las piedras y el zumbido de los tábanos que los caballos espantan a coletazos los hacen caer en una especie de trance. Pedazos de río aparecen de pronto para volver a desaparecer entre la maleza. El sudor forma remolinos de espuma bajo las ancas de los caballos y brilla en sus flancos. Conocen de memoria el camino, sus patas esquivan sin titubeos las piedras sueltas. Cuando Mateo empieza a cansarse, aparece la parte más ancha del río.

Amarran a los caballos a la sombra de un árbol y caminan hacia la

pequeña playa de arena suave. Mariana se quita los zapatos, se arremanga el pantalón y cruza el río hasta llegar a una piedra grande y lisa. La brisa ha ahuyentado a los insectos, el zumbido deja en su lugar una quietud caliente, pegajosa.

Mateo se acerca a ella; embebido por el murmullo del agua, comprende su pasión por esa tierra que se deja querer a regañadientes. Entiende sus silencios, la mirada perdida, las eternas caminatas. Mariana entreabre los ojos, y la mirada que la recorre la hace olvidarse de todo menos de su cuerpo. Los ojos de Mateo tienen un color indefinido, es fácil verse en ellos. Él le toca el cuello y desliza la mano hacia abajo, siguiendo con los dedos el contorno de una vena. Ella se incorpora sin prisa, oprime la mano que amenaza sus sentimientos, la deja sobre la piedra tibia y no la suelta hasta estar segura de haber recobrado el control. Se levanta, sonríe con pesar y atraviesa de nuevo el agua, pensando en su marido y en su hijo esperándola en casa.

Mateo se queda solo a la mitad del río. La imagen de los párpados de Mariana abriéndose sobre unos ojos que hasta hace unos momentos le parecían serenos, le impide ordenar sus ideas. Todo fue demasiado rápido: ¿de verdad tocó su cuello y ella retuvo su mano más tiempo del necesario o lo habrá imaginado? Mejor quedarse con el recuerdo de la sonrisa apesadumbrada de Mariana y no con el de su paso decidido al alejarse.

Catalina busca otro pasaje:

Cuando el camino se vuelve intransitable, se bajan de la camioneta. Mariana y Mateo toman la delantera y pronto dejan atrás a los demás. Después de un momento, las voces del marido de Mariana y de su hijo son tan sólo un murmullo lejano. Mateo se acerca a ella, sus manos se rozan.

—No sé qué hacer —le dice—. Yo quería descansar aquí del alboroto de la ciudad, pero en lugar de eso, me confundí. Y luego llegaste tú.

—El que llegó fuiste tú.

Mateo ve el perfil de Mariana, su mirada en un punto lejano, y se separa un poco.

—No contaba con esto. Parecía un juego; ahora ya no sé qué hacer en las noches cuando tu marido no está.

Ella ve sus ojeras nuevas y los hombros anchos. Los brazos fuertes, jóvenes. No quiere ver sus manos.

—No hagas nada —le dice—. Y si lo haces, que mi marido nunca lo sepa.

Oyen entonces las voces que se acercan y esperan ahí, sin tocarse, a que los alcancen.

Catalina pasa las hojas bruscamente, sin importarle que se rasguen.

Mariana se despierta con el ruido del viento que sacude las palmeras. Su marido duerme profundamente, cansado de haber pasado el día en el campo. Se ha quitado la cobija y su cuerpo se mueve bajo la sábana con cada respiración. Dormido, su expresión es igual a la de su hijo. Eduviges olvidó cerrar los postigos. Mariana se viste con la luz del patio y sale sin hacer ruido.

La luna está rodeada de un arcoíris que se difumina hasta volverse negro, como si la tierra estuviera dentro de un pozo. Hace un calor intenso. Mariana sube a la azotea, le gusta ver los campos iluminados de luna. Se sienta en el suelo, contenta con su soledad. Allá arriba, todo adquiere una dimensión distinta, también sus emociones: la nariz de Mateo es muy grande, está demasiado asoleado, a veces tartamudea… Su marido es siempre el mismo, y su sonrisa, al verla, ilumina sus ojos.

—¿Dándote baños de luna? —dice una voz a su espalda. No oyó llegar a Mateo.

—No te acerques.

Sin hacerle caso, Mateo se sienta a su lado, después se acuesta para ver el aro alrededor de la luna. Ella no se da cuenta de que se ha incorporado hasta que siente la mano sobre su pie desnudo.

—¿No te dan miedo los alacranes?

—Me das miedo tú —murmura ella.

Mateo le acaricia el tobillo y sube la mano despacio, hasta el borde del camisón corto. Si no me levanto ahora, después no voy a poder, piensa Mariana. Pero la mano que sigue subiendo la obliga a cerrar los ojos.

Catalina empieza a arrancar las hojas, oye pasos que se acercan y las guarda deprisa. Es Rosalío. Viene a pedirle que revise los floreros del comedor. Lo había olvidado. Ahora tendrá que soportar una cena a la luz de las velas.

Catalina lleva puesto un vestido verde de lino y aretes de perlas. Eugenia, el único que llevó a Colutla, de manta roja, y un collar de semillas de jocontoro que Ana hizo para ella. Antonio está atento a los movimientos de su mujer, a las líneas clásicas de su perfil. Aislada de la conversación, ella recuerda la primera temporada que estuvo en Colutla. El ingenio y la supervisión de las siembras mantenían ocupado a Antonio durante gran parte del día, y ella pasaba mucho tiempo recorriendo la propiedad. Sin embargo, no se dejó seducir por el campo hasta una mañana calurosa que el viento entibiaba.

Antonio la guio entre la caña, pidiéndole que se protegiera con los brazos. Cuando ya no sintió los rasguños de las hojas afiladas, abrió los ojos y se encontró en un claro. La tierra negra contrastaba con el verde intenso de la caña que, mecida por el viento, sonaba líquida. Embriagada de olor a azúcar y sol, se tendió con Antonio sobre la tierra húmeda de rocío y le devolvió cada beso, cada caricia. Las manos de Antonio la llevaron adonde lo único real era el contacto de la piel, la humedad, el pulso en las sienes, en el cuello, el vientre. El grito que salió de ella venía de su ser más profundo, el que vivía encerrado. Más tarde, se despertó abrazada por Antonio, con yerbas en el pelo y oliendo a barro.

Había olvidado la plenitud que debía durar para siempre y nunca se repitió.

—¿En qué piensas? —le pegunta Eugenia, y ella hace un esfuerzo para involucrarse en la conversación, pero las velas no la ayudan, siente que flota, que no hay piso bajo sus pies.

Después de la cena, Rosalío lleva a la sala infusiones de flores de laurel y hojas de naranjo recién cortadas; ella prefiere ir a su cuarto. Antonio la encuentra frente al espejo y se queda un momento en el quicio de la puerta. Recordando esa mañana que se convirtió en tarde en el cañaveral, Catalina se acerca a él y empieza a decirle algo, tal vez una frase cursi de la que luego se avergonzará, o a pedirle perdón, quién sabe de qué, hasta que huele el jabón desinfectante que Antonio usa en Colutla. Y ese olor que lo separaba del mundo frívolo de su padre ya no es símbolo de nada, sino algo molesto que hace desaparecer la ilusión de recuperar lo que sintió esa tarde entre la caña. Antonio percibe su rechazo y se separa de ella.

La noche le parece eterna a Catalina. Nunca había sido tan conciente del sonido de la respiración a su lado. Harta de dar vueltas sin conciliar el sueño, se levanta a oscuras, se baja de la cama con

cuidado y se viste en el baño para no despertar a Antonio. Es una madrugada fría para la época y un vientecillo húmedo la recorre cuando sale al patio. Busca la luna y encuentra estrellas. La recámara de Joaquín está encendida. Lo imagina pensando en ella… en Eugenia.

Tiene los dedos entumidos, le cuesta quitar la tranca de la puerta que da al campo. Una vez afuera, se pregunta si tanta luz puede venir tan sólo de las estrellas.

El frío disminuye bajo el laurel de ramas gruesas como árboles, sus pies esquivan las raíces y, más lejos, reconocen la tierra apisonada de la vereda. Sabe que ha llegado a los campos labrados porque de nuevo le cala el frío: la caña lo atrapa antes de esparcirlo a su alrededor; los mezquites, en cambio, se mantienen tibios. Ha aprendido esto de Antonio, antes pensaba que el clima era igual entre los cultivos que entre los árboles, bajo una loma o sobre ella.

Se dirige hacia el final de la propiedad, hasta llegar al lienzo de piedra que la delimita, y trepa para pasar del otro lado. En las faldas del cerro, la oscuridad se adensa, ahora camina cuesta arriba. Aunque conoce bien la brecha, se sentiría más segura si hubiera luna y si el viento soplara lo suficiente para atenuar el silencio. Sube la pendiente, concentrada en la cadencia de sus pasos y el ritmo de la respiración. Cuando empiezan a dolerle las piernas y el corazón se acelera, siente el final de la cuesta.

El amanecer la sorprende. Las cimas de los montes bajos se asoman entre la bruma que se extiende por el valle. A lo lejos, se recorta la cordillera azul. Son las seis y media, lo sabe por las campanadas, pronto el paisaje se llenará de vida. Se imagina a las mujeres encendiendo el carbón, a los hombres preparándose para salir al campo, y se siente extranjera. Una arañita zigzaguea sobre el dorso de su mano, y ese movimiento le recuerda la escena que había logrado evitar.

Eugenia se recuperaba de una operación de apéndice y estaban solas con su padre. Como cada fin de mes, su madre se había ido a un retiro. Cuando Catalina bajaba la escalera para ir al colegio, Eugenia le gritó que fuera a su cuarto. Quédate conmigo, le suplicó con voz alterada. Su padre entró en ese instante, le dio un beso en la frente y le dijo que no tardaría en regresar. Catalina se va a quedar conmigo, contestó estrujando la mano de su hermana, pero él le tocó los labios con dos dedos y le ordenó a Catalina que fuera al coche: él mismo la llevaría al colegio, el chofer aún no llegaba y no quería correr el

riesgo de que llegara tarde. Hicieron el trayecto en silencio, sólo una vez su padre volteó a verla y su expresión la hizo encogerse. Era una mañana lluviosa y un hililo de agua se reflejaba en el dorso de su mano. Pensando que si se concentraba en el movimiento ondulante se volvería invisible, lo observó todo el camino. La estrategia pareció funcionar porque su padre la ignoró hasta que llegaron a la escuela: Muévete, niña, no te quedes ahí sentada con cara de tonta, le dijo entonces, y alargó el brazo para abrir la puerta. Tenía prisa. Catalina había visto la reja cerrada, pero guardó silencio, y cuando el coche dobló la esquina, se sentó en la banqueta, bajo un toldo que la protegía de la lluvia. Para su desgracia, la madre de un compañero que tampoco se había enterado de que ese día no habría clases la llevó de regreso a casa.

El jardinero había dejado la puerta abierta y Catalina caminó de puntas hasta el vestíbulo. Subió evitando los escalones que crujían, debía ser silenciosa como un ratón. Si tenía suerte, llegaría a su cuarto sin que nadie la viera. La voz de su padre la hizo detenerse: una voz suplicante, muy distinta a la que usaba para dirigirse a ella: Eugenia, ábreme, sólo quiero hablar contigo.

Otros recuerdos la atacan: las noches en que Eugenia se metía a su cama, las manos crispadas entre las suyas, el miedo que no entendía. La tarde en que quiso contárselo todo, y ella se fue corriendo.

Cuenta despacio hasta diez mientras revive la firmeza de la mano de Eugenia rumbo al salón de clase; una de las formas de distraerla cuando su padre la humillaba; su furia si alguien se atrevía a molestarla en el recreo, los cuentos en los que su hermanita siempre era la heroína. Quiere pedirle perdón por no haberla escuchado, debe darse prisa, es importante que sepa que siempre estará con ella. Pero cuando aún no ha empezado el descenso, recuerda que iba a salir muy temprano a la ciudad y se detiene. A esta hora ya estará lejos de Colutla. Mañana hablará con ella… O quizá sea mejor callarse. Su cabeza es un avispero.

Una ola de calor azota el occidente de México. Como cada año, la gente no habla de otra cosa que no sea la sequía a mitad de las lluvias: El clima ya no es el mismo, será que Dios se cansó de nosotros y nos va a quemar, será que tantas ofensas ya no tienen perdón. Así es la calma de agosto, murmura Antonio por enésima vez, sorprendido por la falta de memoria climatológica de la gente.

Joaquín regresa agotado de Santa Úrsula. El sudor hace que la camisa se le adhiera al cuerpo y le ardan los ojos. Nunca había tenido una sed igual; cuando traga, su garganta hace un ruido seco. En la cocina, bebe tres vasos de agua seguidos.

—A esta hora, las tuberías se calientan y no hace falta prender el bóiler, por si quieres bañarte —dice Catalina.

—Parezco náufrago, ¿verdad? —contesta Joaquín con una sonrisa que resalta los dientes blancos en su cara cada vez más quemada por el sol—. Estoy hecho un asco.

—Espérame aquí, te traigo una toalla: Rosalío decidió quitarlas para darlas a lavar.

En la azotea, el aire es tan caliente que Catalina debe aspirarlo en pequeñas bocanadas. Coge la toalla más grande y la pasea por su cara antes de llevársela a Joaquín; al abrir los ojos, lo encuentra frente a ella.

—No puedo creer lo fresca que te ves —le dice él con una mirada apreciativa y le da un beso en la mejilla. Cuando coge la toalla, sus manos se rozan.

Instalado en la frescura imaginaria de la terraza, Antonio vuelve a leer el mismo párrafo del reporte del jefe de campo. Las últimas veces que ha intentado acercarse a Catalina su actitud lo ha hecho desistir. Me duele la cabeza, le dijo ayer. Como las mujeres del siglo pasado, piensa, y se traga un suspiro.

Ana duerme en una hamaca improvisada con dos costales y una soga. Tiene el pelo empapado de sudor y sigue en pijama. Debería haberla vestido él, pero es inútil para esos asuntos. Le quita un mechón de la frente y aprovecha para revisar que no tenga fiebre: el dengue se ha desatado y es imposible mantener a raya a los zancudos. La hacienda está sumergida en una burbuja de aire liviano que no alcanza a llenar los pulmones, quizá la gente tenga razón y sea una calma distinta.

Mientras Antonio busca la forma de recuperar la paz mental, Catalina retoma la novela que ha estado escribiendo; una historia trillada y cursi, lo sabe, pero necesita contarle a alguien, aunque sea a un lector inexistente, las emociones de esta protagonista que cambia de estado de ánimo con cada página.

Mariana abre la puerta con cuidado, temerosa de encontrar despierto a su marido, pero él duerme sobre el mismo costado de siempre. Sus pantuflas están a un lado de la cama, de manera que pueda ponérselas en cuanto se despierte, al igual que la bata en el respaldo de una silla.

Mariana entra de puntas al baño. Los únicos objetos de su marido son un cepillo de dientes, una rasuradora de acero con navajas intercambiables, una brocha, crema para rasurar y un peine. El conjunto ocupa una esquina, el resto está invadido por sus cosas.

El espejo le devuelve la imagen de una mujer distinta, de piel y ojos luminosos. Pasea los dedos por los labios hinchados y sonríe. No, no se siente culpable, lo único que desea es estar de nuevo con Mateo, oírlo decir su nombre.

No quiere seguir escribiendo, necesita salir. Para no encontrarse con Antonio, da un rodeo por la parte de atrás. Aunque él no puede verla, lo oye hablar con Ana y duda antes de seguir andando. Después, acelera el paso. La lluvia se desata a medio camino. Catalina levanta los brazos y se deja empapar. La blusa blanca se amolda a su cuerpo; se imagina la mirada de Joaquín y se llena de euforia. En su novela, Mariana regresaría a casa, donde Mateo estaría recordando su encuentro de la otra noche en la azotea. Catalina está confundida. Una parte de ella quiere aparecer en la sala, así como está, con la blusa que se ha vuelto transparente. La otra le pide cautela. Sólo hay una vida, reclamaría Mariana, por una vez, manda al diablo a la razón. Sin dudarlo más, Catalina se dirige a casa. El pantalón también se amolda y es consciente de sus piernas largas y de la firmeza de su cuerpo, de su juventud. Le gusta el contacto de la pequeña abeja de ámbar sobre la piel desnuda de su pecho. Se detiene en la puerta de la sala y, tomándola entre los dedos, se acaricia los labios. Luego, empuja la puerta con suavidad.

Joaquín está sentado muy cerca de Eugenia, mirándola como nunca la ha visto a ella.

Todo fue un invento: el roce de las manos, su cuerpo contra el suyo aquella noche en la azotea. El deseo la hizo olvidar que tiene un marido y un hijo, una casa propia, un cuarto que da al jardín, un florero lleno de azucenas, una chimenea en invierno y un patio sombreado para el verano, una jacaranda que ella misma plantó, una vereda que lleva al río. Cómo pudo olvidarse de lo único que debe tener presente cada día, cada hora, cada minuto, cada maldito segundo.

La voz de Eugenia la interrumpe. Guarda el cuaderno en su escondite, después va al baño y abre la regadera, pero su hermana sabe que no se metería a bañar cinco minutos antes de la cena y toca a la puerta. Ella apoya las manos en el lavabo y aprieta la quijada.

—¿Catalina? —insiste Eugenia y la preocupación en el tono la desespera. Se incorpora bruscamente y abre la puerta.

—Has estado llorando —le dice su hermana.

—Me siento mal.

—No es eso, dime qué tienes. ¿Discutiste con Antonio?

—Estoy harta de que siempre quieras saber qué tengo. Déjame en paz.

Consternada, Eugenia da un paso hacia ella. Catalina la empuja.

—¿Hice algo malo?

—Tú todo lo haces bien.

No es la primera vez que discuten, pero hay algo nuevo en la actitud de Catalina, una dureza en su mirada.

—Has cambiado —le dice Eugenia—. Lastimas.

Catalina la ignora y vuelve a encerrarse en el baño, furiosa con su hermana, con ella misma, con Joaquín, con las estúpidas fantasías que la obsesionan.

El ambiente pesa. Catalina se ha quedado en su cuarto y los demás cenan en silencio. Antonio está serio y a Joaquín le cuesta apartar la vista de Eugenia. Ella está distraída.

Ajeno a las tribulaciones de los otros, Rosalío pasa la bandeja sin prestar la mínima atención al murciélago que revolotea sobre la mesa. Una polilla se ha caído en el arroz. Antonio la coge de las alas y se la da.

—Están en todas partes ahora, literalmente, hasta en la sopa.

Rosalío asiente con seriedad y continúa sirviendo, la bandeja en una mano y la polilla en la otra.

En el segundo plato, Antonio se acuerda de que es el anfitrión, y buscando un tema para llenar el silencio, le viene a la mente el libro de Vasconcelos que leía en la mañana. No se le hubiera podido ocurrir una idea peor.

—¿Estás de acuerdo con él? —lo interrumpe Eugenia cuando habla de la raza cósmica—. A mí me parece un tipo horrible, lleno de prejuicios raciales.

—¿Serán prejuicios? No estoy seguro… Dicen, por ejemplo, que el cerebro de los negros de ciertas tribus pesa menos que el de los blancos. Por eso los crímenes de los europeos en África son doblemente reprochables —continúa deprisa, al ver el gesto de su cuñada—. Al que más tiene, más se le debe exigir.

—Es decir que, según tú, ¿el peso del cerebro determina la inteligencia?

—Según yo, no, según los científicos del artículo que leí. Que nos cuente Joaquín, los antropólogos saben de eso.

—¿Cuáles científicos? —contesta él—. En ese plan, también se podría deducir que, a menor peso, mayor evolución.

Eugenia se encoge cuando el murciélago vuela cerca de ella y pregunta de nuevo:

—Pero tú, Antonio, ¿crees que los negros son inferiores?

—Creo que los de algunos lugares han evolucionado de una manera que les hace difícil vivir en el mundo creado por los blancos. Por eso, tenemos una mayor responsabilidad con ellos. Lo mismo creía Bartolomé de las Casas.

—¡En el siglo XVI!

Dos polillas sin alas se pasean por el mantel hasta llegar al candelero. Joaquín se entretiene observándolas trepar por los caminos de cera y piensa en voz alta:

—En ese siglo me siento ahora.

—¿De qué hablas? —pregunta Eugenia con el ceño fruncido—. ¿Tú también crees en una raza superior? Es lo más retrógrada que he oído.

Antonio interrumpe:

—Según las pruebas de coeficiente intelectual, sí hay diferencias.

—Unas pruebas seguramente manipuladas por quienes se sienten superiores —empieza a decir Joaquín, pero Antonio sigue hablando:

—Gracias a ellas se ha llegado a la conclusión, por ejemplo, de que las mujeres tienen una mayor inteligencia emocional.

—¿Que los negros?

—Que los hombres —dice Antonio, ignorando el sarcasmo de Eugenia.

—Lo que debe significar que estamos mejor capacitadas para el trabajo del hogar.

—Entre muchas otras cosas —contesta Antonio, y ella se prepara para recibir unas palmaditas en la cabeza.

—Mi papá hubiera estado de acuerdo contigo, qué horror —suelta.

En ese momento, Ana entra llorando y se abalanza sobre Antonio para contarle una pesadilla. Él la escucha como si se tratara de un asunto de gran importancia y la consuela con palabras precisas, sin aspavientos. Sentada sobre sus rodillas, Ana lo observa con los ojos muy abiertos. Sus comentarios hacen sonreír a Joaquín. Antonio, en cambio, sabe que podría herir su amor propio y responde con seriedad. La niña se tranquiliza, cierra los ojos, y al poco tiempo, se queda dormida.

—¿En qué estábamos? —pregunta él entonces.

Eugenia ya no quiere discutir. Antonio podrá defender teorías que le parecen fascistas, pero nunca lo ha visto ofender a alguien. Y para ella, eso es lo único importante.

—¿Quieres que la lleve a su cama? —le ofrece, y la calidez de su sonrisa disipa la tensión. Antonio le devuelve la sonrisa.

—Yo la llevo, gracias. Estoy cansado, hasta mañana.

Para desilusión de Joaquín, ella también se levanta. Tendrá que resignarse con la compañía de los murciélagos.

Catalina oye a Antonio en el cuarto de Ana. Pocos minutos antes, había fingido dormir cuando Eugenia entró a buscarla. Se conocen demasiado, la empatía entre ellas se ha vuelto incómoda.

Ahora es Antonio quien se acerca, le acaricia el brazo y le da un beso en el cuello. Tiene ganas de encogerse, pero se mantiene en la misma postura, con los ojos cerrados y la respiración pausada. Al igual que Eugenia, él también se aleja.

Calladita, calladita, como si nada de esto fuera real. Tienes que aprender a ser invisible: invisible cuando, en lugar de encontrar a Eugenia, su padre se topaba con ella y su expresión ansiosa se transformaba en odio; cuando iban los tres en el coche, y él intentaba acariciar la pierna de su hermana… Calladita, calladita, como si no existieras. Sí, es mejor así, no se puede lastimar a quien no está vivo.

La casa parece dormir, pero sus puertas esconden tristezas, deseos y ansiedades. La de Eugenia se abre despacio; Joaquín se levanta del

equipal en donde fumaba el último cigarro de la noche y espera, inmóvil. Cuando Eugenia llega a su lado, la toma de la cintura y la atrae hacia él.

Más tarde, desnudos en la cama de su habitación, Joaquín le confiesa el esfuerzo que debía hacer para no tocarla cuando pasaba cerca de él, las noches en las que se imaginaba con ella, como ahora.

—Hacer el amor contigo me hizo descubrir que sí existe la magia —le dice y acaricia la cicatriz del hombro, los pechos que se amoldan tan bien a sus manos, el lunar en la curva de la cadera; sigue con los dedos unas pequeñas heridas, como arañazos, en el vientre y empieza a besarla de nuevo, pero ella se aparta. Se ha puesto seria, una vena palpita en su frente.

—¿Catalina te ha hablado de cuando éramos niñas?

La respuesta la tranquiliza.

—Me ha dicho que le contabas cuentos.

La luz de la luna entra al cuarto, y las cicatrices blancas que apenas se adivinaban en la penumbra contrastan con el vientre moreno.

—¿Cómo te hiciste esto? —pregunta Joaquín, recorriendo el laberinto de delgadas rayas.

—Fue hace mucho, ya no duelen —se evade ella, cubriéndose con la sábana.

—¿Segura?

—Sí, segura.

Un amigo de su padre los había invitado a pasar un fin de semana en la costa y, a sus trece años, Eugenia se sentía incómoda en bikini. La alberca estaba repleta de gente, pero en la playa sólo una pareja se asoleaba en la parte más lejana, donde las olas rompían contra una roca. Eugenia caminaba hacia al extremo opuesto cuando encontró un pedazo de coral entre la espuma del mar. Lo recogió con cuidado para no cortarse y empezó a dibujar en la arena. De grande, se compraría un velero para recorrer el mundo entero. El caracol que dibujaba se convirtió en el mapa de un lugar remoto en el que Catalina y ella tendrían una casa en lo alto de una montaña, por eso de los tsunamis. El caracol pasó de molusco a mapa y de mapa a mar embravecido.

Supo que su padre había llegado por su sombra, esa sombra que conocía bien. Levantó la vista y, a pesar del temblor en las piernas, sostuvo su mirada. El instinto le decía que demostrar fortaleza era su única arma contra él. Esta vez necesitaría más que eso.

—Tu piel es perfecta.

Eugenia blandió el coral como si fuera un arma.

—No te acerques

Él se rio quedito:

—No voy a hacerte daño. Sólo quiero tocar esa piel de durazno, esa maravillosa piel…

Antes de que diera otro paso, sin dejar de mirarlo a los ojos, Eugenia se hirió el vientre con el coral. Después corrió, como si de eso dependiera su vida.

Es verdad: las cicatrices ya no le duelen. En el entierro de su padre, se juró que no permitiría que un muerto la atormentara. Y aunque él luchó por seguir con ella desde el mundo de los espíritus, un día, Eugenia se despertó sabiendo que podría liberarse.

—No regreses al Congo —le pide Joaquín en la hacienda—. Quédate conmigo.

—Tengo que regresar.

—¿Alguien te espera? ¿Un doctor heroico con el que no puedo competir? —añade para restarle seriedad a la pregunta. Ella se incorpora sobre un brazo. Le gustan las pequeñas arrugas que aparecen en las comisuras de sus ojos cuando sonríe.

—Haces demasiadas preguntas.

—Y tú contestas muy pocas.

Eugenia apoya la cabeza sobre su pecho y se queda quieta, oyendo los latidos rítmicos de su corazón.

—Mañana, cuando regreses de Santa Úrsula, te contestaré lo que quieras. Ahora quiero estar así, contigo.

Faltaba poco para el amanecer, y Catalina había salido a tomar aire porque no soportaba la respiración de Antonio ni el calor que se desprendía de su cuerpo. Afuera, el olor a melaza le dio náuseas. La hacienda le había inspirado muchas emociones, pero jamás esa aversión. Incluso las sombras en las paredes parecían retarla. Una de ellas llamó su atención. La vio dividirse, unirse de nuevo y separarse por última vez. No fue necesario buscar de dónde venía: el perfil de Joaquín se dibujó en la pared y sólo desapareció cuando la puerta del cuarto de Eugenia se cerró tras ella. Habían pasado la noche juntos.

La Mora avanza por las brechas convertidas en lodazales. El río que baja de la montaña invade una parte del camino, pero la yegua encuentra la zona menos profunda, donde el caudal se aquieta y sobresale un montículo de piedrecillas blancas. Confiando en la certeza de sus pasos, Joaquín suelta la rienda. Aunque del otro lado del montículo la corriente es fuerte, la Mora lo lleva a salvo a la orilla.

El pueblo dormita en el calor húmedo que se desprende del suelo, de las paredes, de los lienzos de piedra tapizados de helechos que morirán en cuanto terminen las lluvias. Joaquín amarra a la yegua en la rama de un huamúchil y se dirige a casa de José. Adentro, su amigo bebe agua de lima con el Treinta.

—¿Interrumpo? —pregunta desde el quicio de la puerta.

—Lo estábamos esperando —contesta José.

El Treinta saca una bolsa con tabaco, aplana sobre la mesa una hoja de papel de arroz y forja un cigarro. Lo enciende con calma y pregunta:

—Le dices tú o le digo yo.

José se aclara la garganta:

—Le digo yo. Verá, Joaquín: ayer, como a las ocho de la noche, calculo que serían las ocho porque ya había bajado el calorón, aunque, pensándolo bien, serían pasaditas de las siete porque los cuerporruines todavía no llegaban a beber… o quién sabe, a lo mejor no me di cuenta y ya estaban volado por ahí, el caso es que andaba yo sembrando unos rabanitos y aquí mi amigo andaba conmigo, nomás mirando, cuando…

El Treinta lo interrumpe:

—Párale, hombre, ni que fueras a escribir un libro. El caso es que se va tener que ir del pueblo, Joaquín.

—Así, ¿de plano?

—Así, de plano. A los que ahora quieren controlar el negocio de la droga les molesta que sea preguntón. Ya les expliqué su asunto y les dije que no tiene interés en ellos, pero algunos son desconfiados. Por eso, es mejor que se retire, no le vayan a sacar un susto. Con los de aquí no hay problema, yo respondo por ellos, pero ha llegado gente de fuera.

—El negocio ha crecido demasiado —dice José—, ya no se conforman con dos o tres hectáreas de mariguana por aquí y por allá.

—Y tienen miedo de que yo dé el pitazo. ¿Qué les hace creer que no lo haré cuando me vaya?

—No se me adelante… Eso es lo otro que me trae por aquí —contesta el Treinta, quitándose de la lengua una brizna de tabaco—.

Verá: a mí me desagrada andar de mensajero, pero le he agarrado aprecio, será que me recuerda al muchacho pendejo que fui de joven. El caso es que tienen sus datos, yo que usted no me arriesgaría, ni cuando estuviera lejos. Seguro ha oído hablar de los mentados servicios de inteligencia del gobierno. Esas son chingaderas. La inteligencia la tienen los narcos. A poco no sabía.

Joaquín le da un trago al agua de lima. Sabe amarga.

—¿Y los de la hacienda? ¿También corren peligro?

—Por ellos no se preocupe, son más listos que usted. Don Antonio conoce a su gente, sabe manejarse.

—Por lo visto, aquí el único pendejo soy yo.

—Ya me está entendiendo. Quite esa cara, puede quedarse hasta el fin de semana, José les ha hablado de su estudio y se les hace bonito. Al jefe también le gustan las leyendas.

El Treinta apaga el cigarro con la suela de una bota con punta de plata y coge su sombrero:

—Entonces, qué pues. ¿Se da por informado?

—Qué otra —contesta Joaquín, con la mandíbula apretada.

No es pendejo: es pendejísimo. Hasta ahora cae en la cuenta de que el matón a sueldo también es cabeza de los traficantes de droga en Santa Úrsula.

El Treinta le tiende la mano:

—Entonces aquí nos despedimos. Y no deje de hacernos llegar el estudio de las leyendas.

—No lo puedo creer —dice Joaquín cuando se cierra la puerta.

José recoge los vasos y los lava en silencio. Todavía no caen las primeras gotas, pero ya huele a lluvia, y el rumor de los truenos es constante. Una ráfaga hace temblar la llama de la veladora siempre encendida.

—Va a caer un tormentón, quédese a dormir —lo invita José—. De todas formas, el río no lo va a dejar pasar.

—Estoy agradecidísimo con usted. Me voy a acordar de nuestras conversaciones.

—Lástima que se tenga que ir sin acabar su trabajo.

—Sí, lástima. Pero lo peor no es que no lo acabe, sino el motivo por el que me voy. ¿Cuándo se metió el Treinta al negocio?

—La curiosidad mató al gato. Ya oyó a Sansón.

Joaquín lo observa acomodar las flores frente a la foto de su mujer y recuerda lo cariñoso que es con su hijo, la forma en que consolaba a don Faustino cuando lo atacaba la culpa por haber enterrado al niño en el bordo de la presa. ¿Cómo puede ser amigo de un asesino? De

pronto siente frío.

—Una última pregunta: ¿está seguro de que no van a reclutar a Ulises?

José se pasa las manos por el pelo entrecano y hace un gesto vago.

—Yo ya no estoy seguro de nada, para qué lo engaño.

Joaquín se muerde la lengua mientras más preguntas se le vienen encima. Han hecho una buena amistad y le apena saber que no volverán a verse. José saca de un cajón una botella de tequila:

—Me la regaló Sansón cuando cumplí cuarenta años y hasta ahora no me había animado a abrirla. ¿Nos la tomamos? Hace mucho me preguntó si creía en los milagros y le contesté que sí. Necesito agarrar valor para decirle la verdad.

Las nubes han cubierto por completo el sol y la luz de la veladora apenas atenúa la penumbra de mediodía. José sirve el tequila y sigue hablando:

—Dios me perdone por lo que voy a decir, pero si existen los milagros, más nos valdría no haber nacido. Verá: cuando mi mujer, que en paz descanse, se estaba desangrando después del parto, yo recé con la fe que mueve montañas, con esa mismísima fe con la que Jesucristo le pidió a su padre que lo salvara de una muerte de cruz. ¿Y nos hizo caso? No, ni los lamentos de su propio hijo lo conmovieron. Y hace unos días, cuando mataron al muchacho, los gritos de su madre pidiéndole a Dios que no se lo llevara helaban la sangre. Y, dígame, ¿le hizo caso? Y luego me vienen a contar que a fulano le hicieron este o este otro milagro, que san Judas salvó a sabe quién de que le mocharan los dedos del pie. Y yo me agarro pensando en ese Dios que tiene a sus preferidos y me da vergüenza, o miedo, no ser uno de ellos. Y ahora que me estoy envalentonando, se lo voy a decir: ultimadamente lo que me da es coraje y hasta ganas de sacar a la calle a los santos, al cabo no me han servido para una chingada.

Joaquín nunca lo había visto alterarse.

—O estaré encabronado porque el pueblo está jodido y les echo la culpa a ellos. O tendré al diablo adentro.

—O estará cansado.

—¿Será?

Desde su foto, su mujer parece observarlo con desaprobación. Él le devuelve la mirada, y Joaquín siente estar presenciando algo íntimo. Con la intuición que lo caracteriza para captar los estados de ánimo, José cambia de tema:

—No vaya a creer que era el único que hacía un estudio. Ulises y sus amigos lo estuvieron siguiendo y uno que según sabe escribir bien,

anotaba en una libreta todo lo que hacía. Ulises era el encargado de los dibujos. Lo pintó con los pelos parados.

Joaquín se ríe. Ahora entiende por qué los niños salían corriendo cuando los descubría detrás de los huizaches. A Eugenia le gustará la historia. Va a extrañar los recorridos por las calles torcidas de Santa Úrsula, las cabalgatas y el olor de las hierbas que ha aprendido a reconocer en el camino: anís, manzanilla, gordolobo… Pero, sobre todo, echará de menos a José.

La lluvia se desata. ¿Dónde se refugiarán los adolescentes que cuidan los plantíos de marihuana? ¿Los Halcones? Recuerda la primera vez que vio el pueblo. Cuánta vida detrás de la aparente calma. Se imagina al Treinta recorriendo las calles desiertas. Bien montado en su caballo retinto, envuelto en su manga gris, sombrero cubierto con un forro de plástico, espuelas de plata.

Catalina siente la tormenta dentro de ella. Su cuerpo vibra con cada trueno, como si una corriente eléctrica lo recorriera. Se tapa los oídos con las manos y camina de un lado a otro. ¿Qué caso tiene seguir martirizándose? A esta hora, Eugenia y Antonio ya habrán llegado a Guadalajara, y aunque quisiera dar marcha atrás, no sabría cómo hacerlo. Eugenia es fuerte, tiene una vida en el Congo. Y allá la espera Mark. Un relámpago ilumina un árbol detrás de la ventana. Las ramas parecen esqueletos. Cuando el trueno hace vibrar los objetos en la mesa de noche, Catalina se deja caer en la cama y se cubre la cabeza con la almohada.

Vaya ilusa, cómo creyó que podría brillar al lado de su hermana. *Calladita, calladita, como si no existieras, como si esto fuera una película.* Qué bien se aprendió el truco, cuánto ha visto siendo invisible. Ha descubierto a Antonio observar con disgusto su calva en el espejo; a Rosalío, meter nueces en pequeñas bolsas que sus hijos venden en la dulcería de la esquina. Ha oído a Ana contarle a su canguro que le gustaría tener un ojo de vidrio y ha escuchado los tristes monólogos de la cocinera; ha descubierto a Joaquín dibujar sirenas en su cuaderno y a Eugenia tararear en otro idioma mientras se acaricia la cicatriz del hombro.

Conoce los proyectos de cada uno mejor que ellos mismos, casi podría corregirlos cuando se desvían. Sí, ha hecho su trabajo, es una

gran espectadora, un espíritu hábil para entrar en las rendijas más pequeñas e incursionar en pensamientos ajenos. Incluso ahora, con los ojos cerrados, puede adivinar lo que sucede detrás de cada puerta y más allá todavía, en la Santa Úrsula de Joaquín. Repite el nombre en voz alta: Joaquín, el que sabe escuchar, el de las preguntas. El amante de Eugenia.

Cuando los descubrió, se quedó un largo rato sentada en el suelo del patio. No era el momento de enfrentar a su hermana, se lastimarían demasiado. Primero debía calmarse.

Sin apartar la vista de la cordillera envuelta por nubes cada vez más densas, Eugenia se mordía el labio con expresión distraída. Catalina notó el pelo recogido en la nuca, la blusa de manta y el pantalón luido. Aun así, vestida de cualquier manera, era más atractiva que ella.

—Va a caer una tormenta espantosa —dijo Eugenia al sentir su presencia.

Catalina se detuvo a su lado.

—No te preocupes por Joaquín, José no lo dejaría regresar con este clima.

Eugenia le acomodó un mechón de pelo.

—Ya no estás enojada. ¿Me vas a contar qué pasó el otro día?

El gesto y el tono de voz, igual al que usaba para expresarle su cariño cuando eran niñas, amenazó la voluntad de Catalina. Por eso, se apartó antes de pedirle que se fuera de la hacienda. Aunque lo hizo con suavidad, su actitud era firme.

Como siempre que hablaba de él, Eugenia enderezó los hombros y alzó la barbilla.

—Tiene que ver con papá, estoy segura.

Catalina se quedó callada.

—Te quiero más que a nadie, lo sabes —siguió diciendo Eugenia.

Ella también la adoraba y las palabras que había preparado perdían validez frente a este hecho.

—Necesito aire.

—Y sientes que te lo quito.

—No es eso, es que necesito apartarme de ti para saber quién soy. Quiero saber cómo es el mundo real, no el que inventamos de niñas. Ya no quiero ver todo como si fuera una película.

—Eso te decía yo.

—Para protegerme.

—Pero salió mal.

—Perdóname, lo último que quiero es hacerte daño —contestó Catalina—, y añadió, mirándola por primera vez a los ojos—: También te pido perdón por haberme creído la única víctima de papá, por…

Eugenia la interrumpió:

—Así que nos va a seguir lastimando. Un muerto empeñado en separarnos.

Catalina trató de abrazarla y ahora fue Eugenia quien se apartó.

—Está bien, me iré.

—No así.

—Ojalá Dios exista, y papá esté en el infierno —contestó Eugenia con los dientes apretados. Después cambió de tono:

—Quita esa cara, Lina. Pase lo que pase, tú y yo siempre vamos a estar unidas.

La tormenta se desató con furia. Eugenia tomó a su hermana de la mano y corrieron a resguardarse.

Antonio estaba a punto de darse por vencido: el reporte del jefe de campo era un desastre, nada cuadraba, ni siquiera los croquis de los potreros con el número de hectáreas. Echaba de menos la minucia del anterior, a veces hubiera querido no haberlo descubierto en tratos por debajo del agua con un cañero. Cerró el registro y se levantó de la silla, adolorido por haber pasado horas sobre los papeles. La intensidad de la lluvia al abrir la puerta lo hizo dudar antes de correr a casa. Catalina entró al baño cuando se quitaba la camisa.

—¿Te pasa algo? —preguntó, inquieto por su expresión.

—No dejes que Eugenia se vaya sola.

—¿Que se vaya sola adónde?

—A Guadalajara. Cuídala, después hablamos—le pidió, pasándole la ropa para que se diera prisa en cambiarse.

Eugenia se limpió las lágrimas con un movimiento brusco. Odiaba llorar; una vez que empezaba, era imposible detenerse. Se sentía en uno de esos sueños en los que es imposible empacar. Se limpió de nuevo los ojos con las palmas de las manos y se concentró en acomodar todo dentro de la mochila. Quería irse de Colutla lo más pronto posible, de ser necesario, caminaría hasta llegar a un pueblo donde pudiera tomar un autobús hacia la ciudad. Debía estar lejos cuando Joaquín regresara.

Antonio la encontró en el borde de la cama, con la mochila a medio cerrar sobre las piernas y los ojos hinchados. Le quitó la mochila, acomodó la ropa y apretó las correas. Hubiera querido encontrar palabras para consolarla, pero sólo le dijo que él la llevaría a la ciudad. Su cuñada le apretó la mano en señal de agradecimiento, y él le preguntó si ya se había despedido de Catalina. Eugenia asintió y su cara volvió a llenarse de lágrimas.

—Bueno —contestó Antonio, después de un leve titubeo—, empaco cualquier cosa y nos vamos.

Cuando se quedó sola, Eugenia se acercó al espejo. No era bonita como su hermana, su padre debería haberlo notado. Pensar en él la hizo cambiar la tristeza por rabia. En el Congo, recuperaría la paz interior: el fantasma de su padre era cobarde, no se atrevería a cruzar el océano.

Antonio empacó en una maleta pequeña lo necesario para una noche. Cuando se inclinó para despedirse de Ana, la niña se hizo a un lado.

—Me voy un día —le dijo él, recogiendo el peluche que se había caído al suelo—. Y tienes a tu canguro.

Sin esperar la respuesta de Ana, Catalina lo ayudó a ponerse el impermeable y lo empujó hacia la salida. Eugenia era capaz de irse sin esperarlo.

Hicieron el trayecto hacia la ciudad en un silencio cubierto por el ruido de la tormenta. Apoyada contra la ventana, Eugenia se dejaba hipnotizar por los limpiadores del parabrisas. De vez en cuando, Antonio la miraba de reojo para cerciorarse de que estuviera bien. A pesar del mal tiempo y de la velocidad, Eugenia se sentía segura con él.

Cuando el coche se detuvo, se dio cuenta de que no había planeado qué hacer al llegar a Guadalajara. Antonio se hizo cargo: después de instalarla en el hotel donde él solía quedarse, pidió que le llevaran al cuarto un consomé caliente y le ordenó, como lo haría con su hija, que tomara un baño de tina antes de acostarse. Eugenia agradeció que se despidiera desde la puerta, que no hiciera preguntas ni intentara consolarla.

Antes de quedarse dormida, se distrajo pensando en el campamento del Congo: la sonrisa de Wamba al verla llegar, el abrazo de Joy, la mal disimulada alegría de Walter. La serena bienvenida de

Mark. Ya habría tiempo para buscar un momento a solas con él y contarle todo, desde el inicio.

Al día siguiente, Antonio la esperaba en la recepción. Desayunaron juntos y no nada más la ayudó a reservar los vuelos, sino que pagó los boletos a la Ciudad de México, incluso le preguntó si necesitaba ayuda para organizar el viaje a Kinsasha. Ella, tan capaz, se hubiera sentido perdida sin él.

—Dile a Catalina que la quiero —le pidió en el aeropuerto.

—Ya lo sabe.

—De todos modos, recuérdaselo —y añadió, abrazándolo con fuerza—: A ti también te quiero.

Antonio se quedó en el mismo lugar hasta verla pasar la puerta rumbo a las salas de abordaje.

Y ahora, Catalina se pregunta si realmente todo sucedió de esa manera, si es posible transformarse a lo largo de un verano.

Primero regresó Joaquín. Ató a la yegua de cualquier forma en la caballeriza y entró deprisa en la casa. Cuando supo que Eugenia se había ido, se recargó en la pared. Así que volvió con su inglés, dijo para sí mismo. Después hizo un esfuerzo y le sonrió a Catalina.

Comieron solos. Ella supuso que Antonio había aprovechado el viaje a la ciudad para conseguir alguna refacción necesaria en el ingenio. Únicamente lo supuso, como también que Joaquín decía la verdad al explicarle sus motivos para irse de Colutla. Había dejado de confiar en su habilidad para leer la mente de los otros.

Joaquín tenía los ojos rojos. Estarían irritados por el polvo del camino, imposible que hubiera llorado, nadie se enamora así en unas cuantas semanas… Aunque era difícil convencerse al ver el esfuerzo que hacía para comer. Eugenia estará bien, pensó por enésima vez. Recuperará a Mark y a sus niños del Congo, su vocación.

Sin embargo, su lealtad con ella la llevó a tratar de explicarle a Joaquín la verdadera razón por la que se fue. Él hizo un gesto con la mano y cambió de tema: ya había decidido qué creer.

Empacó esa misma tarde, y lo oyó despedirse de Rosalío, de la cocinera y del caballerango. También lo vio tomar la cabeza de la yegua entre las manos y darle un beso en la frente. Inventaría una excusa para no cenar con ella y se iría temprano a la mañana siguiente.

Así fue. La conmovió verlo en cuclillas frente a Ana y contarle el mismo cuento al que le cambiaba el final.

—Quédate con nosotros —le pidió la niña—. Puedes dormir en un cuarto sin ratón.

—Es un ratón educado —contestó Joaquín, poniéndose de pie—, buen compañero de cuarto, pero tengo que irme. Cuídalo por mí. Le gusta que le dejen maíz al lado de su agujero, así no se come los libros. Catalina —le dijo por último a ella—, siempre recordaré estos meses. Gracias.

Lo mismo que escribió en la carta que dejó para Antonio.

Lo acompañó a la salida y, cuando su espalda fue una mancha a lo lejos, se encaminó a su recámara con la esperanza de encontrar un objeto suyo. Había dejado las cobijas, las sábanas y la colcha dobladas al pie de la cama, y la ventana que solía mantener abierta estaba cerrada. Incluso había llevado las toallas a la lavandería. Catalina se acostó sobre el colchón desnudo. Cuánto daría por convertirse de nuevo en el ser invisible que sólo Antonio notaba, por recobrar la serenidad que su presencia ecuánime le transmitió durante años; por no angustiarse ante el prospecto del resto de la vida con él. Odió el día en que Joaquín la hizo creerse deseada por un hombre joven, la noche en que se confío a él. Cuánto daría por seguir pensando que su vida plana era feliz; por alimentarse, como antes, de los proyectos de los demás.

Pensando encontrarlo vacío, abrió el cajón del buró. Ahí estaba el cuaderno donde Joaquín dibujaba sirenas y, entre las páginas, una carta escrita poco después de su llegada a Colutla.

Querido papá:

Antonio me dio la carta que me mandaste y no me había sentado a escribirte porque me la he pasado a caballo de un lado a otro. Así ando por estos rumbos. Espero poder mandarte esta nota de alguna manera, porque aquí no hay correo. He pensado mucho en ti: te encantaría este lugar. Es como si el mundo se hubiera detenido, sin darle tiempo al progreso de echarlo a perder. Desde la azotea de la casa, la Sierra Madre es un espectáculo. La naturaleza y el ritmo de las horas tienen un efecto raro sobre mí. Algunas mañanas, no me sorprendería encontrar un bastón junto a mi cama y ver que me hice viejo sin darme cuenta. Las campanadas de los domingos son el único punto de referencia, y muchas veces me despiertan cuando yo aseguraría que la semana apenas empieza. Catalina (la esposa de Antonio) dice que ella siempre ha perdido con

facilidad la noción del tiempo, que tiene que hacer cuentas para saber cuántos años tiene. Es una mujer guapa, con perfil de virgen renacentista. Su personalidad, un poco distante, te serviría para una de tus novelas. Por cierto, te gustaría el lenguaje de la gente de Santa Úrsula, lástima que te quede tan lejos y que te hayas vuelto perezoso, a pesar de los mil pasos diarios que tanto me has presumido. Apreciarías como nadie el aislamiento y el olor a tiempos remotos. Sobre todo, te gustaría el camposanto, tan distinto a los cementerios que, como su nombre lo indica, están llenos de cemento. Las tumbas de Santa Úrsula son de tierra apisonada y están llenas de flores que crecen al azar. La primera vez que fui, me sentí en los pliegues de la tierra.

Me voy, querido y nostálgico padre. El mozo ¡de filipina! está tocando la puerta. Es hora de cenar. Ya te seguiré contando. Besos a mamá.

Joaquín

Dobló la carta con cuidado y la metió en la bolsa del pantalón. Después buscó entre las hojas del cuaderno con la esperanza de encontrar algo más, pero había tan sólo notas aisladas, sirenas y barcos. Paseó los dedos por los contornos de cada dibujo y se imaginó a Joaquín inclinado sobre el papel. La voz de Antonio la sobresaltó. Guardó el cuaderno en su lugar y fue a recibirlo.

* “Lilywhite Lilith te llevará a través del túnel de la noche, ella te guiará por el camino correcto.” (Traducción libre)

UNA ESCRITORA FANTASMA

Sin Eugenia y Joaquín apenas se oían pasos en los corredores. Yo salía de mi cuarto para comer, después buscaba cualquier excusa y me encerraba de nuevo. Una sola vez, Antonio trató de hablar conmigo, y cuando le dije que no se preocupara, que eran cosas de mujeres, no insistió. Creo que agradecía la mentira.

Si los niños tienen un sexto sentido, Ana carecía de él. Iba feliz, despeinada y chimuela, de la cocina a las cabellerizas y de ahí al ingenio. Eso contaba Antonio cuando llegaba a dormir. Sentado de espaldas a mí mientras se quitaba las botas, hablaba como nunca lo había hecho antes. El silencio se había vuelto incómodo. Ya en la cama, nos quedábamos inmóviles durante lo que parecía una eternidad, sabiendo los dos que el otro no dormía. Antonio se levantaba al amanecer y, al ver el abatimiento en sus hombros, yo hacía un esfuerzo para no ir hacia él y abrazarlo. Pensaba que era mejor mantenerme alejada, que sería injusto hacerlo creer algo y después lo contrario, que nada es peor que un verdugo compasivo. Pensaba muchas estupideces.

El verano pasó sin que notara la llegada del otoño. Aunque había dejado mi refugio, deambulaba por las habitaciones vacías, haciendo suposiciones: si hubiera conocido antes a Joaquín, si mi padre hubiera sido distinto, si Eugenia se hubiera quedado en el Congo.

Y fue algo tan común como el tizne cayendo sobre la hacienda lo que me regresó al presente. Levanté la cara para ver volar las hojas quemadas de la caña y oí el ruido del ingenio. La zafra había empezado.

Era una noche limpia, con una luna nueva, delgadita, y un cielo repleto de estrellas. Me cercioré de que Ana estuviera bien dormida y salí al campo, esperando llegar a tiempo para ver la quema de la caña. Soplaba esa clase de viento que hace que arda deprisa y se detenga en el guardarraya. Un viento confiable. En el terreno que estaban

quemando, las llamas sobrepasaban las copas de los árboles y el estruendo cubría las voces de los jornaleros. Esperé a una distancia segura, donde las chispas no llegaran, y desde ahí vi a un par de aguilillas sobrevolar la lumbre al acecho de una rata, un conejo, una víbora, un armadillo o un mapache. Cualquier animal que se quedara sin refugio.

Lo que más me gusta de la quema es el olor a azúcar y la calma que sorprende al apagarse el fuego. Esa noche, cuando el humo se disipó, un hombre se acercó a Antonio para entregarle un costal con algo adentro.

De regreso en casa, Antonio sacó del costal unas espuelas y un ánfora de plata; las dejó sobre la mesa, se sirvió un whisky y me pidió que me sentara. Las espuelas y el ánfora me recordaron a las del cuadro de un antepasado suyo, aunque las iniciales no coincidían. Las tomé con cuidado e hice girar las rodajas.

—Están aceitadas —dijo Antonio en tono sarcástico—. El dueño era meticuloso.

Esperé a que siguiera hablando pero él se detuvo frente a la ventana, buscando la mejor manera de explicarme una situación que ya no podía seguir ocultando.

Que los cerros de Santa Úrsula estuvieran salpicados por manchones de marihuana era sabido desde la época de su padre. Los llanos entre las barrancas parecían hechos para el cultivo y eran ideales para esconderlo. El negocio, pequeño, funcionaba sin sobresaltos: la marihuana se vendía al menudeo en los pueblos cercanos, y sólo de vez en cuando aparecía muerto algún cuidador que había querido tomar el negocio por cuenta propia. El problema surgió cuando el mercado se hizo más grande. Una parte del ejército se coludió entonces con el crimen organizado, y las avionetas empezaron a sobrevolar las montañas de Santa Úrsula dos veces al año: durante la siembra de la droga, para hacer un mapeo, y en la cosecha, para repartirse la mejor parte y quemar el resto.

Yo, que me creía tan observadora, era la única que ignoraba ese secreto a voces. Antonio aprendió a callarse y luego recuperó las alianzas que su padre hizo para tener paz en medio de una guerra. La hacienda era su pasión y por ella estaba dispuesto a mucho más de lo que yo hubiera imaginado.

Antes de morir, el padre de Antonio le preguntó al Treinta, que a pesar de su juventud ya era respetado en la zona, qué quería a cambio

de cuidar a su familia. El asesino le pidió unas espuelas y un ánfora de plata, como las de los antiguos hacendados. Sin embargo, el negocio de la droga resultó demasiado tentador y acabó frente al abrevadero de Santa Úrsula, con un tiro de gracia en la cabeza. El hombre que le llevó a Antonio el costal al campo donde quemaban la caña era José.

Me tembló la voz al preguntar si el arrendador también estaba en el negocio. José arriesgó la vida para advertirme que ya no estamos seguros, fue la única respuesta de Antonio.

Regresamos a México poco después, y a partir de entonces, Antonio iba solamente a supervisar al caporal y a un administrador del ingenio que contrató a raíz de la advertencia de José y que cobraba por tres. Preferí no averiguar si, además de ese sueldo, Antonio pagaba para que no asesinaran a sus trabajadores.

En la ciudad, nuestra relación siguió tensa. Por las noches, cuando nos quedábamos a oscuras, la tristeza de Antonio era una presencia física en medio de la cama. Percibiendo la tensión, los empleados hablaban en voz baja y la comida se volvió insípida, como si hubiera un enfermo en casa. Ana era quien hacía soportable la situación. Si antes pasaba la mayor parte del tiempo conmigo, ahora era la sombra de su papá. Iban juntos a la talabartería donde arreglaban botas y albardones, a buscar fundas para escopeta… Incluso, los domingos, a misa de ocho en la mañana. A la salida, Antonio le compraba tamales para después verla, entre divertido y asqueado, revolverlos hasta formar una masa de colores.

Pero no estaba hecho para esa vida y una noche me dijo que pasaría más tiempo en Colutla. ¿Y la violencia? Él sabría reconocer el peligro.

Las temporadas en México sin él me dieron un respiro, y la distancia me hizo extrañar nuestra antigua relación. Quizá aún fuera posible recuperarla. Una tarde en la biblioteca, me decidía a acercarme cuando Ana entró corriendo y, colgándose de su cuello, le contó que había soñado que le pasaban cosas horribles en Colutla. Antonio dejó su libro sobre la mesa y se quitó los anteojos. ¿Te acuerdas de cuando hablamos de los sueños? ¿En qué quedamos? En que no son verdad, contestó Ana. ¿Ya ves? No me va a pasar nada. Pero mi canguro y yo te extrañamos cuando te vas. Eso es distinto, se rio Antonio, espero que dentro de poco tu canguro y tú puedan venir conmigo. ¿Y mamá? Por primera vez en mucho tiempo, él me miró a los ojos, sereno, y supe que había dejado de necesitarme. Si ella

quiere, claro, contestó.

Ana era una niña sociable, y la casa tenía una inercia propia, surgida de generaciones atrás, así que me encontré con una cantidad de horas por llenar. Para exorcizar a los demonios del aburrimiento, leía sobre el Congo. Imaginar a Eugenia en su entorno me ayudaba a armarme una historia que me reconciliara con la idea de haberla separado de Joaquín, pero me era cada vez más difícil visualizarla junto al Mark de mi imaginación y, poco a poco, el médico guapo e intrépido le cedió el lugar a un hombre del que Eugenia nunca se enamoraría. Con el paso del tiempo, rutinario, insípido, ya ni siquiera me entretenía pensar en el Congo, el aburrimiento lo cubría todo, incluso la culpa y la pasión por Joaquín que alguna vez, en lo que me parecía otro mundo, llegué a sentir. A veces creo que, de no ser por lo que sucedió más adelante, me hubiera esfumado como el gato de Cheshire; en lugar de sonrisa, de mí hubiera quedado un murmullo, el ruido de mis pasos en el jardín, subiendo y bajando escaleras, sin nada qué hacer.

A pesar de que la voz del otro lado de la línea se oía entrecortada, reconocí de inmediato a Rosalío. Antonio se había caído del caballo, y el gerente lo llevaba al hospital de un pueblo cercano.

No sé cómo se las arregló Sebastián para organizar el viaje con tanta eficiencia. Yo me dejé guiar por él. Llegamos esa misma noche, muy tarde. El administrador del ingenio nos explicó que Antonio estaba inconsciente y seguían practicándole estudios. Por el momento, lo único que nosotros podíamos hacer era rezar. Pero mi cuñado no tenía la menor intención de dejar a Antonio en manos de Dios y armó tal escándalo para que le permitieran pasar a verlo que el policía nos ordenó esperar en el patio, donde familiares de otros pacientes dormían en el suelo. El olor de una alcantarilla abierta era insoportable, y las cucarachas se paseaban entre la gente. Mientras Sebastián iba y venía de un lado a otro mascullando maldiciones, yo me dejé caer en una banca.

El médico salió a buscarnos de madrugada, cuando las cucarachas regresaban a su alcantarilla. Un sol tenue iluminó el patio y la gente dobló sus cobijas, como en un campamento. Había basura por todas partes. Para mi sorpresa, el interior del edificio estaba limpio y bien mantenido. Atravesamos una serie de corredores iluminados por ventanales antes de llegar a la zona de los cuartos privados.

Mi primera impresión al ver a Antonio fue de alivio, porque no estaba conectado a ninguna máquina. Puede respirar por sí mismo, nos explicó el médico, pero no es seguro que recobre la conciencia. Y así empezó otra espera interminable, hasta que el médico aceptó que lo trasladáramos, primero a un hospital en México, después a casa.

Para estar cerca de su hermano, Sebastián se mudó a la recámara de su infancia. Antonio le había comprado su parte de la casa cuando sus padres murieron y, durante el tiempo que estuvo con nosotros, Sebastián recuperó el espacio donde pasó su niñez y su tormentosa adolescencia. El cuñado irresponsable se había convertido en el mejor cuidador y en un apoyo invaluable para mí. Con Ana, le surgía su lado infantil: se disfrazaba de pirata, construía con ella castillos de madera, incluso inventó un lenguaje a base de gestos y gruñidos, todo para distraerla. No soportaba verla triste. A Antonio le leía novelas históricas, seguro de que una parte de su mente captaba algo. Yo prefería acompañarlo en silencio y ocuparme de las flores en el buró, del olor a lavanda que le gustaba y de la temperatura del agua a la hora del baño.

Mis días estaban regidos por un objetivo claro —el bienestar de Antonio— y mis antiguas tribulaciones se desvanecieron. Eugenia me llamaba un par de veces al mes desde África para tener noticias y, aunque evitábamos hablar de lo que sucedió en la hacienda, habíamos recuperado la cercanía. Debo confesar que fue una época apacible y, a su manera, agradable.

Una tarde, Antonio despertó por unos segundos; en el transcurso de las siguientes semanas los segundos se alargaron, movió los brazos, luego las piernas, balbuceó y, finalmente, empezó a hablar un poco, aunque nunca recuperó por completo el lenguaje y solía detenerse a media frase, desconcertado. Caminar fue un proceso difícil. Por fortuna, el derrame le había afectado también la zona donde se genera la angustia y estaba en paz. Además, su sonrisa al verme me aseguraba que también había olvidado la actitud mía que tanto lo lastimó.

En esos días, retomé la escritura. A Antonio le gustaba que estuviera con él durante las terapias, y yo aprovechaba esos momentos para armar unos cuentos que escribía por amor a las palabras. Una tarde, Sebastián tomó mi cuaderno: cuando acabó de leer, exclamó con gran entusiasmo que le gustaban los cuentos y, fiel a su costumbre de seguir sus impulsos en el momento, fue por su agenda, una libreta viejísima donde apuntaba un poco de todo, para buscar el teléfono de

una amiga editora a quien no había visto en años. Sebastián es una persona difícil de olvidar y sospecho que la editora aceptó leer mis cuentos, más que otra cosa, para recuperar el contacto con él.

Esperamos su opinión con ánimos distintos. Yo, escéptica; él, lleno de planes para mí. El veredicto llegó una mañana soleada, lo que a Sebastián le pareció un magnífico presagio. Y, para mí, lo fue: aunque su amiga opinaba que mis cuentos no tenían futuro comercial, me propuso escribir para otros. A Sebastián le pareció ofensivo, pero a mí no me causaba conflicto ser una escritora fantasma. ¿Para qué negarlo? Iba bien conmigo. Te pidió que fueras un negro, dijo Sebastián, así se llaman, ve a saber a quién se le ocurrió el término. Y empuñó con furia mi cuaderno: ¡Mándala al diablo! Sin embargo, entre más lo pensaba, más me gustaba la idea. Cuando él se fuera y Ana estuviera en el colegio, tendría algo que hacer. Por lo menos, cobra un dineral, refunfuñó Sebastián, dándose por vencido.

Poco tiempo después, anunció que regresaría a su departamento, y agradecí haber aceptado la oferta de la editora: Antonio pasaba muchas horas en terapias o descansando, y el tiempo libre hubiera sido opresivo. Mi nueva rutina se rompía tan sólo por las visitas de Sebastián y por las esporádicas del administrador del ingenio. Cuánto me gustaba escucharlo hablar de Colutla, recordar los nombres de los potreros, de los tachos, las calderas y las centrífugas, de los obreros que mandaban saludos; saber del exceso de lluvia o de la sequía; del nivel de las norias. La violencia era un tema ausente. Antonio oía los reportes con atención, asintiendo con la cabeza o pidiéndole detalles sobre algún punto específico. Eran sus mejores momentos.

A más de un año del accidente, pensé que volver a Colutla sería mejor que cualquier terapia. Esa misma tarde, se lo comenté a Sebastián y, después de consultarlo con el médico, le propusimos la idea a Antonio. Su ilusión fue conmovedora: él mismo se puso de acuerdo con el administrador para que organizara todo en la hacienda y habló personalmente con Rosalío. Después de la llamada, decidió que sería indigno llegar apoyado en un bastón, así que venció el miedo a caminar sin ayuda y empezó a dar pequeños pasos solo. Aunque yo también estaba emocionada, me preocupaba que le sucediera algo en la hacienda y fue un alivio que Sebastián decidiera acompañarnos: no se perdería por nada el reencuentro de su hermano con la tierra. Un reencuentro que sucedió tan sólo en su mente. Dos días antes de que saliéramos rumbo a Colutla, tuvo un nuevo derrame. Murió una semana después y, por su sonrisa, supe que el viaje fue un éxito.

En el velorio, me di cuenta de lo querido que era Antonio. No sólo vinieron amigos de su edad, sino jóvenes a quienes había ayudado con sus estudios, niños de un orfanatorio que patrocinaba e incluso gente que hizo el trayecto desde Colutla. Rosalío, muy elegante en un traje que Antonio le había regalado, llevó flores; el antiguo jefe de campo se mantuvo todo el tiempo de pie junto al féretro, como si lo estuviera cuidando, y el administrador me entregó una foto enmarcada de Antonio sobre la grúa. Había tantas coronas de distintos ingenios que debimos dejar varias en el jardín.

Lo velamos dos días antes de incinerarlo para llevar más adelante sus cenizas a la capilla de Colutla. Así me lo pidió la primera vez que fui a la hacienda, cuando yo pensaba que nada resquebrajaría la seguridad de mi vida con él.

Joaquín llegó en cuanto se enteró de la noticia. Lo encontré al salir a tomar aire y tuve tiempo de observarlo sin que me viera, mientras él consolaba a Sebastián. Ahí estaba el hombre por quien hubiera estado dispuesta a abandonar a Antonio. Cuando me vio, se acercó a mí con la sonrisa que aquel verano me dejaba aturdida y me abrazó diciendo mi nombre. Algo tiene Joaquín que hace bajar la guardia. Nunca había visto a Sebastián desahogarse de esa manera. En cuanto a mí, por primera vez desde la enfermedad de Antonio, pude llorar. Porque la muerte desentierra muchas cosas, lloré por el odio de mi padre y la cobardía de mi madre y lloré también por alivio, cuando sentí la mano de Ana buscar la mía. Creyendo que no lo reconocería, Joaquín se presentó diciéndole que a menudo se acordaba de ella y de sus sueños en la hacienda. Pero Ana no se había olvidado de él. Es más, todavía guardaba el cascabel de víbora que le regaló. Mientras Sebastián y yo agradecíamos otros pésames, ellos dos se sentaron a platicar en la escalera de entrada. Cuando la gente empezó a irse y fui a buscarlo, ya se había ido.

Eugenia tardó casi una semana en llegar a México. Yo leía en el jardín cuando sentí su mano acariciarme el pelo. A su lado, un hombre alto me sonrió. No era guapo y, más que intrépido, contagiaba serenidad: era el Mark de carne y hueso, el compañero de mi hermana.

Al día siguiente, fue la última misa de Antonio. Eugenia y Mark se estaban quedando en casa, y Sebastián cenaría con nosotros. La tarde estaba llena de fantasmas: la duela crujía como si los antiguos habitantes de la casa caminaran sobre ella, y dos cuadros de la

biblioteca se cayeron sin razón alguna. Ana estaba inquieta, así que me quedé con ella hasta que se durmió. A pesar del cansancio, yo tenía ilusión de platicar con Eugenia y de conocer mejor a Mark. La voz de Sebastián me llegaba de la sala y me quedé un momento en el descanso de la escalera, recordando la época en que se reunía con Antonio y otros propietarios de ingenios. Entonces para mí era un cuñado cuya impulsividad me intimidaba. Ahora, un amigo divertido y solidario.

Abrí la puerta de la sala pensando que estarían solamente los tres y me encontré con Joaquín. Con su desparpajo habitual, Sebastián lo había invitado a cenar.

Como a veces sucede después de la muerte de un ser querido, quizá por la conciencia de la propia vida, el ambiente de la cena era casi festivo. Ya vendría después el duelo, ahora disfrutábamos la comida y me sentía ligera, joven y muy viva. Cuando Mark se inclinó a servirme vino, aprecié la curva de su boca y su nariz recta y delgada. Era un perfil con personalidad. Al escuchar hablar a Joaquín sobre su trabajo, le sugirió ir al Congo, un país lleno de tradiciones orales. Ellos estaban por ahora en Nigeria pero conocían a unos misioneros que estarían encantados de recibirlo. Hablas como si estuviera a la vuelta de la esquina, le dijo mi hermana. A Sebastián le entusiasmó la idea. Ve, lo animó, ¿qué te detiene aquí? ¿Una novia?, preguntó Eugenia. No, contestó Joaquín, devolviéndole la sonrisa, un gato viejo y dependiente. En la hacienda, esa conversación entre ellos me hubiera matado de celos. Esa noche comprobé, con una mezcla de alivio y sorpresa, que mi obsesión por Joaquín se había quedado allá, en ese verano en Colutla.

Tomamos el café en el salón pequeño; después de servirse, Mark se levantó con la taza en la mano para observar los cuadros y, antes de salir a contestar una llamada, Sebastián me sugirió que le enseñara los Icaza de la biblioteca. Cuando acabó de analizar cada detalle, Mark se dirigió al librero donde estaban las espuelas que habían sido del Treinta. Pobres caballos, exclamó, tocando los picos de la rodaja, y nos entretuvimos hablando de los diferentes métodos para amansarlos. Yo también prefiero por la buena, como el arrendador que me cuentas, me dijo mientras caminábamos de regreso.

Eugenia y Joaquín estaban sentados en el mismo sillón, separados por el perro de Ana, que dormía plácidamente. Eugenia se levantó para ir hacia Mark, y Joaquín se quedó en el mismo lugar, acariciando al perro con la cabeza inclinada. Verlo así me hizo darme cuenta de lo solos que estamos. Tendemos puentes, formamos alianzas y creamos

lazos, pero en realidad decidimos qué ver en el otro. En gran medida, lo inventamos.

Más tarde, cuando los demás se despidieron y Mark se fue a dormir, le pregunté a Eugenia si hubiera podido enamorarse de alguien como Joaquín. Se tardó en contestar. Quizás ignorando que lo sabía, dudaba si contarme lo que sucedió entre ellos en la hacienda. Finalmente, negó con la cabeza, y yo me aparté de ella con la excusa de reavivar el fuego. El corazón me latía con fuerza. ¿Cómo pudo entonces traicionar a Mark, cómo fue capaz de lastimarnos tanto a Joaquín y a mí? Me temblaban las manos, imposible acomodar los leños. Me puse de pie, dejándolos de cualquier forma, y la observé a través del espejo. Se había servido otra copa de vino y miraba el fuego con expresión pensativa. Pero, ¿qué es en realidad el enamoramiento?, preguntó, y añadió, cambiando de tema: Voy a extrañar a Antonio, era un hombre bueno y te adoraba. Sí, pensé, y yo hubiera estado dispuesta a abandonarlo. Mi imagen en el espejo era distinta a la de entonces. Mis ojos brillaban menos y mi boca era más pálida. Eugenia, en cambio, seguía siendo la misma. Fui a sentarme de nuevo a su lado, como cuando nos quedábamos solas en la casa de nuestra infancia y construíamos juntas un mundo protegido por los muros de la fantasía, un espacio propio en el que nadie más que nosotras podía entrar.

Colutla. Hace unos meses, el nombre sonaba a sangre. Esparcida en gruesas gotas por la tierra, oculta entre la caña, líquida al bajar de la sierra para llenar en borbotones cada surco. Ahora, su sonido es de agua. La sangre se ha ido a cubrir otros pueblos. He aceptado que México es violento por naturaleza y respiro las rachas de paz como un náufrago después de cada ola. Hace tiempo, cuando descubrí el significado de estar viva —con lo bueno y malo que la palabra implica — me creí capaz de convertirme en otra persona. Hoy estoy conforme con mi lugar en el mundo, un lugar bueno, pequeño.

Debo vaciar la habitación de Antonio. Será un espacio donde pueda aislarme cuando eche de menos mi mundo entre las sombras. Dejaré que la hiedra trepe hasta la ventana y pintaré los muros de azul para que la luna se refleje en ellos.

Las casas que se mantienen en una misma familia por generaciones adquieren un poder terrible. Sebastián lo sabe, por eso, prefirió no

volver a Colutla. En algunas noches de insomnio, me pregunto si yo debería ayudar a Ana a liberarse de la hacienda. Pero en la madrugada recuerdo el canto de las calandrias, el sonido del viento entre la caña, la lluvia fuerte, feroz, los rayos que iluminan la vieja iglesia, el olor a leña quemada que se ha impregnado en los muros. Será Ana quien decida si vale la pena el esfuerzo por conservarla.

Joaquín vino a cenar ayer, y ahora es ella quien lo ve con adoración. Me alegra que no haya desaparecido de mi vida. Le pedí que me contara más acerca del estudio que llevaba a cabo en Santa Úrsula y, cuando se fue, escribí con mis propias palabras la leyenda del catrín.

Una sombra al atardecer, el sonido de unas espuelas. El catrín llega cuando el sol empieza a ocultarse y se sienta en la peña que lleva su nombre. Los cañaverales se extienden a sus pies, y en el horizonte se alcanza a ver la laguna con sus playas de salitre. Al verlas cubrirse de penumbra, el catrín se encamina hacia el pueblo y espera oculto detrás de los robles. Una sombra entre las sombras. Más tarde, cuando se callen los pájaros y los sapos croen en las charcas, la luna será su guía en las calles sinuosas donde brillará la plata de sus espuelas. A su paso, se hará el silencio.

La noche está quieta, el viento ha dejado de soplar, no respiren, que crea que el pueblo está abandonado y busque nuevos lugares.

Los niños aprietan los párpados y se acurrucan unos contra otros; las mujeres apagan las veladoras y dejan sus costuras. Así, con las manos inmóviles sobre el regazo, esperan el paso del catrín. Cuando el ruido de las espuelas se aleje, las velas se encenderán una a una, y las madres buscarán a sus hijas con ojos turbios de angustia. Los niños preguntarán entonces si ya pueden respirar y el murmullo de sus voces tranquilizará a las mujeres.

Pero si el catrín detiene su andar frente a una ventana, hasta rezar será en vano porque es inútil luchar contra el deseo de ese hombre tan elegante y bien parecido, tan digno cuando no es presa de la lujuria. Su mirada maldita escogerá a una muchacha, y ella se levantará en un trance y lo seguirá al campo donde, bajo la luna, se perderá con él. Regresará al día siguiente, de madrugada. Labios hinchados, pelo revuelto y un dolor en el alma que cargará hasta la muerte.

Hace años que nadie oye resonar los pasos del catrín en las calles de Santa Úrsula pero los niños siguen alertas al sonido de las espuelas, al brillo de la plata, a una sombra espigada. Los adultos callan, inseguros de

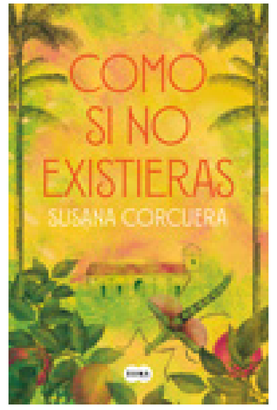
que su miedo pertenezca a otros tiempos.

La leyenda me transportó a esos cerros en donde parece que nada sucede y sucede todo. Quizás, algún día, cuente su historia.

He logrado deshacerme de las fotografías de mi padre, ya es raro que aparezcan en un sitio inesperado. Sin embargo, decidí conservar la que tengo frente a mí en el escritorio. Verlo en su marco, preso detrás de un vidrio, me da seguridad. Cuando trato de escribir y no encuentro inspiración, hablo con él. Una escritora fantasma, me dice su sonrisa irónica, ¿qué otra cosa podría esperase de ti? Lo saco de su cárcel y recorro con un dedo los ojos verdes, parecidos a los míos, la boca demasiado carnosa y el pelo peinado hacia atrás. Lo guardo de nuevo en su marco de carey y lo dejo frente a la única fotografía que encontramos entre los objetos de mi madre cuando la llevamos al asilo. Yo estoy detrás de un sillón, apenas puede verse mi silueta; del otro lado del cuarto, Eugenia me busca. Dos niñas jugando a esconderse. Ésa es la imagen con la que mi madre ha decidido quedarse.

Antes de ir a acostarme, saco por última vez la fotografía de mi padre, aún no acabo de hablar con él. Tienes razón, le contesto. Es verdad que escribo para que otros pongan su firma pero estoy viva y tú estás muerto.

INQUIETANTE Y CONMOVEDORA.



Para Catalina, los días transcurren en una hipnótica calma en la hacienda de Colutla. Lo único que sacude su parsimonia son los recuerdos reprimidos de la infancia que la sorprenden cada vez con más frecuencia.

La inesperada llegada de Joaquín, un extraño trotamundos, vendrá a inyectarle vida, sentido y entusiasmo a sus días. Poco se percata de que la presencia de este forastero pone en peligro su matrimonio, la relación con Eugenia, su hermana —única constante en su vida— y el futuro de la hacienda. En un relato que evoca a las grandes voces latinoamericanas y abraza vida y costumbres dentro de un ingenio, Catalina buscará conectarse de nuevo con el mundo de los que viven y sienten, mientras lucha contra un pasado que amenaza con salir a la superficie.



Estudió Etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Imparte cursos de Literatura Universal y talleres de Creación Literaria. Trabaja como traductora del inglés y francés. Ha escrito en las publicaciones mexicanas *La Jornada Semanal, Parteaguas* y *Letras Libres* y colaborado en el programa de RTVE “Sexto continente”. Es autora de *Llegó oscura la mañana, El huésped silencioso… y otras historias, A machetazos* y *Memoria de las manos*. Por su cuento para niños *Ojos con alas*, sobre la vida del pintor José María Velasco, escrito en coautoría, ganó una beca en el INBA. Recientemente escribió "La literatura como testimonio", artículo que forma parte del libro *Fenomenología de la violencia: una perspectiva desde México. Como si no existieras* es su nueva novela.

Como si no existieras

Primera edición digital: febrero, 2018

D. R. © 2018, Susana Corcuera

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Raquel Cané, por el diseño de cubierta

La presente edición ha sido licenciada a Penguin Random House México para su publicación en
lengua castellana por mediación de VF Agencia Literaria.
www.vfagencialiteraria.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx)

ISBN: 978-607-316-235-7

Penguin
Random House
Grupo Editorial


/megustaleermexico


@megustaleermex

Conversión eBook:

Índice